





# **BOSQUE NEGRO**

**PRÓXIMAMENTE DE B. J. CASTILLO**

*Donde nunca llueve*

*Hasta la raíz*

*Hechizo nocturno*

**B. J. CASTILLO**

**BOSQUE  
NEGRO**

*Bosque negro*  
Título original en español

Primera edición en esta presentación: febrero, 2022

© 2022, B. J. Castillo  
[www.bjcastilloauthor.blogspot.com](http://www.bjcastilloauthor.blogspot.com)  
El autor se ha reservado todos los derechos.

© Del diseño editorial: 2022, Jhon Simancas

La publicación y distribución de esta obra corresponde al autor.  
Contacte a los titulares del *copyright*.

ISBN: 978-980-18-2531-9

Impreso bajo demanda *Printed on demand*  
República de Colombia

**Nota:** El autor podría realizar citas cortas atribuyéndolas a quien crea que corresponde. En caso de que la fuente de dicha cita sea imprecisa, se atribuye a un «anónimo». Además, ciertos recursos de diseño han sido utilizados en este producto respetando las licencias o términos y condiciones de uso (*Creative Commons*, en muchos casos) con o sin fines de lucro. Créditos a quien corresponda.

**¡Gracias por adquirir este libro!**

*Para Fren*



No te lleves nada más que fotos, y no dejes  
nada más que las huellas de tus pies.

REGLA DE ORO DE LA EXCURSIÓN





## CAPÍTULO 1

Usé la mano derecha para encender el cigarrillo. La izquierda la tenía ocupada sosteniendo la última tirada del *Statesman Journal*. Lauren decía que los hombres no podían hacer más de una cosa a la vez. Yo estaba decidido a probarle lo contrario. Lástima que ella no estaba para verlo.

Estaba sentado tranquilamente en mi despacho (si se le podía llamar despacho a un minúsculo cubículo de paredes de hormigón sin pintar), bebiendo una taza de café, fumando un cigarrillo y revisando los últimos sucesos en el periódico de mayor tirada de Oregón. Empecé a leer un artículo que trataba sobre la desaparición de tres chicas en una población al norte del estado que seguía sin resolverse; sus cadáveres habían sido encontrados descuartizados en el curso de tres días tras sus desvanecimientos: hallaron partes en un antiguo deshuesadero de chatarra, según leí; también en un lago y en una vieja casa en el bosque colindante. Aún no tenían pistas de la cuarta chica («la víctima más reciente», escribió el reportero), a pesar de llevar una semana desaparecida. No había sospechosos.

Entreví que alguien se acercaba y bajé el periódico. El cigarrillo seguía encendido entre mis dedos; lo había olvidado.

Martin Atkins arrojó varias carpetas sobre el escritorio. Alcé la mirada y di una calada al cigarrillo.

—¿Qué es? —pregunté después.

—Un nuevo caso, evidentemente —esgrimí secamente Martin. Su voz destilaba ácido. Era el ayudante del jefe de la policía. Yo no le agradaba, claro está, y el sentimiento era mutuo—. Uno muy especial, creo. Wiklund quiso que te fuera asignado expresamente a ti. —Sonrió.

Miré las carpetas con cautela. «¿Especial? —pensé—. ¿Por qué el jefe pidió que me fuera asignado expresamente a mí?». Quizá, y era lo más probable, porque era el detective estrella de la estación, o eso decían. Además, mi foto había aparecido un par de veces en el *Statesman Journal*, y, por ello, las personas solían reconocerme a menudo cuando andaba por la ciudad. Por alguna razón, aún no me atrevía a mirar dentro de las carpetas.

—El jefe quiere verte en su despacho.

—¿Ahora? —dije mirando con clemencia el cigarrillo casi intacto que sostenía entre mis dedos.

—Sí. Ahora.

—¿Por qué?

—Ve y averígualo. Y más te vale que no lo hagas esperar. Tiene un humor de perro rabioso.

Martin se retiró sin más. Menos mal. No tenía ánimos para aguantar las chuscadas de ese payaso imbécil.

En efecto. El jefe me estaba esperando. Estaba solo, mirando por la ventana, tan distraído que no advirtió mi presencia hasta que me aclaré sonoramente la garganta. El jefe Wiklund se tensó de hombros y se volvió hacia mí con una sonrisa, que, por primera vez desde que lo conocía (cuatro años, me recordé), parecía forzada.

—Siéntate, Jeff. No te quedes ahí.

Me senté, desde luego, mientras Wiklund cerraba la puerta y regresaba a su escritorio manteniendo todo el tiempo la sonrisa forzada. No había rastro de aquel humor de perros que mencionó Martin; es más, me atrevería a decir que parecía más sosegado de lo que nunca lo había visto. Lo que fuera que lo tenía preocupado, especulé, seguro tenía que ver con «el caso especial» del que me habló Martin.

Debí traer las carpetas. Maldita sea.

Linus Wiklund era un hombre fornido; era amplio de estómago y tenía una cara alargada de rasgos aguileños. Era intimidante. Su mirada parecía escudriñar tu alma: ojos castaño oscuro, intensos y avispados, registraban tu aspecto para detectar cualquier amenaza contra las buenas costumbres, o eso había dicho Lauren medio en broma. Debía tener unos cincuenta y tantos. Su reluciente calva parecía absorber la luz de los focos del techo. Llevaba el mismo traje que ayer. O al menos la misma chaqueta, observé; la reconocía por un borron opaco que tenía a la altura del pectoral derecho; una mancha de mermelada, tal vez.

—Dime qué sabes sobre Black Wood.

Cuadré los hombros y fruncí el ceño, cavilando en una fracción de segundo todo lo que sabía al respecto.

—No mucho. Es un bosque al sureste del estado. —Tomé aire—. Allí ocurrieron algunas desapariciones hasta hace algún tiempo. No ha vuelto a suceder —añadí—. En algunos casos, jamás hallaron a los desaparecidos. Supongo que por esa razón no se recomienda acampar en ese lugar.

—Desapariciones, ¿eh?

Wiklund se daba golpecitos en la barbilla con el dedo, la mirada disipada sacando sus propias conclusiones antes de tiempo, como solía hacer a veces. Enfocó de nuevo la vista en mí.

—¿Hace cuánto tiempo dejaron de ocurrir estas desapariciones? —me preguntó.

Me encogí de hombros mientras recordaba.

—Cinco años..., creo.

Wiklund se irguió hacia atrás y exhaló profundamente.

—Ha vuelto a suceder —me informó con tono contrito. Parecía turbado—. Hace una semana seis jóvenes se aventuraron en el bosque y no regresaron a casa. Es como si se hubiesen evaporado por arte de magia. Han desplegado toda una brigada de búsqueda por aire y tierra en la zona y alrededores, pero hasta ahora no han encontrado el menor rastro. La búsqueda continúa.

Seis jóvenes, pensé. Un hecho desafortunado.

—Quiero que lo resuelvas, Jeff —dijo Wiklund, mirándome—. Quiero que te encargues de buscar pistas: que rehagas el recorrido que siguieron los jóvenes, que indagues a sus familiares, sus vidas. Sobre todo, quiero que los encuentres.

«¿Vivos o muertos?», me contuve de decir. Era muy probable que fuera lo segundo. Y Wiklund lo sabía.

Parpadeé.

—Me subestima, señor. ¿Por qué cree que yo podré lograr lo que una brigada de rescate no ha conseguido?

—Has resuelto cada caso que te he asignado, Jeff. Tengo fe en ti.

—Señor —insistí—, yo investigo homicidios. No desapariciones.

—Tengo un presentimiento. Esta no es simplemente una desaparición; es mucho más. Supongo que Martin te ha entregado los expedientes.

«Las malditas carpetas».

—Sí, señor.

—Bien. Allí está todo lo que necesitas saber sobre los jóvenes desaparecidos y también de las desapariciones que

sucedieron en Black Wood hasta hace cinco años. Tengo un presentimiento, Jeff. En ese lugar se ha cometido un crimen cruento (varios, si damos crédito a las historias), y debe resolverse pronto. Este caso, debo admitir, es muy importante para mí.

«Ah, ¿sí?».

Eso explicaba por qué estaba tan turbado. Fruncí el ceño.

—¿Por qué, señor?

—Hannah —soltó Wiklund, y se puso en pie. Yo seguía sin entender—. Hannah es la hija de Margaret, mi hermana —continuó, acercándose de nuevo a la ventana, la espalda vuelta hacia mí—. Es uno de los seis jóvenes que desaparecieron en Black Wood hace una semana. Debes encontrarla.

«¿Quiere que encuentre a su sobrina?». Guardé silencio. Wiklund se volvió.

Era una situación terrible. Había leído sobre las desapariciones en Black Wood en artículos de la prensa. Se contaban todo tipos de terribles historias sobre aquellos bosques; historias que yo mismo había preferido omitir adrede hasta saber cuál era la intensidad de Wiklund con aquel lugar. Ahora que lo sabía, no estaba seguro de querer mencionarlas; en parte por la situación del jefe, en parte por la naturaleza de los hechos cometidos. En algunos casos sí habían hallado cuerpos... en partes.

Aquel detalle me recordó el artículo que había estado leyendo hace un rato.

—¿Lo harás? —me preguntó Wiklund. Sus palabras sonaban como una súplica. Jamás pensé que vería (u oiría) al jefe de esta forma: turbado, abatido, anhelando mi ayuda—. ¿Encontrarás a mi sobrina, Jeff? —pidió—. Acuérdate de Lauren. Ella habría querido que lo hicieras.

«Lauren», pensé. Sentí una punzada en el pecho que me hizo contraer el rostro. La atmósfera era densa, o así la perci-

bía. Me pregunté si Lauren habría aceptado el caso en mi lugar. Sí, desde luego; le tuvo aprecio al jefe Wiklund. Y también debilidad por las causas perdidas.

«Como yo».



## CAPÍTULO 2

«Hoy es el día. Estoy nerviosa, ciertamente. Debo revisar la lista. Dios, espero que Stacy no lo arruine».

GRABADO POR HANNAH EN SU CELULAR  
EL 23 DE JULIO, ANTES DE PARTIR A BLACK WOOD.  
(El celular fue hallado a orillas del arroyo  
Black Oak en el segundo día de búsqueda).

Hannah amaba hacer listas, de manera que los preparativos para el viaje habían supuesto una buena excusa para destacarse en la labor.

Con su nuevo cuaderno de excursiones a la mano procedió a revisar, uno a uno, los detalles que tenía apuntados en sus hojas. La regla de oro de un excursionista («lleva solo lo que necesites») había supuesto una auténtica pesadilla para ella, pues le gustaba estar preparada para cualquier situación, y esto, de cierta forma, la restringía. Además, aquella regla, en su opinión, era poco pragmática ante el encuentro del hombre con la naturaleza y la plétora de amenazas mortales que podían presentarse.

En fin. Con un suspiro, revisó sus apuntes una vez más. Llevaba agua, naturalmente. Esperaba que fuera suficiente para los primeros tres días de estadía —de seis— en el bosque. Además, en Black Wood había arroyuelos donde podían tomar más cuando lo necesitasen, si bien antes debía hacer su debida depuración, claro. Y para eso también estaba preparada. Llevaba tres tiendas de acampar, una para cada pareja; varias linternas (y también baterías de repuesto) y, por supuesto, comida.

Oh, mierda, casi olvidaba su cámara. ¡Gracias a Dios por las listas!

Fue a su habitación y buscó la cámara fotográfica en uno de los compartimientos de la cómoda. Regresó a la sala de estar, donde la aguardaban los bolsos del equipaje, y la depositó en uno de ellos sin mucho cuidado. Tenía la sensación de que le faltaba algo más, algo importante. Maldijo. A continuación, repasó la lista de nuevo: agua, lista; comida, lista; cámara, lista; dinero, listo.

Llevaba suministros básicos para primeros auxilios: algunas vendas, esparadrapos, pinzas y toallitas antisépticas. Y, gracias a la lista, no se olvidó de empacar la crema protectora contra insectos.

—Acampar parece algo complicado.

Hannah se volvió sobresaltada, llevándose la mano al pecho. Inspiró profundo al descubrir que se trataba de su madre, que estaba recargada contra la puerta abierta con una mirada soñadora. Hannah sonrió.

—Mucho más que ir a la playa, ciertamente —admitió—. Y no le digas a Stacy que he dicho eso. Fue mi idea hacer este viaje; además, pienso que es algo que debí haber hecho hace muchísimo tiempo.

Fuera, hacía un día precioso. Era una de esas épocas cálidas que, según Stacy, eran oportunas para ir a la playa. Sin

embargo, el verano pasado ella y sus amigos habían ido de Spring Break a las costas de Oregón. Esta vez, Hannah había logrado persuadirlos de que la acompañaran a un viaje a los bosques del sur del estado. Seis días, ideó ella. Stacy se había rehusado —espantado, más bien— ante la idea de pasar una noche fuera. «Seis días la superaba», había dicho. Hasta que finalmente accedió.

—No diré una sola palabra —prometió su madre.

—Bien, porque sería el fin. —Sonrió y guardó la crema repelente en el bolso de mano.

Sobrevino un silencio. Aunque sonriente, su madre traslucía su inquietud a través de su mirada.

—Estaremos bien —le aseguró Hannah. Se acercó a su madre y tomó sus manos entre las suyas—. De verdad.

—Lo sé. Confío en ti. —Esbozó una sonrisa que en absoluto convenció a Hannah de lo contrario—. ¿Llevas un silbato?

Hannah frunció el ceño, entre divertida y confundida.

—¿Silbato?

Su madre metió la mano en el bolsillo de su vaquero y sacó un silbato metalizado. La luz de la estancia arrancó un destello de la superficie. Era bonito, debía admitir, y no supondría gran peso para su equipaje. Si con ello calmaba la inquietud de su madre, lo llevaría a buen resguardo.

Lo cogió y lo guardó en su bolsillo.

—Otra cosa, cariño —abundó su madre—. ¿Llevas protección?

Hannah se quedó boquiabierta.

Su madre debió tomar aquel repentino mutismo como un «no», porque, sonriente, metió de nuevo la mano en su bolsillo y le hizo un rápido traspaso para no prolongar más aquel embarazoso momento madre-hija. Esa era su madre, siempre considerada y oportuna.

Sin embargo, Hannah percibió cierta dureza en el objeto que acababa de darle su madre. Frunció el ceño y miró a esta como diciendo «¿qué demonios es esto?» sin atreverse a sacar el objeto de su bolsillo.

—Un poco de protección —respondió su madre, a la pregunta que jamás le formuló. Es como si pudiera leer su mente, pensó, aunque ciertamente su expresión debió hablar por sí sola—. Nunca es suficiente. Es gas pimienta.

Hannah se sonrojó. Obviamente, había interpretado mal a su madre con aquello de «protección». Luego pensó que su madre estaba tan paranoica con la excursión que ni siquiera había pensado en las muchas posibilidades en las que su hija podría acabar liándose con su novio detrás de un matorral o en la misma tienda de acampar.

Aquel pensamiento la hizo sonreír por lo bajo.

—¿Cuántos días estarán fuera? —inquirió su madre a la vez que se desplazaba hacia la cocina.

—Seis días. Estaremos aquí el próximo lunes por la mañana. O eso espero.

—¿Eso esperas?

—Sí. —Hannah detectó el tono alarmado de su madre y, en seguida, se reprendió. «No debí haber dicho aquello, ni siquiera en broma, la pobre ya está muy preocupada»—. Quiero decir, con seguridad estaremos aquí el lunes salvo que se arruine una de las llantas de nuestro auto... Lo que es poco probable, ya que el padre de Nate le ha dejado llevarse su fabuloso jeep.

«Cierra la boca. Ahora».

Su madre la miró fija y silenciosamente. No estaba convencida.

—Espero me llames cada noche. Sin falta —indicó su madre.

—No será posible —repuso Hannah, a su pesar y al de su madre—. En Black Wood, según la guía, no hay cobertura.

Me temo que no estaremos comunicadas hasta la mañana del regreso. En seis días.

—En seis días —repitió su madre, vagamente. Luego fijó la mirada en ella y esbozó una amplia sonrisa—. Qué bueno que te he dado ese silbato.

Hannah se habría reído, pero fue detenida por una trompetada estridente. Nate y el jeep habían llegado, por fin. Su madre se acercó a la ventana de la cocina y Hannah se le unió. Nate se bajó del auto y saludó con una mano en alto, su cabello rubio centelló bajo la luz del sol.

—Creí que Stacy y Jordan vendrían con Nate —comentó Hannah para sí—. Deberían estar aquí.

—Calma, cariño —la tranquilizó su madre como si suya fuera la voz de la razón—. Llegarán pronto.

Hannah suspiró.

—Eso espero.

—¡De todas las malas ideas esta se lleva la palma! —dijo Stacy—. ¿Quién me obligó a aceptar ir a este viaje?

—Entonces quedémonos —aludió Jordan, pícaro, dándole unas palmaditas a la cama, donde yacía medio desnudo—. No tenemos por qué ir si no queremos... Digo, sé que Nate comprenderá si no lo hago.

—Tal vez. —Stacy había sopesado esa idea, pero la desechó de inmediato. Empezó a vestirse, para decepción de su novio, con la toalla de baño puesta. Algunas gotitas de agua le resbalaban por la cara, el cuello y el pecho—. Hannah, en cambio... No me lo perdonaría, Jordan.

Y ése solo era parte del problema. En las vacaciones pasadas habían ido a las costas de Oregón en lo que resultó ser el mejor verano de sus vidas. Sus planes no se habrían cumplido si Hannah —a quienes los padres de Stacy con-

sideraban una buena influencia— no hubiera accedido a participar en el plan vacacional. Y no era que Hannah fuera, a diferencia de Stacy, una chica-bikini: amante de la arena, el sol y el agua marina rompiendo contra la orilla... Ah, suspiró, visto desde ese punto comprendía por qué amaba tanto la costa.

Sin embargo, la idea de pasar varias noches fuera, en la intemperie, con quien sabe cuántas cosas —insectos, plagas y bestias voraces— acechando mientras dormía, no la complacía en absoluto.

Aquel pensamiento la hizo estremecer.

—Quizá tengas razón —admitió Stacy—. La vida en el campo, como en la selva, no es lo mío.

—¿Iremos a la selva? —La idea le pareció divertida a Jordan—. Creí que sería al bosque.

—No hay diferencia para mí —dijo Stacy. Se vistió con una blusa de tirantes y una coqueta falda de chándal muy por encima de los muslos—. Haré el esfuerzo —afirmó, mientras se sentaba en la cama y metía los pies en las zapatillas de deporte—. Hannah no lo merece.

—Te sacrificas, ¿eh?

Stacy se encogió de hombros.

—Es lo que hace una amiga, ¿no?

Lo había decidido. Iría por Hannah. Iría porque, después de todo, podría resultar la segunda mejor aventura de sus vidas. O la última.

—Eso supongo —murmuró Jordan, despectivo. Se levantó de la cama y empezó a vestirse. Era evidente que no estaba satisfecho con la idea del viaje, pero, como ella, lo haría por su mejor amigo y por su novia—. Creí que Hannah había dicho que llevaríamos botas para senderismo; fue muy insistente con ello —señaló, mirando las zapatillas de su novia con una ceja enarcada.

—No llevaré un calzado tan espantoso —replicó Stacy—. Ni siquiera tengo un par de botas de senderismo en mi haber, y dudo que las tenga alguna vez. Tal vez debí pedirle a Hannah que me apuntara unas en su gloriosa lista.

Trey y Kent llegaron («Gracias a Dios», pensó Hannah) en el auto de la madre de Trey. Hannah estaba a punto de sufrir un colapso nervioso. Eran casi las nueve y aún no había indicios de Stacy y Jordan. Ni siquiera una llamada. Nada. Quién sabe, y, después de todo, sí se habían arrepentido.

Además, no era que estuviesen obligados a venir. Sin embargo, Hannah creía poco probable que Stacy hubiese renunciado al viaje sin previo aviso. Intentó convencer a Nate de este argumento.

—Yo sí lo esperaría de Jordan —dijo él.

—Y yo —añadió Kent—. Es más, estoy seguro de que intentará que Stacy no venga con nosotros.

—Kent —intervino Trey, acariciando el hombro de su novio con ternura y arqueando las cejas—, no estás ayudando. Creo que la pobre Hannah ya está lo suficientemente preocupada para oír tus comentarios.

La madre de Trey sostuvo una breve y amena plática con la madre de Hannah; antes de partir, abrazó encarecidamente a Trey, y lo besó en la coronilla, deseándole buena suerte. El chico se apartó ruborizado. Hannah entrevió que Nate reprimía una carcajada, así que le clavó el codo en las costillas. Aguardarían quince minutos, avisó Hannah, luego —con o sin Stacy y Jordan— se pondrían en marcha.

Ya arreglarían cuentas a su regreso.

No hicieron falta quince minutos. Casi, de hecho. Stacy y Jordan aparecieron campantes; ella, con una mirada y sonrisa de inocente que, de momento, le hicieron tragarse su cólera a

Hannah. Nate y Jordan se hacían bromas mientras cargaban las cosas en el jeep del padre de Nate. Stacy tomó a Hannah por el codo y se la llevó aparte.

—De verdad, lo lamento —se disculpó.

Hannah entornó los ojos.

—Está bien. —Forzó una sonrisa. Stacy, cálida por naturaleza, le devolvió el gesto con esmero y adicionó un abrazo.

—Admito que estuve considerando la opción de no ir. Jordan me estuvo haciendo algunas proposiciones muy tentadoras para pasar juntos el tiempo mientras ustedes no estaban. —Lanzó una mirada lasciva hacia su novio, que estaba haciendo chanzas con Nate a la vez que cargaban el vehículo.

—Por favor. No quiero oír las. —Hannah hizo una arcada.

—Oh, vamos, no me dirás que Nate y tú no piensan aprovechar este tiempo juntos en el bosque, apartados de todo el mundo y de tu madre. —Enarcó una ceja, pícara, y añadió con una sonrisa—: Será divertido.

Una vez cargaron las cosas, los seis procedieron a ocupar sus puestos en el jeep. Hannah se demoró un poco más.

Se despidió de su madre. Aunque en ese instante su rostro no traslucía temor, Hannah sabía que esta bullía de preocupación por dentro. Lo notó, más que vio, en el fuerte abrazo que conllevaron en el momento de la despedida.

—¿Estás bien?

Nate la miraba intensamente como si escrutara su expresión, con unos ojos azules profundos y una ligera sonrisa aleteando en sus labios. Hannah fijó la vista al frente, suspirando, y esbozó una trémula sonrisa que le dirigió a Nate. El viento le esparcía el pelo por la cara

—Estoy bien —afirmó ella, apartándose.

Nate no pareció convencido (la conocía bastante bien, claro), pero se conformó. Conducía la camioneta de su padre, con Hannah a su lado, sentada el puesto del acompañante. El resto ocupaba cómodamente el largo asiento trasero, riendo y haciendo bromas. Kent intentaba asustar a Stacy haciendo comentarios por lo bajo sobre las aterradoras criaturas que probablemente se hallarían en el bosque.

—Hay lobos salvajes y osos —contaba, malicioso, a pesar de que Jordan le echaba una mirada asesina.

—No había caído en la cuenta de que llevabas esto antes. —Nate la veía de nuevo, esta vez a su cuello, notó Hannah, con el ceño ligeramente fruncido y una sonrisa más ligera aún. Extendió su brazo hacia ella; cuidadosamente, introdujo su dedo bajo la fina cadenilla de metal y extrajo el silbato que tenía metido en la camisa—. ¿Quién...?

—Mi madre —explicó Hannah en seguida. Ladeó la cabeza a la espera de algún comentario elocuente de su novio. Pero este se limitó a levantar las cejas y a devolver con cuidado el silbato a su acogedor lugar de reposo, alternando una mirada extrañada entre Hannah y la autopista 5. Ella se lo había colgado en el cuello tras despedirse de su madre.

—Ya —dijo Nate. Luego mantuvo la vista al frente.

—Usualmente son los niños los que suelen llevar silbatos en las excursiones, por si acaso se apartan del grupo —abundó Trey con una brillante sonrisa—. Pero es responsabilidad de los adultos cuidar de los niños, lleven o no un silbato.

—Gracias por la información, Trey. Como siempre, oportuno —dijo Stacy en tono aburrido.

—El silbato (como mapas, linternas y fósforos) —siguió Trey, sin prestarle atención al sarcasmo de Stacy— es uno de los objetos de seguridad tradicionales en las excursiones. No importa si eres niño o adulto; si te apartas del grupo, y no conoces la zona, te puede ser de ayuda.

—Como digas.

Stacy cerró los ojos, Jordan la rodeó y la ciñó más a su costado con su brazo, y ella actuó un bostezó como solo Stacy Harrington —quien hizo el papel protagónico en la obra escolar Pigmalión— sabía hacerlo. Trey tenía razón, pensó Hannah, sobre los objetos de seguridad tradicionales. Ella misma lo había leído. Stacy habría pensado que ella no se daría cuenta, pero desde luego que lo hizo; no llevaba botas para senderismo sino zapatillas de deporte.

Miró a Stacy y a Jordan con el rabillo del ojo, abrazados. Estos habían empezado su relación en octavo año, desde entonces no se habían separado; además, eran la pareja perfecta, ya que ambos gozaban de mucha popularidad en el instituto, Stacy como líder de porristas y actriz amateur, y Jordan, capitán del equipo de soccer. Es más, ambos habían sido los autores de la relación de Hannah y Nate.

Con una sonrisa mariposeándole en los labios, fijó la mirada en Nate. Su novio. Jamás se habría imaginado que alguien como Nate —atlético, inteligente y majísimo— se fijaría en ella. Era un sueño. Nate tenía pómulos perfectos, piel tersa y rosácea clara, el cabello rubio intenso y ojos azules profundos como las aguas del lago del Cráter (una comparación absurda y ñoña, pensó, pues jamás lo había visitado; quizá algún día lo hiciera y Nate estaría a su lado para comprobarlo). Nate y su familia se había mudado hacía dos años de Aspen tras la trágica muerte de su hermana.

Nate entró a la misma secundaria que Hannah y sus amigos y fichó para el equipo de soccer, que capitaneaba Jordan, con quien en seguida empezó una amistad. Hermandad, como se empeñaban en llamarlo.

Nate miró en su dirección fugazmente, y esbozó una sonrisa. Hannah apartó la mirada..., demasiado tarde. Se sonrojó al oír la risa de Nate junto a ella.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó él.

—Nada.

—Pero me estabas viendo.

—Sí —admitió ella—. No..., bueno, estaba distraída.

—¿Viéndome?

Hannah torció los ojos.

—Olvidalo.

Lo oyó reír.

—Vamos —insistió Nate—. Admite que estás preocupada. No puedes controlarlo todo. O apuntar esos detalles en una lista. No te preocupes —añadió extendiendo su mano y tomando la de ella con ternura; luego la apartó suavemente—. Además, ¿qué podría pasarnos?

Hannah se miró las manos y, en seguida, fijó su atención en la autopista. Respiró profundo. Los pinos cercaban la carretera como inexorables centinelas, cubiertos de hojas verdes que oscilaban con las tenues ráfagas de viento a la par que haces de luz dorada las hendían y se proyectaban como orlas, parecidas a los reflectores de un escenario, sobre el camino.

—Podríamos perdernos, por ejemplo —señaló Hannah en voz baja pero apremiante, pues no quería agravar los nervios de Stacy. Miró a Nate—. O, ¿quién sabe?, podríamos ser víctimas de algún ataque inminente de...

—¿Abejas asesinas? —se adelantó Nate, sonriendo.

Hannah sonrió tenuemente. Aun así, era una posibilidad.

Había estado en Black Wood antes, nadie más lo sabía (bueno, solo Nate y su madre, pensó), entonces tenía cinco años y pasó una tarde maravillosa con su padre. Aquel era uno de los primeros recuerdos de su vida, y también el último que tuvo con su padre. Este murió varios días después, en un accidente de autos, cuando regresaba a casa desde su trabajo.

Deberían saberlo, pensó. Deberían saber de las historias que se cuentan sobre Black Wood.

Llegaron a Springfield al mediodía. Según los cálculos de Hannah, repasó Kent, a ese ritmo arribarían a su destino a mitad de la tarde. Claro, si no surgía otro imprevisto como la inconveniente necesidad de Jordan de ir al baño. Extraño, ¿no?, que hubiera señalado —con insistencia— una de las tiendas de abastos en particular para aliviarse.

Y ahí estaban.

Hannah y Stacy decidieron aguardar en el auto mientras los chicos acompañaban a Jordan al baño para mear (lo que era bastante extraño, pensó Kent, ya que era algo que usualmente hacían las chicas). Ninguno fue al baño: Jordan estaba hablando con el empleado de la caja registradora, con aire misterioso, mientras los otros tres merodeaban entre los anaqueles de la tienda. Kent —de cuando en cuando echando miradas hacia Jordan— casi dejó caer un frasco de pepinillos que había tomado distraídamente de la repisa que tenía en frente.

—¿Qué podrían estar hablando? —le preguntó a Nate por lo bajo.

Ambos echaron otro vistazo. Finalmente, Nate se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo—. Ya sabes cómo es.

Claro. Nate no era la persona más confiable para contestar esa pregunta, o cualquier otra que pusiera en evidencia a Jordan. Esta no era la primera vez que Nate encubría las gilipolleces de su mejor amigo para evitarle problemas.

—Creí que iría al baño.

Era evidente que todo había sido una soez mentira de Jordan para visitar ese lugar antes de tomar la última ruta

hacia el bosque; además, se fijó Kent, Jordan estaba mucho más calmado que hace un minuto en el jeep, donde había apretado las piernas para, según él, poder contener la inminente *lluvia dorada*.

—Déjalo —repuso Nate haciendo un ademán—. Tal vez esté comprando cigarrillos.

—En ese caso —dijo Kent—, dejaré que Hannah lo aviente de un peñasco cuando lo descubra.

Nate soltó una ligera carcajada. Aquello le recordó a Kent que no había visto a Trey hacía ya varios minutos. Habría ido al baño, especuló (al menos alguien podría decir que sí fue al baño después de todo, ¿no?), pero descartó la idea al oír la voz de su novio en el pasillo contiguo.

—... amigos —lo oyó decir.

La voz de una mujer le hizo una pregunta.

Kent, curioso, rodeó el pasillo de enlatados y entró al de especias y bocadillos, donde halló a su novio conversando muy llanamente con una mujer de unos setenta años, de espalda encorvada y escasos cabellos blancos; se apoyaba en una andadera y alzaba su flácido cuello, como de una tortuga, para mirar a Trey a la cara con unos ojos gris claro.

Trey ladeó la cabeza, avistó a Kent y le hizo señas para que se acercara. La señora Whitmore, como dijo llamarse, lo recibió con una cálida sonrisa postiza.

—Kent —repitió la anciana en tono febril, apagado—. Mi nieto se llamaba Kent. Murió hace cinco años. Por entonces, Kent tenía trece.

Trey debió notar la clara intención de Kent por preguntarle a la anciana cómo murió su tocayo, porque meneó la cabeza negativamente mientras la señora Whitmore estaba abstraída en algún recuerdo de su nieto.

—No te pareces a mi nieto, querido. Bueno, eres muy apuesto, sí, en eso se parecen —comentó la anciana miran-

do a Kent. Luego sonrió y alternó la mirada con Trey—. Me estabas diciendo que tú y tus amigos iban de camino a una excursión a los bosques, ¿cierto?

—Sí. —Trey asintió—. A Black Wood.

La mirada vivaz de la señora Whitemore se ensombreció de golpe al oír aquel nombre. Quizá fuera la imaginación de Kent, pero la dulce señora pareció encogerse en una fracción de segundos como si la techumbre del local se hubiese desplomado sobre su artrítica espalda.

—¿Qué sucede? —preguntó Trey, cauteloso. Frunció el ceño—. ¿Ha oído antes de ese lugar?

La anciana bajó la vista.

—Sí.

Trey y Kent compartieron una mirada.

—Les diré algo —continuó, sin verlos, la anciana—. La noche en Black Wood no pasarás, si tu alma no quieres entregar. Oigan mis palabras. Se los advierto. —Los miró—. Mi nieto, mi querido nieto, pasó la noche en aquellos bosques y jamás fue encontrado. Su nombre era Kent Sinclair.

Hubo un silencio estremecedor. Kent se preguntó por qué la anciana les decía el nombre completo de su nieto.

Ella debió intuir lo que pensaba, porque, a continuación, emplazó su añejada mirada hacia él.

—Si lo ven —rogó—, dígale, por favor, que lo sigo esperando.



## CAPÍTULO 3

Me estaban siguiendo.

Llegué a esta conclusión cuando entreví a través del retrovisor que el Prius pasaba, aunque más parsimonioso (para despistarme, habría creído el idiota), las mismas intercepciones y cruces que yo hacia el centro de Springfield. Dejé que me siguiera. Después de todo, estaba llegando a mi destino y, allí, podría pensar cómo abordarlo.

El centro estaba poco concurrido. Aparqué a un lado de la calle y bajé del auto. Miré al cielo, que estaba encapotado; suspiré hondo y me dirigí a la tienda. Al cruzar la puerta, me percaté con el rabillo del ojo que el Prius azul estacionaba tras mi vehículo en el parking. Quien fuera que me estuviese siguiendo, estaba haciendo un pésimo trabajo.

Sonreí para mis adentros. No me detuve más tiempo para no espantar antes al propietario.

Ya en la tienda, actué con normalidad. Caminé hacia el pasillo de bocadillos y cogí unos *Cheetos*. Debía mantenerme alerta por si el perseguidor me seguía hacia la tienda. Si

continuaba como hasta ahora, no me extrañaría que lo hiciera. Entretanto, yo seguiría con mi faena.

Estaba intentando rehacer la ruta que siguieron los jóvenes para dirigirse a Black Wood. Una inusual parada en una tienda de abastos en Springfield me había suscitado un poco de sospecha. El reporte del detective Paul Wettington —quien fuera inicialmente el encargado de las pesquisas—, que gentilmente me proporcionó el jefe Wiklund, señalaba que el grupo hizo una breve pausa en *Cooper's* (la tienda) entre las 12:15 y 12:31. El empleado delegado de la caja registradora abonó a Wettington que sólo querían usar el baño. Observé al empleado en cuestión, despreocupado, ojeando alguna revistilla.

Wettington había examinado las grabaciones de las cámaras de seguridad de la tienda, al igual que hice yo, y comprobé que nadie fue al baño aquel día. Jordan Phillips sólo se detuvo en la caja registradora para comprar unos cigarrillos y parlamentar amenamente con el empleado (Wettington no aludía ninguna relación entre Phillips y el empleado en sus apuntes, noté). Entretanto sus amigos —había leído sus nombres en el reporte: Kent Mitchell, Trey Byers y Nathaniel Feeney— se distraían recorriendo los pasillos y observando recelosamente la plática entre el empleado de la tienda y Jordan Phillips.

Debían conocerse. Si este era el caso, el reporte no lo decía. Tampoco decía el nombre del empleado ni sus antecedentes..., si los tenía. No me extrañaba, en absoluto, que Wiklund me hubiese encargado el caso a mí personalmente.

En fin. Continué con mi simulada compra por el pasillo de embutidos, donde tuve mejor campo visual de toda la tienda... y la entrada. Hasta ahora nadie más había ingresado al lugar. Extraño, pensé. Posiblemente mi perseguidor se

habría marchado, o quizá seguía estacionado afuera, esperando que saliera para seguir con la persecución desde una distancia prudente.

O quizá, y era la posibilidad más asequible, todo había estado en mi cabeza y nadie, en realidad, me estaba siguiendo. Mi salud mental, debía admitir, no era la mejor desde hace varios meses. Tenía episodios de paranoia y problemas para conciliar el sueño, lo que, según expertos, sería la causa principal de todos los males que me afligían. En mi opinión, era sólo estrés. Sin embargo, no era un experto.

Cuando la campanilla de la puerta tintineó, me tensé. Entró una mujer caucásica de cuarenta y tantos, pero no creí posible que se tratara de mi perseguidor, el propietario del Prius, de modo que dejé escapar una exhalación, cogí una soda de lima y me encaminé a la caja.

Puse los *Cheetos* y la soda en el mostrador, ante el empleado. Este apenas me miró.

—Cinco dólares, señor.

Asentí.

—Quiero tres de esas.

Señalé unas botellitas de vodka que estaban en un aparador a espaldas del empleado.

—Nueve con cincuenta.

—Bien. —Metí la mano en mi chaqueta, saqué un par de fotos del bolsillo interior y las dejé con cuidado en el mostrador. Detrás del joven, reparé, estaban los monitores de las cuatro cámaras de seguridad que había en la tienda. Alguien me estaba mirando con aire sospechoso: o se trataba de un curioso inocente que podía oír mi conversación con el empleado, o era el propietario del Prius—. Necesito que me digas si reconoces a alguno de estos chicos. ¿Cuál es tu nombre?

—Justin —vaciló el chico—. ¿E-Es po-po-policía?

—Sí. —Le mostré discretamente la placa—. Tranquilo, Justin. Todavía no estás en problemas, quizá no llegues a estarlo. Ahora, dime.

Apunté las fotos. Justin, asustadizo, miró. Una de las fotografías mostraba a Hannah; la otra, a Jordan.

Justin no era un joven prometedor, mirándolo bien; muy pálido, delgaducho y de mirada huidiza, pelo zanahoria y rostro pecoso. Debió sufrir de las trastadas de los más populares en sus años de instituto. Bastó con una breve pesquisa en los locales que había en los alrededores de la tienda para conocer la reputación del pobre —aunque no tanto— Justin Sunderland.

Eché otro vistazo por los monitores mientras Justin, trémulo, hacía lo propio con las fotografías.

—Lo conozco a él —dijo. Señaló la foto de Jordan.

—¿Estás seguro?

—Sí. Estuvo aquí hace una semana, más o menos. —Después señaló la foto de Hannah, una joven atractiva, dieciséis años, rubia de ojos castaños claro. La sobrina de Wiklund—. A ella también la he visto —añadió entonces—, en las noticias. Ha desaparecido, según recuerdo.

—Me parece que recuerdas muy bien —repliqué fríamente—. ¿Sabes a dónde iban?

—A Black Wood. Se lo dijo a uno de sus amigos. Eran cuatro.

—¿Cuatro?

—Sí. Las chicas aguardaban en el auto.

Fruncí el ceño. Efectivamente, según el reporte de Wettington, las chicas no entraron a la tienda aquel 23 de julio. Ladeé la cabeza estratégica y disimuladamente hacia los pasillos de la tienda, la campanilla de la puerta había sonado unas tres veces desde que empezara mi entrevista a Justin, que parecía más nervioso con el pasar de los segundos. De momento, nadie se había acercado a la caja registradora.

—Vi las grabaciones de las cámaras de seguridad. Le dijiste a mi colega que los chicos querían ir al baño, pero nadie fue al baño, ¿o sí, Justin?

Justin bajó la mirada; el labio inferior le temblaba.

—Él quería..., eh... —empezó a decir, pero sus palabras salieron atropelladas.

—Habla, Justin. O me aseguraré de que algunos colegas míos con mejor reputación que yo den una ronda por este lugar a ver qué encuentran. Supongo que al señor Cooper no le gustará saber que has convertido su negocio en un antro de drogas y perdición...

La expresión de Justin fue poesía para mis ojos. Había picado el anzuelo. Una mueca congelada se esbozó en sus pálidos labios y sus mejillas se tiñeron de un vivo carmín. En otras circunstancias me habría reído.

—Hierba, señor —Habló en voz baja—. Quería hierba. No había venido antes.

«Todo por un poco de marihuana —pensé. Con todo, aquello tenía sentido—. El paquete de cigarrillos que le entregó a Jordan. Allí debió ocultarla». Mantuve una expresión ecuánime y miré fijamente a Justin.

—Ya —dije—. ¿Sabes cómo se enteró dónde podía conseguir los *cigarrillos especiales*?

Justin se ruborizó, la frente brillante de sudor.

—No, señor. Supongo que..., que..., hum..., algún cliente recomendó mis servicios.

De pronto, Justin se tensó como una cuerda; tosió y desvió la mirada. Alguien se acercaba. Eché otro vistazo a través de los monitores. Tomé las cosas del mostrador —incluyendo las tres botellitas de vodka— y, antes de irme, dejé un billete de veinte dólares.

—Quédate con el cambio.

Estaba lloviendo. Aun así, me oculté en el callejón entre la tienda y una peluquería y aguardé a que apareciera el dueño del Prius azul, que podía ver desde mi ubicación. El agua fría empapaba mi rostro y calaba mi ropa.

Un largo minuto después, la vi aparecer caminando velozmente hacia el Prius. La mujer que entró a la tienda, el cabello y la ropa rociados por la lluvia, intentaba abrir la puerta del auto antes de quedar completamente bañada por la lluvia (no había notado que mi auto seguía aparcado, supuse; pero cuando lo hizo ya era muy tarde), me acerqué por detrás, con rapidez, y extendí mi brazo para impedirselo.

Ella se volvió. Atónita y sorprendida, abrió los ojos a más no poder.

—¿Por qué me estás siguiendo? —le pregunté. La lluvia bajaba por mi cara y se metía en mis ojos.

—Yo no... —intentó decirme. Su cabello rubio no tardó en oscurecerse por la humedad; la lluvia también le resbalaba a chorros por el rostro y le goteaba del fino mentón. Sus labios temblaban. Me pregunté si era solo por el frío o porque temía a mi reacción. Probablemente ambas.

Fruncí el ceño, a la espera de su respuesta. Mirándola bien, sus rasgos me resultaron ligeramente familiares. Esos ojos, la línea de su perfil... Tenía la leve impresión de haberlos visto antes en otra persona. Pero ¿quién? Dudé que ella pudiera responder cualquiera de mis preguntas en las circunstancias actuales. Ella no paraba de tiritar; no opuso resistencia cuando la así por el brazo sin mucho esfuerzo y la conduje hacia la fachada de la peluquería, donde nos refugiamos de la lluvia bajo el sobradillo del techo.

Me pasé el dorso del brazo por los ojos y la mano por el pelo. Cuando terminé, reparé que los ojos acuosos de la mujer estaban fijos en el suelo como estacas de hierro. Estuve a punto de repetir mi pregunta. Pero me miró. Y, de pronto,

la reconocí. Fue como si un enorme telón se corriera entre nosotros.

—Me llamo Margaret —dijo—. Margaret Wiklund.

Lágrimas y gotas de lluvia seguían escurriendo a la par por su cara.



## CAPÍTULO 4

«Black Wood es hermoso. ¿Pueden oír a los pájaros? Son turpiales gorjeadores, que vienen a esta parte de Norteamérica durante esta época del año. Hasta ahora no he visto a ninguno. Espero fotografiarlos».

GRABADO POR HANNAH EL 23 DE JULIO,  
TRAS SU LLEGADA A BLACK WOOD.  
La cámara no ha sido encontrada.

—Debo admitirlo —dijo Stacy—. No es como lo imaginé.

No parecía tan deslumbrada como el resto, pero tampoco hacía ningún esfuerzo para aparentar lo contrario, lo que era un pequeño triunfo personal para Hannah. Stacy se había mostrado muy reacia a recorrer el bosque y, más aún, a pasar varias noches seguidas en la intemperie. Hannah esperaba que este resultara el verano de sus vidas, mucho mejor que una repetida —y sin duda divertida— visita a las playas de Oregón.

—¡Te lo dije! —replicó Hannah, sonriendo y arrullándose bajo el brazo de Nate.

Llegaron a Black Wood pasada la hora estipulada por Hannah: tres de la tarde; esto, dado el retraso trivial propiciado por Jordan durante su paso por Springfield. El itinerario, hasta el momento, no se había transgredido irremediablemente. Ya habían recorrido cerca de dos kilómetros hacia el centro de Black Wood. Hannah había planeado que fueran tres, pero podía percibir el cansancio en el paso en que marchaban sus amigos. Debían hallar un sitio donde instalar las tiendas de campaña antes de que empezara a anochecer.

La luz era tenue, cálida. La brisa fresca, vivificante, sacudía las tupidas copas de los árboles, árboles viejos y fuertes; abetos, en su mayoría. Sin embargo, Hannah, en su camino, reconoció algunos cedros californianos y varios tipos de pinos altísimos que parecían rasguñar el cielo azulado con sus ramas. El viento estaba colmado por el canto de los pajarillos; eran muchas especies, desde luego, pero solo una de ellas destacaba entre las demás, y Hannah pudo reconocerla fácilmente.

Eran turpiales gorjeadores. Desde abajo, no podía verlos. Su plumaje amarillezco y negro se mezclaba perfectamente con los vivos colores de las hojas de los árboles, y por tanto, era imposible precisarlos. Quería fotografiarlos. Estaba preparada: había sacado la cámara fotográfica apenas empezaron el recorrido, y la llevaba pendiendo del cuello en ese momento, por si acaso.

Llevaba su móvil en el bolsillo. Había grabado un par de notas de voz discretamente —con la excusa de que tenía que orinar se había separado del grupo por un breve instante— que luego tenía pensado transcribir en el ordenador y compartirlo en su blog. Su padre había sido biólogo y, por entonces, él acostumbraba a hacer anotaciones en una libreta que ella heredó tras su muerte, y que atesoraba como su

bien máspreciado. La tenía guardada en la mesita de noche junto a su cama.

Algunas veces llevó a Hannah consigo al trabajo, como aquella tarde mágica que pasaron en Black Wood, pocos días antes de su muerte.

Hannah inspiró hondo, entrecerrando los ojos. El canto de los pajarillos y el soplo de la brisa revolotearon en sus oídos. Miró al cielo.

—Paremos aquí —soltó de pronto.

A su lado, Nate se detuvo a la par que ella lo hacía. La miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Trey.

—No dirás que tienes que ir a orinar otra vez, ¿o sí? —dijo Kent con una mueca.

Hannah miró alrededor

—No —explicó—. Pronto anochecerá. Debemos levantar las tiendas de acampar.

—¿Aquí? —inquirió Jordan escéptico.

—Sí.

Era el lugar perfecto para pasar la primera noche. Hannah les explicó el porqué: había espacio suficiente para colocar las tres tiendas con un mínimo de separación —aunque esto significara dar escuchas a cómo se liaban las parejas durante la noche— y estaban rodeados por enormes abetos con un copioso follaje que podía hacer de refugio en caso de que fueran sorprendidos por la lluvia.

Todos estuvieron de acuerdo; dejaron sus morrales a la sombra de un árbol y pusieron manos a la obra. Hannah le pidió ayuda a Nate para quitarse el morral. Se sintió bastante aliviada al librarse de aquel peso, y empezó a hacer círculos con los brazos para reducir la tensión en sus hombros. Nate requirió la misma ayuda, pero, en su caso, fue Jordan quien acudió a su rescate. Jordan, Kent y Nate

eran los encargados de llevar las tiendas de acampar sobre sus hombros.

Cuando Nate estuvo libre de su obligación, Hannah, diligente, se acercó por detrás, le pasó las manos por la espalda (que tenía tensa como un tablón de madera) y los hombros (igual de tensos y nudosos) y empezó a darle un masaje.

Nate la miró de lado y sonrió.

—Oh —jadeó risueño—. Eso está increíble.

—Te lo has ganado.

—¿Ah, sí? En ese caso ha valido la pena.

Hannah sonrió y continuó masajeando a su novio durante unos minutos. Jordan y Kent estaban desempacando las tiendas y Trey estaba mirando al cielo haciendo una visera con la mano para protegerse los ojos del brillo del sol (aunque la luz era exigua, un haz directo a los ojos podía dejarte viendo puntos negros o cegarte). Stacy estaba sentada de piernas y brazos cruzados y una mirada que oscilaba entre inquietud y aburrimiento que le encogió el corazón a Hannah. ¿Cuánto tiempo tardaría en aburrirse o en manifestar su desagrado? Quizá lo último no llegara a ocurrir. Stacy no le echaría en cara haberla traído a este viaje; después de todo, estaba allí porque ella lo había elegido, no porque la hubiese obligado a ir contra su voluntad.

¿O sí?

Existía esta duda. Quizá no había sido obligada expresamente, pero Stacy habría pensado que su amistad con Hannah estaría en peligro si no participaba en el viaje; asimismo, debía considerar que estaba en deuda después de que, gracias a Hannah, sus padres le habían permitido ir a las costas el verano pasado.

—Gracias, cariño.

Nate se volvió y le besó la punta de la nariz. Luego se unió a los chicos y empezaron a levantar las tiendas de acampar.

Trey y Kent recogieron durante la caminata algunas ramitas, trozos de madera y pasto seco para prender una fogata cuando cayera la noche y el frío los envolviera con sus manos crueles e invisibles. También hallaron pedernal bajo un árbol caído mucho tiempo atrás, que estaba cubierto de enredaderas y otros bejucos.

Hannah se acercó a Stacy, que forzó una sonrisa cuando la vio aproximarse. «A mí no puedes engañarme —dijo Hannah en su fuero interno—. Sé que esto no te gusta en absoluto». Aun así, e independientemente de lo que haya motivado a Stacy a ir con ellos, estaba agradecida de que estuviera allí como una verdadera amiga.

«Esto no hubiera sido igual sin ti». Para Hannah, ese era uno de los días más felices de su vida; se había preparado por mucho tiempo.

Quiso decirle todo aquello cuando se aproximó a Stacy. Pero no lo hizo. En cambio, esbozó una larga sonrisa y extendió los brazos hacia la chica. Stacy frunció el ceño.

—¿Qué?

—Ven conmigo —dijo Hannah.

—¿Adónde?

—Daremos un paseo.

—¿Solo nosotras?

Stacy parecía insegura. Sin embargo, se levantó. Un paseo le haría bien a ambas.

—Sí. Solo nosotras —repuso Hannah—. Podemos recoger más ramitas para la fogata y buscar el arroyo más cercano. Quiero tomar algunas fotos de la vida silvestre de Black Wood y, quizá, tú podrías ayudarme a localizar a los animalitos.

—¿Con «animalitos» te refieres a insectos? Porque odio los insectos. —Se estremeció.

—Me refiero a algunos pájaros, algún venado, un ciervo... —dijo, mientras pensaba: «Y, sí, serán sobre todo insectos».

Stacy aborrecía los insectos, bien sabía. Hasta una colorida mariposa la hacía gritar como loca. Hannah estaba preparada —con años de experiencia conociéndola— para enfrentarse a estos abruptos furores de su amiga, que, presentía, serían ineludibles durante toda su estadía en Black Wood.

—Bueno, eso no suena tan mal —dijo más animada Stacy—. Vamos.

—Chicas —advirtió Nate cuando se ponían en marcha—. No se aparten demasiado, ¿sí? No querrán perderse.

Hannah sonrió; agradecía su preocupación.

—No te preocupes —le dijo—. Si nos perdemos o estamos en peligro, haré sonar el silbato.

Dicho esto, se alejaron.

Kent maldijo.

Llevaba varios minutos intentando infructuosamente mantener su tienda de acampar en pie a pesar de tener toda la estructura de varillas bien asentadas. Quizá no tan bien. Frustrado, se levantó, lanzó un puntapié a la precaria tienda y se alejó, refunfuñando como un bárbaro, mientras su morada se deshacía. Trey lo siguió. Jordan y Nate cruzaron una mirada y, luego, se desternillaron de la risa.

Ellos recién habían terminado de levantar sus respectivas tiendas y en ese instante estaban disponiendo las piedras y ramitas recogidas durante la caminata para encender la fogata. Tomaría su tiempo. Ya había pasado media hora desde que Hannah y Stacy se adentraran en el bosque. Aún era muy pronto, según Nate, para preocuparse. Sin embargo, Jordan no estaba tan tranquilo, pero guardaba las apariencias.

—Quizá debemos ayudar a Kent y Trey —indicó Nate. Se refería a levantar la tienda remachada que había maldecido Kent—. De otro modo dormirán en la intemperie.

—Tienes razón —dijo Jordan.

Y rieron.

—Oye, Nate, gracias por la información —comentó después Jordan, y se dio unas palmaditas en el bolsillo derecho, donde guardaba un paquete de cigarrillos que contenía varios porros de hierba. Sonrió con pillería—. Ahora sé dónde obtener marihuana en Springfield. ¿De dónde conoces a Justin?

Lo decía porque Nate era buen tipo, que si bien no relegaba de meterse en problemas con Jordan, no consumía alcohol ni drogas (y si daba crédito a recientes afirmaciones de Stacy, tampoco practicaba el sexo, aunque quizá en esto no tenía mucho que ver su decisión). De modo que le pilló conocer, mediante Nate, al tratante que hacía de empleado en la tienda de abastos en Springfield, donde Jordan tuvo que hacer una pantomima de ir al baño para conseguir la droga.

—Campamento de verano —explicó lacónico Nate—. En Colorado. Hace algunos años. Mantuvimos el contacto.

—Ya. —Jordan no quedó satisfecho con su argumento, pero no lo manifestó—. Gracias a ti voy a divertirme en este lugar.

—Te ibas a divertir de todas formas.

—Si eso piensas, ¿por qué me hablaste del tratante?

—Quería ver a Justin. Y, bueno, haría cualquier cosa para no arruinar el viaje a Hannah. —Encogió un hombro—. Es muy importante para ella, como habrás notado, y pensé que si Stacy no venía, Hannah no lo gozaría al máximo; pero si lograba convencerte de persuadir a Stacy de venir, entonces mi chica estaría más feliz.

Jordan asintió.

—Sin duda.

Jordan había intentado todo lo contrario: convencer a Stacy de no ir. Había planeado liarse con su novia, en casa de sus padres, que estaban en una especie de *segunda luna*

*de miel* en Cancún; también mirar algunas series en Netflix y follar hasta la saciedad en el sofá de la sala... si era posible. Movi6 la cabeza y apart6 aquel pensamiento con una sonrisa picaresca mariposeándole en los labios.

—¿De modo que todo fue parte de tu plan? ¿Manipularme?

Nate encogió los hombros; estaba sentado en el suelo tratando de encender la fogata.

Jordan puso manos a la obra y empezó a levantar la tienda de acampar de Kent y Trey, que habían desaparecido en el bosque. Fantástico. Aquellos dos sin duda no perderían el tiempo. Debía darles crédito. Tampoco él; apenas tuviera una oportunidad, se llevaría a Stacy aparte y...

Y de pronto reparó una vez más en su ausencia.

—¿Crees que estén bien?

—¿Quiénes? —dijo Nate.

«Qué estúpida pregunta».

—Stacy y Hannah —se limitó a decir. Era evidente que Nate estaba tan concentrado intentando prender la fogata que no ponía su atención a nada más.

—Ah, sí, sí —respondió Nate con naturalidad (o, más bien, distraído)—. Hannah conoce muy bien este bosque.

—¿En serio? ¿Ya había venido aquí? —Jordan creyó haberla oído decir que era la primera vez.

—Sí —siguió distraídamente Nate—. Hace mucho tiempo. Pero no hablamos de eso.

—¿Por qué?

Se fijó en que la espalda de Nate se tensaba. Luego se levantó. Aún no había encendido la fogata.

—No hablamos de eso.

—Qué extraño. ¿Eso quiere decir que nos mintió?

Nate abrió mucho los ojos; seguramente, había percibido que había dicho demás.

—Quizá tengas razón en preocuparte, se han demorado. Iré a por ellas.

Sin más, se alejó, y Jordan se quedó allí solo, en el bosque.

Llevaba andando varios minutos. Tenía miedo, miedo de haberlo perdido. Anochecía, y las sombras que proyectaban los árboles se extendían por el suelo y lo revestían todo. En unas horas estaría completamente oscuro. Debía encontrarlo.

Haciendo un altavoz con sus manos en torno a la boca, llamó:

—¡Kent! ¡Kent, ¿dónde estás?! ¡ESTÁ OSCURECIENDO!

Nadie respondió.

Temía haberse perdido él también. No sabía por dónde había llegado o hacia dónde estaba el campamento. El bosque empezaba a cerrarse como una boca a su alrededor. Trey hacía un auténtico esfuerzo para que no lo invadiera el pánico. Debió traer un silbato, como Hannah. Qué tonto por haber seguido a Kent.

—¡Kent! —gritó nuevamente—. ¡Kent! ¡KENT, ¿DÓNDE ESTÁS?!

Nadie respondió. Otra vez.

Si, por fortuna, llegaba a localizar a su novio antes de morirse de miedo en el bosque, lo ahorcaría con sus propias manos. Kent era corto de paciencia por naturaleza. Y las constantes presiones y conflictos con sus padres —que por añadidura no aceptaban su relación con Trey, ni con cualquier otro chico— no hacían más que empeorar su conducta combativa.

Pensar en el tormento de Kent lo hizo reconsiderar la situación.

No lo ahorcaría. De momento.

Quería encontrarlo. Kent era la persona más competente que conocía; sin duda, lo llevaría de vuelta al campamento con el resto del grupo. Además, pensó, debía estar cerca; debía oír sus gritos. Quizá estaba oculto, esperando el momento idóneo para salir de pronto y soltar un «¡buh!» tan abrupto que detendría su corazón por un instante. Era su tipo de broma favorita, y aunque Trey la odiaba, sabía que Kent estaría un poco mejor después.

Ya no tenía noción del tiempo: no sabía cuánto llevaba caminando sin rumbo o qué tan lejos estaba del campamento. A su alrededor, cantaba el bosque. No era tan terrible como había imaginado. Sin embargo, cuando el silencio se superponía al ruidillo de los insectos y al canto de los pájaros en las copas de los árboles, notaba cómo su corazón empezaba a latir rápidamente y se le erizaba la piel. En ese momento, tuvo la sensación de que lo estaban observando en alguna parte —se detuvo junto a un árbol e intentó seguir en sus trece— y se tranquilizó pensando que se trataba de Kent preparándose para emerger en cualquier instante y gritar «¡buh!».

Nunca ocurrió.

Trey se apoyó de espaldas contra el árbol, intentando contener las lágrimas que se agolpaban en sus párpados. Se cubrió la cara con las manos.

Oyó algo. Alzó la mirada y ladeó la cabeza.

—¿Kent?

—Trey, ¡ven aquí!

Gracias a Dios. Era Kent.

—¿Dónde? —preguntó Trey apartándose del resguardo del árbol.

—Aquí, Trey —apremió Kent—. Sigue mi voz.

Trey acató. Avanzó a tientas en el tenuemente iluminado bosque mientras Kent repetía su nombre. Atravesó una pared de arbustos, enredaderas y ramas secas que parecían

estratégicamente cruzadas para picarte en la cara o pincharte un ojo, en el peor de los casos. Finalmente, lo encontró. Trey estuvo a punto de caer. El fuerte brazo de Kent lo detuvo a tiempo. Ahora le perdonaba doblemente la vida, pensó con sorna. Era una caída de alrededor de cinco metros hacia una piscina natural de aguas turquesas que reflejaban perfectamente los colores del atardecer del cielo como un remedo de espejo.

Trey se recuperó rápido del susto y contempló maravillado el paisaje. Era sublime.

—Hannah no mencionó que nos hallaríamos con este lugar —dijo boquiabierto.

—No lo hizo. —Kent parecía igualmente maravillado—. Qué buena será la sorpresa para el grupo.

Anocheecía; el cielo se estaba tiñendo de azul pálido, rosa fluorescente y naranja intenso. El verdor de los altos árboles que bordeaban la piscina empezaba a oscurecerse, trazando imponentes siluetas a contra luz con el cielo lóbrego detrás. Naturaleza en su máxima expresión. Trey olvidó por un momento que había estado a punto de morir de una apoplejía en su intento por encontrar a Kent.

Lo miró. ¿Cuánto tiempo llevaría allí?

—No sabía que me estabas siguiendo —repuso Kent. Tenía los brazos cruzados y la mirada chispeante en Trey.

«Y no solo eso —quiso decirle Trey—. Me he perdido por tu culpa y creí que iba a morir». Aspiró hondo.

—Te llamé a gritos —dijo en cambio—. Varias veces.

No habló con tono de reproche.

—Lo siento. No te escuché. —Parecía sincero—. Estaba furioso.

—Está bien.

Trey le puso una mano en el hombro y notó como su tensión remitía paulatinamente bajo su palma. Se miraron

largamente. Trey quería decir algo más; más que eso, quería preguntarle sobre sus padres y —aunque estaba casi seguro de cuál iba a ser su respuesta— si se habían opuesto a que hiciera ese viaje. El señor Mitchell, el padre de Kent, estaría pensando en las innumerables oportunidades que tendría su hijo para liarse con Trey en aquel bosque. Era lo primero que pensaban los padres conservadores con hijos gays: el sexo.

Kent suspiró hondo y volvió la vista al frente, nostálgico.

—¿Sabes? —empezó—. Cuando llegué aquí y descubrí este edén, mi furia mitigó y, de algún modo, me hallé pensando en la señora Whitmore. Más bien, en su nieto. ¿Crees que sea posible que siga perdido aquí en el bosque?

—Imposible —dijo Trey. La anciana se había acercado simpáticamente a él mientras miraba los productos en uno de los estantes del pasillo de higiene personal (se había olvidado de comprar su propio repelente contra insectos, así que quiso aprovechar el momento). Cuando la mujer se alejó después de decir aquellas escalofriantes palabras, los chicos se reunieron con el empleado de la tienda en la caja registradora, quien les habló de la anciana—. Nos dijo que lleva años desaparecido. No pensarás que ha sobrevivido aquí todo este tiempo, sin que nadie lo advirtiera, ¿o sí?

Kent dio un respingo.

—Oh, no —negó riendo—. Yo no le daría tanto crédito a su suerte. Más bien, estaba pensado que quizá su cadáver siga oculto en alguna parte de este bosque. Que lleva aquí mucho tiempo.

«La noche en Black Wood no pasarás, si tu alma no quieres entregar. Oigan mis palabras. Se los advierto». Los chicos se habían desternillado de la risa con el empleado de la tienda cuando le repitieron las palabras de la señora Whitmore.

Trey también había participado de las risas. Por dentro, se estremecía.

—Anochece —indicó Stacy—. Deberíamos regresar.

Hannah estaba encaramada en la rama de un enorme árbol intentando fotografiar a una ardilla moteada que roía una bellota. El animalito estaba posado en una rama más fina, tan enfrascado en su faena que no advertía la presencia de Hannah. Cuando el *flash* de la cámara destelló, la ardilla huyó en un abrir y cerrar de ojos hacia las ramas superiores. Hannah bajó del árbol.

—¡Listo! —jadeó satisfecha cuando sus pies tocaron el suelo. El silbato se salió del cuello de su camisa y golpeó ligeramente su pecho antes de que ella lo guardara de nuevo. Miró a Stacy. Su amiga estaba sentada en una roca a la sombra de un árbol, las piernas cruzadas y los brazos extendidos hacia arriba, intentando inútilmente obtener algunas barritas de cobertura.

La caminata había servido para despejar los temores de Stacy; sobre todo, aquellos infundados por las películas de terror (que Jordan le exhortaba a mirar a media noche) y por los recientes comentarios que había hecho Kent para atemorizarla. «Nada de eso es real —quiso decirle Hannah—. No hay peligro». Pero las palabras se atascaron en su garganta y no brotaron de sus labios.

Debía sentirse culpable; sin embargo, en su fuero interno, se sentía más feliz de lo que había imaginado antes de emprender el viaje. Y la presencia de Stacy tenía mucho que ver en ello.

Stacy la miró y bajó los brazos.

—Ya era hora —exclamó, y se puso en pie—. Ya nos hemos demorado y está oscureciendo.

Tenía razón. Hannah reparó en las arraigadas sombras de los árboles circundantes.

Había pasado más de una hora desde que se apartaron del campamento. El paseo con Stacy no había resultado infructuoso en absoluto; además de una plática entre chicas que sirvió para quitar inseguridades respecto al viaje, se toparon con un par de especímenes interesantes que pudieron fotografiar. Le siguieron la pista a un tejón hasta que pudieron retratarlo, y cinco minutos después, avistaron a un venado de cola blanca cebándose en un frondoso arbusto. Y la ardilla, una ilustre añadidura para el final del recorrido. Desgraciadamente, este día no encontraron ningún turpial gorjeador...

—Sé que no querías venir —comentó Hannah caminando del brazo de Stacy—. Pero me alegra que lo hayas hecho.

Esto decía mucho de su amistad. Hannah no tenía hermanos. Stacy era lo más cercano que tenía a una hermana, alguien con la que podía contar cuando el mal se asomaba a la ventana, como rezaba el refrán. Sabía que el sentimiento era mutuo, si bien, ciertamente, Stacy tenía dos hermanos de sangre. Eran chicos, de modo que su relación con ellos era combativa.

Hannah no dudaba que los quisiera. Pero ¿querría a Hannah a la misma medida que a sus hermanos?

—Oye, ¿no hablamos ya de eso? —repuso Stacy—. Lo que dije hace un rato lo decía en serio. —Se detuvo, extendió sus brazos y giró sobre sus talones mientras reía—. Esto no es como lo imaginé. Y no está mal. A veces hay que darle una oportunidad a nuevas experiencias, ¿no?

Ése era el lema de Stacy. Lo había blandido por primera vez el verano pasado para convencerla de ir con ella y sus amigos a la costa.

Hannah sonrió contagiada por la risa de la otra chica.

—Sin embargo —añadió Stacy—, si tuviera conexión para revisar mi Instagram, sería perfecto.

Se rieron hasta las lágrimas.

Cuando se disponían a regresar al campamento, oyeron un leve chillido. El bosque estaba más sombrío que hace un momento. Y cuando el sonido paró, sobrevino un silencio que les puso a ambas la piel de gallina. Stacy se estremeció.

—Hace frío.

Sí, de hecho. Cuando pronunció esas palabras, Hannah percibió que un vaho blanco le surgía de la boca. Se pusieron en marcha nuevamente. Ojalá Nate hubiera podido encender la fogata, deseó con todas sus fuerzas a la vez que se aferraba a la mano de Stacy.

Entonces lo oyeron de nuevo. El chillido. Había aumentado su volumen, de modo que debía estar cerca. Hannah no conseguía precisar qué animal podía provocarlo, pero temía que se tratara de un coyote..., o algo mucho peor.

—¿Qué es eso? —preguntó Stacy.

El chillido parecía acercarse, ¿o ellas se acercaban a él?

—No lo sé.

—Al principio me pareció al canto del turpial gorgojo.

—Gorjeador —la corrigió Hannah. Y, pensándolo bien, tenía razón.

Siguieron el chillido.

No tardaron en encontrar el origen. En efecto, era un turpial gorjeador, y no uno que pudieran fotografiar. Stacy soltó un grito quedo.

A Hannah se le encogió el corazón. El animalito estaba en el suelo, cubierto de tierra y gramilla seca. El plumaje amarillo de una de sus alitas tenía una salpicadura de sangre; el ala también estaba torcida en una forma escalofriante. ¿Se habría tropezado con un árbol? ¿O se habría caído de su nido? ¿Viviría?

Hannah lo tomó con muchísimo cuidado en su palma. El parajito emitió un chillido agudo pero leve.

—¿Qué le pudo haber ocurrido? —inquirió Stacy, a espaldas de Hannah; su expresión, más que perturbada, era grotesca.

El pajarillo gorjeó.

—No lo sé. —Hannah miró arriba hacia las ramas del árbol más cercano intentando entrever un nido, o algún indicio de lo que pudo haber pasado, pero las sombras lo poblaban todo. No pudo ver nada—. Creo que tal vez cayó de su nido, pero no estoy segura. Quizá deba llevarlo al campamento y ver qué puedo hacer para sanar su ala.

Stacy frunció el ceño, desconfiada.

—¿De verdad crees poder hacer algo? Míralo.

Hannah lo miró, aunque, con la mera visión, le flaquearon las piernas. Más que mirarlo, podía sentir cómo una vida se disipaba poco a poco en la palma de su mano; el suave plumaje, una tierna vibración, la calidez que emanaba... todo terminaría pronto.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Aún piensas llevarlo al campamento?

Hannah debía pensar rápidamente. Se le encogía el corazón nada más pensar en dejarlo morir solo en la oscuridad, con la brisa fría, en el mismo lugar donde lo encontró.

—Chicas.

La voz vino de atrás. El corazón de Hannah dio un vuelco. Stacy también contuvo un grito tapándose a tiempo la boca con las manos. Nate las había tomado por sorpresa. Emergió de las sombras como un puma metamorfoseándose en hombre y encendió una linterna. Debió apagarla al oír sus voces y dirigirse hacia ellas... por si acaso.

—Nate —soltó Stacy, suspirando—, ¿qué haces aquí?

—Es evidente que las estaba buscando. —Había un tenue jadeo en sus palabras. Posiblemente llevaba un tiempo buscándolas.

Se acercó a ellas y apuntó la luz de la linterna en otra dirección para no lastimar los ojos de las chicas con el intenso fulgor. Al ver la mano de Hannah, su expresión se suavizó.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Lo hemos encontrado —explicó Hannah—. Quería llevarlo al campamento e intentar...

«... que no muera solo en la oscuridad», terminó mentalmente. Tragó aire por la boca.

—Ya —dijo Nate—. Las he estado buscando. Empezaba a preocuparme.

—Te dije que haría sonar el silbato si...

El pajarillo gorjeó en un tono lenitivo; no le quedaba mucho tiempo.

—Debemos volver —repuso Nate—. Ha oscurecido. Y seguramente los chicos no han podido encender la fogata. Hace mucho frío.

—Sí. —Stacy tiritó—. Vamos. —Y se puso en marcha.

—¡Esperen! —soltó Hannah, y miró su mano—. Yo no puedo...

—No queda tiempo, Hannah —espetó Nate. ¿Estaba furioso o muy preocupado?—. Debemos regresar. ¡Ya!

—Nate tiene razón. Traedlo con nosotros si eso quieres.

Las palabras de Stacy sonaron frías como el hielo ártico.

—Pero... —insistió Hannah.

Antes de que pudiera reaccionar, o acabar la frase, Nate resopló como un toro; luego le arrebató el agonizante pajarillo de la mano, le pasó bruscamente la linterna a Stacy y se metió en la oscuridad. Hannah lo miró atónita intentando adivinar qué pretendía hacer, sin poder moverse o decir nada.

Nate reapareció. El pobre pajarillo seguía en su mano, Gracias a Dios; pero en la otra, se fijó Hannah con horror, tenía una roca del tamaño de un mazo.

—¿Qué haces, Nate? —vociferó Hannah tratando de recobrar la voluntad de sus miembros sin éxito. La voz le salió más febril de lo habitual. Aun así, Nate debió escucharla, pues se volvió hacia ella y Stacy, que lo alumbraba con la luz de la linterna, y se acuclillo en el suelo, donde puso al pajarillo. Luego levantó la mano que sostenía la roca.

—Vuela con sus propias alas —dijo Nate.

«No —pensó Hannah—. No, no, ¡no!» Cerró los ojos en el último instante. Oyó un golpe ahogado, quedo.

Después, silencio.

El regreso estuvo marcado por un silencio fúnebre que solo se interrumpía con los sonidos de la vida silvestre en la nocturnidad.

Hannah no podía creer que Nate hubiera hecho lo que hizo sin ninguna justificación. «Vuela con sus propias alas», había dicho. El lema de Oregón. El tono de estas palabras la llenaba de mucha rabia, tristeza, impotencia. Había hecho un esfuerzo para no llorar. Las palabras que le murmuró al oído Stacy durante el regreso la tranquilizaron. «No es tu culpa —le dijo su amiga—. Todo estará bien. Ahora está en un lugar mejor». Probablemente tenía razón.

Nate subestimó a los chicos. Cuando llegaron al campamento, la fogata estaba ardiendo, y una amplia columna de humo fantasmal ascendía hacia el cielo nocturno. Al parecer, Jordan había traído algunos cerillos. (Hannah maldijo para sus adentros por haberse olvidado de anotarlos en su lista.) Comieron algunas pasas, galletas saladas, que untaron en mantequilla de cacahuete; y bebieron mucha agua. En alguna parte, un búho ululó. Algún animalito inocente correteó entre las ramas de un árbol cercano, y Stacy increpó enloquecida, causando una carcajada general.

Hannah escasamente curvó los labios; no podía dejar de pensar en lo que había hecho Nate.

De cuando en cuando, lo advertía mirándola a través de la fogata con mucha fijeza. Ella apartaba la mirada enseguida. No podía evitarlo para siempre, ¿o sí? Claro que no. Ella misma sabía que no había posibilidades de que el pajarillo hubiese sobrevivido la noche, o una hora en todo caso. Además, ciertamente, no podía evitar a Nate por mucho tiempo. Aún tenían que compartir la misma tienda de acampar y abrigarse en los brazos del otro si el frío empeoraba durante la madrugada.

Y llegado el momento, todo eso sucedió.

Nate le pidió disculpas encarecidamente y la envolvió con sus fuertes brazos. Su cálido aliento le cosquilleó en la nuca a Hannah. Ella no pudo resistirse. Tampoco quería hacerlo. Sin embargo, después de aceptar sus disculpas, Nate empezó a besarle el cuello acaloradamente. Ella lo apartó despacio.

No estaba lista en ese momento, le dijo, no después de lo que había pasado.

—Entiendo —musitó Nate. Así y todo, no se apartó de su lado y la ciñó entre sus brazos.

El resto de la primera noche en Black Wood fue tranquila.





## CAPÍTULO 5

Pedí un café.

Margaret Wiklund estaba sentada frente a mí con la mirada abstraída. Supuse que ni siquiera había notado la presencia de la camarera que tomaba el pedido. Tras nuestro encuentro en la calle, atravesamos la lluvia. El Fleming era un pequeño restaurante que estaba justo enfrente de la tienda de Cooper's; fuimos allí en parte para refugiarnos de la lluvia, en parte para entrar en calor... y en parte para descubrir por qué la hermana de Wiklund me estaba siguiendo.

—¿Qué desea la señora? —preguntó la camarera.

Llevábamos varios segundos esperando pacientemente una respuesta de Margaret.

—Que sean dos cafés —me adelanté.

Con un asentimiento, la camarera se retiró para buscar el pedido.

Todavía estábamos mojados por la lluvia. Yo tenía empapado hasta los calcetines. En otras circunstancias me habría reído. Pero no eran esas las circunstancias, y yo tampoco era el mismo. Quería entender por qué Margaret Wiklund

se había dado a la faena de seguirme. Yo había reparado en el Prius al poco tiempo de llegar a Springfield, pero muy probablemente Margaret me hubiera estado siguiendo desde Salem. «Es más —reflexioné—, quizá me seguía desde mi salida de la estación».

En cualquier caso, ella estaba allí, conmigo. Y quería una explicación. La camarera regresó con los cafés y preguntó si queríamos algo de comer. Así pues, pedí unos croissants de los que entreví le sirvieron a los comensales en la mesa contigua a la nuestra.

Margaret continuaba abstraída.

—Y bien —empecé. No quería perder más tiempo—. ¿Por qué demonios me estabas siguiendo? ¿El jefe sabe que has venido?

Con «el jefe» me refería a su hermano, si bien ella no dio muestra de haberlo notado.

Margaret parpadeó y miró el café.

—No me gusta el café —repuso en voz baja—. Y no —añadió mirándome—, Linus no sabe que he venido, o que he decidido seguirte. Habría preferido que ni tú mismo te hubieras enterado. No tan pronto. Pero no he hecho un buen trabajo, ¿cierto?

—Así es —afirmé. «Lo hiciste terriblemente», quise decir, pero la camarera volvió con los croissants. Olían delicioso.

—Linus no tiene porqué saberlo —dijo Margaret.

Suspiré.

—Debo decirle. Y no puedes continuar siguiéndome. Supongo que el jefe te ha contado que me ha encargado a mí el caso Black Wood, ¿verdad? —Ella asintió—. Desde luego. El jefe te dijo que acepté ocuparme de la investigación de la desaparición de vuestra hija y sus amigos y por eso estás aquí, ¿no? —inquirí.

De nuevo, Margaret asintió.

—Me dijo que eras el mejor. Que si tú no podías, nadie más lo resolvería.

No me sorprendía que el jefe pusiera tantas esperanzas en mí para resolver este caso —yo mismo no lo haría—, con todo sí me abrumaba. No quería defraudarlo. No quería defraudar a nadie del mismo modo que defraudé a Lauren.

—Hace nueve días que desapareció Hannah —siguió Margaret.

—¿Nueve días? —repetí—. Pero el viaje a Black Wood debía durar seis días según los planes de Hannah. Leí que reportaste su desaparición al cumplirse ese tiempo y no recibir noticias de ella. No sabemos cuándo realmente sucedió lo que fuera que hubiese pasado en el bosque...

—Para mí desapareció en cuanto cruzó la puerta —repuso Margaret—. Cuando el jeep de los Feeney se alejaba, sentí un vacío en mi corazón, y deseé que volviera. Tenía un mal presentimiento. Ella siempre quiso ir a Black Wood.

—¿Por qué?

—Por su padre. Mi marido murió hace muchos años, y el recuerdo que más atesora Hannah de su padre es el de una visita que hicieron juntos a Black Wood pocos días antes de su muerte. Ella siempre quiso regresar, pues él prometió que lo harían. Por varios años intenté que desistiera de ese sueño, yo sabía que cosas terribles habían ocurrido en esos bosques, y que siguieron ocurriendo hasta hace cinco años. La masacre de los estudiantes de Lennox...

Había leído sobre ello en los periódicos. Un grupo de estudiantes había sido secuestrado cuando iban de camino a una expedición hacia el bosque nacional Willamette; sus captores, afirmaron las autoridades, eran miembros de una secta satánica, que procedieron a llevárselos, con todo y bus escolar, hacia Black Wood, donde los degollaron uno a uno e izaron sus cuerpos a las altas ramas de un árbol para que la

sangre cayera sobre los miembros de la secta mientras estos danzaban y cantaban en una lengua ininteligible. O aquella fue la descripción del único sobreviviente.

Los miembros de la secta satánica desaparecieron al amanecer, sin dejar más rastro que una veintena de cuerpos grises pendiendo de un árbol como adornos de navidad.

Esta espantosa imagen mental me provocó un escalofrío en la espalda que apenas pude disimular. Metí una mano en uno de los bolsillos de la chaqueta y saqué una de las botellitas de vodka, que vacié en mi café humeante.

Miré a Margaret.

—¿Quieres? —le pregunté—. Créeme, esto mejorará su sabor.

Ella negó con la cabeza y ladeó la mirada hacia la ventana del costado. Seguía lloviendo.

Me encogí de hombros («Más para mí», pensé), tomé la taza, soplé por unos segundos la superficie castaña oscura del café, y bebí un sorbito; luego, otro. Inspiré hondo, y exhalé. Amaba la cafeína. El vodka era solo mi añadidura personal para días fríos y húmedos como este. Mientras daba otro sorbo más a fondo, miré, por encima del borde de la taza, a Margaret Wiklund con más detenimiento. Era una mujer de cuarenta y tantos, pero aun así muy atractiva.

Al ver la fotografía de Hannah en el expediente me pregunté, entonces, cómo sería su madre. Sabiendo que era la hermana del jefe, me llenó más de curiosidad. Hannah era una joven preciosa, había pensado, y su madre sin duda lo sería igualmente. Tenían los mismos ojos castaños y el cabello rubio con raíces cobrizas. Compartían el mismo perfil aguileño, aunque más respingón, del jefe Wiklund, por el que había reconocido a Margaret mucho antes de que ella me dijera su nombre.

Margaret había estado llorando, claro, por eso sus ojos estaban inflamados. Supuse, después, que tampoco había

dormido mucho en los últimos tres días, porque tenía bolsas color magalladura pendiendo de sus párpados y los labios pálidos y agrietados. «Debí pedirle agua, en vez de café —me dije. Y me pregunté cuánto tiempo llevará la mujer sin dormir o comer bien—. ¿Nueve días?».

Sin duda, Wiklund debía saber de su deprimente estado.

Bebí todo mi café, bajé la taza y entrelacé los dedos sobre la mesa, irguiéndome hacia adelante.

—¿Qué intentabas obtener siguiéndome, Margaret? —pregunté llanamente.

Ella me miró a los ojos. Yo pude ver todo el dolor, la impotencia y el miedo que había en los suyos.

—Quería descubrir quién raptó a Hannah. Y por qué lo hizo—admitió—. Sé que Linus querrá evitarme el sufrimiento y, por ello, me ocultará los detalles más lúgubres de la muerte de Hannah y sus amigos.

«Muerte». Fue evidente para mí el porqué de tanto dolor en los ojos de la mujer: estaba confiada en que Hannah y el resto habían muerto en Black Wood hace más de una semana. El cabello de Margaret escurría agua como un gotero y empapaba la mesa a un ritmo parsimonioso.

Inspiré hondo. Me hubiera gustado sacarla de su error y decirle que Hannah, en realidad, no estaba muerta. Que estaba perdida, igual que sus amigos.

No podía engañarla. Ni ella misma era capaz de engañarse, lo había aceptado. El jefe Wiklund me había asignado el caso porque también sabía que se trataba de un homicidio, lo que era mi fuerte, y no un caso de desaparición o secuestro, como yo había supuesto. También él lo había aceptado.

Extendí mi brazo, arrimé el café de Margaret hacia mí y desembolsillé otra botellita de vodka. Margaret sorbió por la nariz, se enjugó los ojos con la manga de la chaqueta de gamuza que vestía (si bien dudé que le hubiera sido de mucha

utilidad, pues también estaba calada por la lluvia), y bajó los hombros, como si se hubiese quitado un gran peso —o al menos una mínima parte de él— de encima.

Los croissants continuaban intactos sobre la mesa. Tomé uno.

—No puedo permitir que me sigas durante toda la investigación —dije, bebiendo un sorbo de café y mordiendo uno de los cachos del panecillo—. No está permitido, y es muy arriesgado. —Entreví la angustia en su mirada. Antes que dijera nada, agregué—: No le diré al jefe que me has seguido hasta aquí, pero si descubro que continúas haciéndolo, le contaré. Y Wiklund usará esto como una excusa para mandarte lejos y apartarte de todo conocimiento de la investigación. Yo le prometí que descubriría qué pasó en Black Wood. Y siempre cumplo mis promesas.

«Casi siempre».

Margaret bajó la mirada. Mis palabras debían sonarle vacías, lo sabía, porque yo mismo había estado en su lugar hace meses.

—Te vi en la televisión —habló sin mirarme—. Lo que le ocurrió a tu compañera fue... terrible. No puedo imaginarme lo que debió ser para ti no poder evitarle ese destino; debes entender perfectamente lo que siento en este instante. —Suspiró—. Esta impotencia que corroe tu alma día con día y que no acabará hasta tu muerte. He descubierto que la única forma para evitar estos sentimientos es hallando respuestas. Si no, hace mucho que estaría perdida.

La entendía. Quise decírselo.

—Lo siento —dije en cambio—. Es todo lo que puedo hacer. —Inspiré profundo como si no lo hubiese hecho por mucho tiempo. Ella me miró, afligida, y asintió; luego, se levantó y se volvió hacia la puerta—. ¡Espera! —la llamé.

Margaret se volvió.

Yo me había levantado de la mesa y me aproximaba. Saqué el celular del bolsillo de mi pantalón y se lo tendí.

—Pasaré esta noche en Springfield —le dije—. Mañana iré a Black Wood; apunta tu número en mi celular, prometo llamarte después y, en la medida que pueda, contarte todo lo que hayan descubierto los buscadores. Sé que han encontrado el teléfono de Hannah.

Margaret abrió mucho los ojos (obviamente, ella no sabía este dato de la búsqueda, y me cuestioné si estaba haciendo lo correcto al decírselo), pero no dijo nada. Asintió, tomó el celular y apuntó su número.

—Gracias, detective —dijo, devolviéndomelo. Y se retiró.

Desde la puerta, la miré cruzar la calle hacia el Prius y abordarlo antes de ponerse en marcha. Después, regresé a mi mesa, para terminar mi café y los croissants. Esperaba estar haciendo lo correcto, esa pobre mujer no merecía quedarse sola, pensé. Merecía al menos justicia y, de ser posible, respuestas. Suspiré hondo.

De pronto, caí en la cuenta de que la lluvia había amainado.

Tres días de búsqueda y ningún cuerpo. Margaret Wiklund había reportado la desaparición de su hija y el grupo que la acompañaba durante la noche del día que Hannah prometió volver a casa. Desde entonces habían pasado tres días.

La búsqueda en los bosques continuaba; todos los medios nacionales cubrían la noticia, por lo que no me sorprendió, al encender la televisión, que estuvieran hablando del caso de los seis jóvenes desaparecidos en el lóbrego bosque. Decían más de lo mismo: «Aún no hay pistas del paradero de los seis jóvenes que desaparecieron en Black Wood en algún momento entre el 23 y 28 de julio; solo encontraron el campamento, en un estado precario, junto a varias de las

pertenencias de los desaparecidos. Entre ellas, el celular de Hannah Perkins...». Apagué el televisor.

Al menos ya no me sentía tan mal de haberle revelado a Margaret que habían encontrado en celular de Hannah. Obviamente, la noticia se había filtrado a los medios. Las autoridades se estaban encargando del caso con rigurosidad y circunspección (o eso suponían); no confirmar las muertes hasta que hallaran los cuerpos e informar los avances del caso formaba parte de este plan.

El motel era decente, debía admitir. Mi habitación olía a desinfectante de pino y lavanda. Era un ferviente de la limpieza, por lo que al entrar fui al baño para asegurarme de sus condiciones; en efecto, estaba limpio y olía a menta de limón.

Me duché. Me coloqué una bata de hilo y me senté en la cama con las piernas cruzadas en posición de indio. Había traído los expedientes del caso conmigo. Me gustaba revisarlos al menos dos veces diario para conseguir puntos ciegos en la investigación, y desde ahí, partir en mi propia pesquisa. De esa forma se me había ocurrido interrogar a Justin, el empleado de la tienda, de quien no obtuve más que nimias respuestas. Solo le había vendido drogas a Phillips (aunque me pregunté si los otros chicos que entraron a la tienda lo sabían; yo había supuesto que no, dadas las miradas que dirigían a Jordan, si bien también podían ser miradas cómplices llenas de nerviosismo; quizá lo había interpretado mal; además, no todos habían tenido su atención puesta en Jordan Phillips y Justin). Había más. Estaba seguro.

Bebí la tercera botellita de vodka antes de salir del restaurante en el centro de Springfield, por lo que, a continuación, me había dirigido a la tienda más cercana —omitiendo Cooper's, claramente— para comprar más licor. Me levanté de la cama, con las piernas tenuemente adormecidas, y me serví un poco de bourbon en un vaso de plástico.

Hace varios meses que mi mente no funcionaba sin alcohol. Ya no era el mismo de antes.

Ya no estaba Lauren.

Me bebí todo el bourbon del vaso; luego, tomé la botella y me la empiné hasta la mitad, antes de sentarme nuevamente en la cama y ponerme a trabajar.



## CAPÍTULO 6

«Kent y Trey afirman haber hallado una piscina natural; hay tres en el territorio que comprende Black Wood, o eso leí en Wikipedia. Debí mencionárselos. De cualquier forma, hoy nos llevarán hasta ella».

GRABADO POR HANNAH EL 24 DE JULIO,  
SEGUNDO DÍA EN BLACK WOOD.

El lugar en cuestión probablemente sea Black Pool,  
a varios kilómetros del antiguo asentamiento minero.

—¡Vamos, Hannah! ¡No estaremos aquí todo el día, ya empiezo a sentir calambres! —apremió Stacy.

Hannah se acercó al borde del risco. La caída era de al menos cinco metros, calculó ella. Las piernas se le habían convertido en mantequilla. Le temía a las alturas. Sus amigos esperaban en la piscina de agua; todos ellos habían saltado desde el risco, y habían sobrevivido, naturalmente. Stacy ceñía cariñosamente el cuello de Jordan con sus brazos; Kent y Trey, uno al lado del otro, sonreían de oreja a oreja.

Nate estaba más cercano al risco y le hacía señas con las manos para que brincara, animándola; no había nada que temer, decía. Nate sabía que le tenía miedo a las alturas, que sufría vértigos y le flaqueaban las piernas. «Para empezar, no debí haber subido aquí. —Pero ya era muy tarde para arrepentimientos, no quería decepcionar a Nate—. Ya estoy aquí. Vamos, Hannah».

—¡Vamos, Hannah! ¡Tú puedes! —aulló Kent.

—¡Hannah! ¡Hannah! ¡Hannah! —alentó Trey aplaudiendo y chapoteando agua.

Hannah cerró los ojos y suspiró profundamente. Retrocedió algunos pasos para coger impulso —había visto a Jordan hacer lo mismo— y echó a correr hacia el filo.

Y cayó.

Se preparó para el chapuzón cruzando los brazos sobre el pecho a mitad de la bajada. Cuando llegó, sintió como si la caída continuara, incluso después de atravesar el agua. Seguía cayendo. Abrió los ojos, extendió los brazos y comenzó a nadar hacia arriba. Cuando emergió a la superficie, sus amigos la estaban aplaudiendo y vitoreando. Qué maravillosa sensación, pensó. Liberadora. Nate surgió del agua, sorprendiéndola, y la rodeó con sus brazos. La besó con furor en los labios y en el cuello. Hannah rió como una bendita. Sintió un gustoso hormigueo en la barriga cuando Nate le susurró «esa es mi chica» en la oreja. Ella tomó su rostro con sus manos y le plantó un beso apasionado.

—¡Oh, chicos, mejor búsquense una habitación! —exclamó Jordan.

Hannah y Nate apartaron sus labios, riendo.

—¡No —replicó Nate—, mejor ustedes búsquense una habitación!

Hannah se fijó que Stacy no tenía puesta la parte superior de traje de baño y no se molestaba en cubrirse los pechos, si

bien no lograban verse dado que el agua le llegaba a la altura del cuello. Además, no tenía de qué preocuparse tampoco. Jordan no demoró en envolverla con sus brazos y atraerla hacia sí para apretar sus labios con los suyos ante la aversión de Kent, que empezó a simular arcadas.

—¡Estos heterosexuales! —soltó.

Trey había estado sumergido bajo el agua; emergió de pronto detrás de Kent y sorprendió a su novio con un «¡buh!» estridente. Kent pareció más divertido que asustado. A continuación, ellos también se besaron. Hannah centró su atención en Nate, a quien tenía envuelto por el cuello con sus brazos y comenzó a besarlo juguetonamente por el cuello trazando una línea hacia la parte posterior de su oreja.

Él la estrechó por la menuda cintura con sus fuertes brazos. «Son perfectos y atractivos —le había dicho Stacy—. Son la pareja perfecta. Como Jordan y yo». Hannah nunca le daba crédito a sus palabras. Si bien ella había heredado la excelsa figura de su madre sentía que sus piernas eran muy largas y su busto demasiado grande para una joven de dieciséis años (aunque, claro, esto ni lo otro parecía molestarle a Nate), y también era un poco encorvada, una postura que no había logrado cambiar con la madurez. De niña había sido robusta y eso aún lo reflejaba.

Nate, en cambio, estaba dotado de hermosura, un adonis de pie a cabeza; moldeado por los entrenamientos de soccer, su cuerpo era esbelto y atlético, fuerte, brazos seguros, pectorales y abdominales marcados. «Hannah, de verdad, no entiendo cómo has podido resistirte a eso todo este tiempo —había dicho Stacy una vez después de ver a sus novios refrescándose sin camisa tras los entrenamientos—. Yo no habría podido. No sé si siento orgullo o pena por ti». Hannah había querido preguntarle por qué debía sentir pena por ella,

pero lo sabía. No expresó nada para no tener que enfrentarse a la respuesta incisiva de Stacy.

Nate la besó en el cuello. Hannah parpadeó y sonrió tontamente.

—Parece que Stacy no está tan renuente como antes —comentó Nate con razón—. Es más, parece agradarle el clima. Y el aire fresco le sienta tan bien como a ti.

Hannah lo miró a los ojos y por un momento se perdió en el océano que relucía en ellos, su reflejo en el centro.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no has parado de sonreír. Puedo ver el brillo en tus ojos y me hace feliz que tú estés feliz.

—Tú me haces feliz —dijo Hannah—. Siempre.

Nate esbozó una leve sonrisa; con su mano, liza y mojada, le acarició la mejilla y le pasó el pulgar por los labios. Hannah sintió una ligera punzada de electricidad en el pecho cuando notó cómo los ojos de Nate se fijaban con intensidad en sus labios, que debían estar hinchados por el agua y los besos.

—No deseo nada más que hacerte feliz, Hannah —susurró, y luego la estrechó entre sus brazos. Ella apoyó la cabeza en el hueco de su cuello. No había estado más feliz en toda su vida, debía admitirlo. El viaje estaba resultando mejor de lo que había esperado. Inspiró hondo y miró al cielo, pintado de un azul perfecto.

—Hey, Nate —oyeron decir a Jordan; él y Stacy estaban saliendo del agua en ese momento, tomados de la mano—, Stacy y yo vamos a seguir tu sugerencia e improvisaremos una habitación en el bosque. —Hizo un gesto de despedida con la mano—. Nos vemos en el campamento.

Hannah miró a Stacy, que se encogió de hombros con una larga sonrisa hendiendo su rostro. Ella relucía. Tenía una luz en la cara que Hannah no le había visto antes. Stacy y Jordan

se perdieron entre las sombras de los enormes árboles que cercaban la piscina natural.

—Tú y yo podríamos hacer lo mismo, ¿no? —le susurró Nate al oído y la besó en cuello para luego mirarla a los ojos.

—¿Eso quieres? —dijo, en tono travieso, Hannah.

Nate arqueó las cejas y amplió su sonrisa.

—Más que nada en el mundo —aseguró—. Solo, claro, si tú también lo quieres.

—Lo quiero —asintió Hannah, aferrada a su cuello, a su mirada—. Pero no en este momento.

Nate frunció el ceño levemente y bajó la vista. Su decepción duró solo un instante, aunque intentó ocultarlo. Luego la miró.

—Entonces bésame.

Ella, complacida, obedeció.

Stacy no paraba de reír. Jordan tiraba de su mano, llevándola a algún lugar en el bosque.

—¡No tan rápido! —exclamó ella.

—Descuida —replicó Jordan, sin parar el paso; reía igualmente—. Solo quiero alejarnos.

—¿Adónde me llevas? ¿Y por qué?

Jordan no contestó. Además, ella sabía la respuesta; sabía cuáles eran sus intenciones; por qué quería alejarse.

Stacy tropezó y estuvo a punto de caer desbocada, pero Jordan la cogió a tiempo por los brazos. Iba descalza. El suelo era tierra seca con ramitas y piedras pequeñísimas que se hundían en las plantas de sus pies sin atravesar la piel; con todo, era igualmente doloroso. Ella intentaba mirar por donde pisaba, temiendo que hubiera algún trozo de cristal roto o algún asqueroso insecto en su camino.

Jordan no parecía tener problema alguno. La tierra estaba cálida bajo sus pies. Pronto, estuvieron pisando una extensión de césped verduzco que crecía alrededor de unos árboles tan grandes como edificios. Stacy estaba impresionada; había subestimado el plan vacacional de Hannah; no era como se lo había imaginado.

Ciertamente, se había imaginado algo muchísimo peor, escenas de un bosque recreadas en su mente a partir de las más sangrientas películas de terror hollywoodenses. El corazón de Stacy daba un vuelco cada vez que pasaban bajo la sombra de un árbol. No deberían apartarse tanto del resto. Estaba por decírselo a Jordan, cuando, de pronto, se detuvieron.

Jadeando, Jordan se volvió hacia ella y la besó acaloradamente en los labios; con sus fuertes brazos le rodeó la cintura y la atrajo hacia sí con vehemencia, encajando su cuerpo al suyo. Sonrió excitado. Stacy sintió su erección en el muslo a través de sus calzoncillos, y su vientre empezó a hormiguearle. Tomó a Jordan por la nuca y acercó sus labios al costado de su cabeza.

—Te quiero dentro de mí —murmuró con una voz tan húmeda como el secreto que había entre sus piernas.

Jordan se apartó, mirándola, sonriendo lascivamente.

—No —dijo.

Stacy frunció el ceño. Jordan la afianzó por la cadera y el cuello y la llevó hacia el árbol más cercano sin parar de besarla apasionadamente en el cuello. «¿No?», pensó ella, confundida, y desvió la mirada. ¿Qué quería decir con no? Podía ver la erección a través de sus calzoncillos; él también lo deseaba.

No tardó en descubrirlo. Jordan esbozó una sonrisa aún más lasciva antes de hincarse en una rodilla, quedando su cabeza a la altura de la pelvis de Stacy. Ella abrió mucho los

ojos; pegada de espalda al árbol, ahogó un suspiro cuando Jordan levantó su pierna derecha, la descansó sobre su hombro y, acto continuó, empezó a besarle la parte interna del muslo, alternando con chupetones.

Stacy gimió, extasiada; no llegó a darse cuenta cuándo Jordan le quitó la parte baja del bikini. Era muy diestro a la hora de quitarle los calzones, eso sí. Ella llevó ambas manos hacia atrás, donde notó a la dura corteza del árbol que le hacía de respaldo mientras su novio, ágil, saboreaba su entrepierna. Su lengua la invadía. Un gemido estridente estalló como una granada en su boca, de repente, en el clímax; ella no pudo evitarlo, si bien tampoco hizo esfuerzo alguno por contenerse.

Jordan detuvo su faena

—Sssh... No hagas ruido.

—¿Por qué? —Tenía la respiración exaltada y el pecho enrojecido y perlado de sudor, se fijó al bajar un poco la mirada para animar a su novio a continuar—. Nadie puede oírnos —añadió risueña—. Tú te encargaste de eso.

Jordan sonrió avieso.

—Sí.

—Continúa.

Stacy cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás tanto como se lo permitió el árbol a su espalda. Inspiró hondo cuando notó que el cosquilleo en el vientre empezaba a avivarse nuevamente calándole hasta el estómago, el pecho, el corazón y, por fin, el cerebro. Entretanto, Jordan, entre sus piernas, lamía los recovecos de su sexo. Cuando el éxtasis la alcanzó —por segunda vez—, se cubrió la boca (solo por si acaso), y miró al cielo al tiempo que una bandada de pajarillos amarillos salía disparada de las copas de los árboles circundantes.

«Alguien viene».

Jordan se levantó y sonrió con la boca húmeda y los labios hinchados. Stacy miró más allá de su hombro, figuras que se acercaban; personas que tal vez los habían oído.

—Es mi turno —dijo Jordan con una lúbrica sonrisa.

—No —chilló ella, y se inclinó para coger el bikini, que estaba junto a sus pies—. Alguien viene. Mira.

Y señaló con una mirada.

Jordan se volvió. Había tres hombres de pie a escasos metros de ellos. Uno de los recién llegados, se fijó Stacy, tenía una barba negra tan poblada que parecía ensombrecerle toda la cara. Stacy había logrado ponerse a tiempo el traje de baño, pero, aun así, se sintió sucia, desnuda y vulnerable cuando las miradas de aquellos sujetos se posaron desvergonzadamente en su cuerpo. Jordan, tieso como una tabla, se adelantó ante ella como su valiente protector.

—Mira, Wes —soltó uno de los hombres; al que le faltaban tres dientes frontales, observó Stacy. Su voz era risueña, con acento sureño—. Parece que, después de todo, no somos los únicos que se divierten en Black Wood. —Sonrió—. ¡Y vaya que sí se divierten!

Tardíamente, Stacy reparó en que estaba armado. De hecho, los tres lo estaban.

—Creí que ya estarían aquí —dijo Hannah—. ¿A dónde pudieron haber ido?

Miró a Nate, que se encogió de hombros; los labios le temblaban en un intento por contener una carcajada.

—Vamos, Hannah —bromeó Kent—. Debes darle un poco de crédito a Jordan; es todo un semental, no acaba tan rápido, como quedó demostrado anoche.

Trey le clavó un codo a su novio en las costillas y alzó una ceja, si bien también hacía un intento infructuoso para no reír.

Hannah se ruborizó. Ciertamente, Stacy y Jordan no habían perdido el tiempo la noche anterior. Sus voces (al menos la de Stacy) se habían oído durante media hora en las otras dos tiendas de campaña, dada la cercanía que tenían. Nate, que había ubicado las tres tiendas, le explicó a Hannah que había pensado que esta proximidad daría un poco de quietud a Stacy, que se había mostrado temerosa de las criaturas que se ocultaban en la oscuridad del bosque.

Pero, por lo visto (o, mejor dicho, por lo oído), Jordan podía por sí solo darle esta tranquilidad a su chica.

Desplazaron el campamento un kilómetro y medio para estar cerca de las piscinas naturales. Trey y Kent habían guiado al grupo hasta ellas después de descubrirlas el día anterior durante un repentino paseo que propició la escasa paciencia de Kent, o eso arguyó Trey, que admitió haber estado perdido durante un instante por estar siguiéndole el paso a su novio.

El resto del día el grupo no se trasladaría ni un kilómetro más, habían decidido conjuntamente. Si bien Hannah habría preferido recorrer otros dos kilómetros después de una zambullida en las piscinas. Cuando previó que la mayoría optaba por quedarse, ella decidió no manifestar su deseo. Aún quedaban cuatro días.

El sol estaba radiante; su brillo no llegaba a calentar, pero era intenso, y podía llegar a cegarte si lo mirabas directamente a través de las copas de los árboles. Hannah se pasó la mano por el cabello, aún húmedo. «¿Dónde están?». Estaba preocupada. Más allá de lo que estuvieran haciendo, y de cuánto tiempo dispusieran para ello, tenía un mal presentimiento. Se vistió detrás de un árbol fuera de la vista de Nate, que no la había visto desnuda; primero se quitó el traje de baño y, después, se puso ropa seca. Luego usó la toalla húmeda para hacerse una especie de turbante que le sirviera de secador improvisado para el cabello.

—¡Ahí vienen! —oyó decir a Kent.

Hannah salió de su vestidor natural. Llevaba puesto unos shorts caqui, dos camisas de algodón (ambas de un bonito púrpura), una americana arremangada en los codos y, claro, sus botas de excursión. Al fijarse en la dirección en la que todos veían venir a Stacy y Jordan, comprendió por qué la llegada de estos dos estaba marcada por un silencio poco habitual y no por las chanzas de Kent y las risas ingenuas de su novio. Ellos no venían solos.

—¿Dónde estaban, chicos? —preguntó Nate con tono despreocupado. Estaba actuando, ciertamente. Hannah podía ver la tensión en la línea de sus hombros—. Hannah estaba a punto de sufrir un colapso nervioso a causa de la preocupación por ustedes.

—Sí, estábamos... —empezó Jordan.

—Pasando el rato —se adelantó uno de los tres hombres que los habían seguido.

Hubo un incómodo silencio. Acto seguido, Jordan los presentó uno a uno con tono jovial y despreocupado (también él estaba actuando): el que se había adelantado se llamaba Rick, llevaba un sombrero de pescador y tenía una barba larga y grisácea, si bien no debía tener más de treinta años; cuando habló, Hannah advirtió dos cosas: su acento sureño y que le faltaban algunos dientes. El siguiente se llamaba Chris, el más joven de los tres, y también el más tímido, pues rehuía de las miradas cuanto podía, como si un simple vistazo lo hiriese; debía tener quince años; tenía una mata de pelo rubio hirsuto, era delgado, de mejillas hundidas y la cara llena de acné, sin embargo, tenía ojos grises que destacaban del resto de su faz.

—Y él es Wesley —presentó Jordan al tercero.

Wesley tenía una barba negra muy poblada, como sus cejas, que le ensombrecían el semblante. Era muy alto, forni-

do, y amplio de hombros y pecho. Cuando oyó su nombre, trazó una amplia sonrisa que le heló la sangre a Hannah. Ella se había fijado en que estaban armados, había reparado en los cañones de las escopetas, que llevaban en las espaldas, mucho antes de tenerlos en frente. ¿Cazadores? ¿En Black Wood? Imposible. Sabía que en Black Wood no se permitía cazar a las especies que habitaban allí. Era ilegal. Pero si ellos eran cazadores furtivos, quería decir que eran peligrosos.

Hannah miró Stacy, extrañamente callada. Y no era por menos. Debía saber la clase de sujetos que eran aquellos tres.

—¿Y qué hacen aquí, si puedo preguntar? —inquirió Nate, manteniendo su tono despreocupado.

—Excursión —respondió West—. Hace un par de días estuvimos en la montaña Henline, en la parte occidental. La vista, allá arriba, les quitaría el aliento si llegaran a ir. Supongo que ustedes también hacen excursión, ¿no? ¿Cuánto tiempo llevan en estos bosques?

—Dos días —contestó Kent.

—Creí que ya nadie incursionaba por estos bosque —dijo el desdentado con acento sureño, y echó un vistazo a las tiendas de campaña que Jordan y Nate habían levantado antes de que el grupo se dirigiera a la piscina—. Mucho menos para acampar. Ya saben lo que dicen de este lugar —añadió, alzando una fina ceja entrecana.

—No —dijo Kent, frunciendo el ceño—, no sabemos. ¿Qué dicen de este lugar? ¿Y por qué no vienen a acampar aquí?

«Oh, no», pensó Hannah. Sus amigos no conocían las historias que rodeaban Black Wood, ella había preferido no contarlas para no inquietarlos y convencerlos de que el bosque era un lugar maravilloso y seguro para pasar unos días veraniegos, lejos de la civilización. Lo era, sí, aunque no siempre fue así.

El corazón de Hannah latía rápidamente; sus planes estaban al borde de un abismo. Temía que Stacy quisiera terminar el viaje al enterarse de la masacre.

Compartió una mirada con Nate.

—¿Les gustaría beber agua? —soltó de repente—. Parece que han estado corriendo una maratón.

Los hombres se miraron entre ellos, ceños fruncidos. Mirándolos bien, pensó Hannah, en ese momento no le parecieron tan amenazadores como al principio. Rick amplió su sonrisa desdentada. El aura tensa que había reinado en el ambiente, tras la llegada de Jordan y Stacy con los hombres desconocidos, remitió considerablemente, para alivió de Hannah, cuando estos asintieron con la cabeza; ciertamente parecían exhaustos, los semblantes rojos y sudados.

—Os lo agradeceríamos —dijo Wesley esbozando una sonrisa. Tenía una voz profunda, mellada, que se equiparaba a su complexión—. Lo cierto es que nos hemos quedado sin suministros de agua hacía unos kilómetros. Nos dirigíamos al arroyo más cercano cuando oímos... —hizo una pausa y echó un vistazo sugerente a Stacy y Jordan—. Creímos oír a un animal herido.

—¿Un animal...? —repitió Kent, y se partió de la risa antes de terminar la frase.

—Disculpen —murmuró Stacy antes de alejarse, seguramente para cambiarse.

Hannah reparó que seguía con el traje de baño y ninguna toalla. Obviamente, no había tenido tiempo de coger la suya antes de adentrarse en el bosque para liarse con Jordan. Sin embargo, había algo más. Hannah la conocía (como una hermana, se jactaba la una de la otra.) Hubo algo extraño en su voz, en su comportamiento, durante su llegada, y en su postura encogida mientras tomaba el morral con sus cosas y se perdía de vista.

—¡Stacy! —llamó Hannah, y fue en pos de ella.

Los chicos se quedaron con los tres desconocidos. Hannah se alejó del campamento.

¿Era buena idea? ¿Eran peligrosos? ¿Aquellas gentiles sonrisas no eran más que una pantomima? ¿Y si querían llevarse sus cosas?

Aquellos pensamientos no detuvieron a Hannah. Siguió a Stacy hasta un enorme abeto, cuyo tronco, hace un instante, había servido de vestidor improvisado para Hannah. Stacy se estaba despojando de su traje de baño de manera que Hannah le dio su espacio, aunque podía oírla llorar. ¿Qué había pasado? ¿Aquellos tres le habrían hecho daño? No sería posible. Jordan se había comportado raro hace un momento, pero no hostil, y él no habría permitido que alguien dañase a Stacy. Nunca.

Hannah dio un paso hacia el tronco; luego, otro.

—Stacy, ¿estás bien?

Stacy sorbió por la nariz.

—Sí—dijo. Aspiró otra vez y pareció pasarse la mano por la cara para enjugarse—. Yo solo... solo...

Y se derrumbó. Hannah rodeó el abeto; la encontró vestida, llorando a lágrima viva y las manos en el rostro, de espalda contra el tronco.

Hannah la envolvió con sus brazos, dejó que ella se consolara en su hombro y le susurró «todo estará bien» al oído mientras le acariciaba con dulzura el cabello. Estuvieron así algunos minutos, minutos muy largos. Cuando Stacy paró de sollozar, se sentaron al pie del árbol. Stacy le contó a Hannah con lujo de detalles (aunque Hannah hubiera preferido que no le hubiese revelado tantos detalles) lo que ocurrió cuando fueron sorprendidos por los tres supuestos cazadores.

Rick era un cerdo. Sus ojos no paraban de recorrerle su cuerpo mientras se lamía los labios y mostraba su lasciva

sonrisa desdentada. Además, había proferido todo tipo de chanzas sobre los sonidos que hacía mientras Jordan le practicaba sexo oral.

—Aquel chico —continuó Stacy, su mirada que destilaba rabia y asco—. El que parece tímido. Chris, se llama. Pues no es tímido en absoluto. Lamiéndose los labios, intentó acercarse a mí, pero Jordan se interpuso y lo empujó por el pecho. Apuntaron a Jordan con sus armas... Salvo Wesley. Wesley solo me miraba con aquellos ojos sombríos, y sonreía por lo bajo.

Mientras lo contaba, se estremecía. Hannah podía sentir la oscilar entre sus brazos; estaba fría. Tenía miedo. Habría sido peor si se hubiese enterado de lo que había pasado en Black Wood hacía años, pensó. Al mismo tiempo, se sentía culpable por ocultarle la verdad.

Hannah abrió la boca para hablar, para decirle todo. Stacy la interrumpió.

—Tengo miedo, Hannah —confesó—. Querrán quedarse con nosotros y hacernos daño. Nadie los detendrá.

Hannah le pasó la mano por el pelo, todavía mojado, y la asió fuerte contra su pecho.

—Tranquila. Todo estará bien.



## CAPÍTULO 7

Me estaban esperando: Harry Baldwin, detective clase uno de la policía de Springfield; Paul Wettington, de la policía de Salem, y Matthew Sanders, experto forense... Los tres estaban hablando bajo la sombra de un enorme abeto, cuyas hojas se sacudían con las embestidas del viento pluvioso de la mañana.

Había más policías y forenses explorando las inmediaciones del arroyo Black Oak, que fluía a un par de metros del lugar donde esperaban los hombres. El clima era templado. Esa mañana había llovido intensamente mientras me dirigía desde Springfield hasta Black Wood. Tuve suerte de llegar cuando los últimos coletazos de la lluvia empezaban a mitigarse. Sin embargo, la tierra estaba lodosa y se untaba en las suelas de mis zapatos, dificultándome el paso al caminar.

—Te estábamos esperando —alegó hoscamente Wettington.

—Pues —expresé en el mismo tono—, si no lo has notado, ya estoy aquí.

Paul hizo una mueca al oírme; debía guardarme recelo porque Wiklund lo había depuesto de la investigación del

caso Black Wood para delegarme a mí. «Está en todo su derecho —pensé—. Yo, en su lugar, también estaría rezonando». Sanders y Baldwin nos estaban mirando en silencio.

—¿Dónde está el cuerpo? —pregunté sin más preámbulos.

—Por aquí —indicó Matthew Sanders.

Caminamos hacia el arroyo. Intenté encender un cigarrillo, pero el detective Baldwin (de semblante severo) me dirigió una mirada fulminante cuando reparó en mis intenciones, y guardé nuevamente el paquete en el bolsillo interno de mi chaqueta. Me enteré de la noticia del cadáver recién descubierto en Black Wood por las telenoticias. Había quedado inmóvil largo rato oyendo sin mucho cuidado la nota de última hora que transmitía la CBS. «El primero —había pensado entonces—. Faltan cinco». Pero estaba equivocado.

Me fijé antes de llegar al arroyo que un par de policías interrogaban a dos hombres; uno tenía una barba negra muy poblada y el rostro pálido surcado de notorias ojeras color magulladura bajo los ojos, era alto y fornido, y en mi opinión, parecía bastante sospechoso; el otro, en cambio, parecía un viejo leñador, con su larga barba entrecana y el sombrero de pescador. Cuando miró en mi dirección y sonrió, supe que no era viejo y que le faltaban algunos dientes frontales.

Volví la vista al frente. Era cierto lo que decían: la muerte se huele mucho antes de verla.

El arroyo fluía caudaloso; estaba notablemente crecido por el reciente temporal, y el agua tenía un tono castaño rojizo, ocasionado, a ciencia cierta, por un deslave de tierra en algún punto de su vereda. En el lado opuesto del arroyo una enorme roca había impedido que el árbol caído cortara el paso del agua y lo desbordase. Con todo, distinguí al cadáver mucho antes de reparar en el estado del caudal.

—Su nombre es Chris Barney —comentó Sanders—. Tenía quince años. Venía con aquellos dos sujetos. —Seña-

ló cuáles (aunque yo ya los había visto y no deseaba echarles otro vistazo) antes de continuar—: Al parecer el chico era primo del desdentado que lleva sombrero de pescador. El joven Chris llevaba dos días perdido en el bosque y ellos lo estaban buscando; admitieron no dar aviso a la policía local.

—¿Por qué? —preguntó toscamente el detective Baldwin.

—Wesley Stout y Rick Dickson son cazadores oriundos de San Antonio, Texas.

—¿Texas? —repitió Paul Wettington—. ¿Qué hacen cazadores de Texas en el norte de los Estados Unidos?

—Supongo que no buscaban un clima más templado, ¿o sí? —alegué—. En Black Wood, tengo entendido, no se permite la caza de las especies, ¿cierto? —Sanders asintió—. Esto indica que Chris Barney y sus camaradas no estaban aquí de expedición; ellos son un trío de cazadores furtivos.

—Así es —confirmó Sanders—. Cazan ciervos mula y capturan a una especie de ave exótica (turpiales gorjeadores, me parece que dijeron) para comerciarlos en el mercado negro. Ellos vienen aquí cada verano siguiendo la ola migratoria de estos turpiales —añadió en tono lóbrego—. Sin embargo, esta era la primera vez que Chris los acompañaba. Cuando Wesley y Rick, su primo, lo hallaron muerto, decidieron reportarlo a la policía. Fue idea de Wesley, el hombre tón de la barba negra, que esperaba que la policía no hiciera demasiadas preguntas (ellos contaron que se trataba de una excursión, pero los caninos de búsqueda encontraron sus armas de caza escondidas y no pudieron seguir mintiendo).

—¿Y cómo sucedió? —pregunté.

La respuesta saltaba a la vista. Alguien le había clavado un puñal en el corazón al muchacho; cuando estuvo muerto, lo izaron por los tobillos con una cuerda de cáñamo a una de las ramas del árbol, o esta era la teoría de Sanders; además, Chris tenía una larga hendidura en el cuello, que

estaba abierto como una segunda boca. Sanders arguyó que mientras estaba colgado de cabeza, alguien —probablemente la misma persona que le clavó el puñal— procedió a tajarle la garganta para dejar que el cuerpo se desangrara.

—Encontramos una gran salpicadura de sangre cerca de la base del árbol —señaló Sanders—. También huellas.

—¿Huellas? —inquirió Wettington. Me dirigió una mirada inquisitiva a la vez que ponzoñosa. Sus ojos eran azul profuso, y estaban cundidos de venitas carmesí que se unían cerca de las comisuras como telarañas. Tenía treinta y tres años, como yo, pero en ese instante, en mi opinión, parecía mucho mayor. Tenía más arrugas en la frente y cerca de los ojos de las que pudiera contar, y por si esto no fuera poco, su mostacho negro mostraba algunas hebras blanquecinas.

«No fue mi culpa —había pensado decirle a Paul respecto a la decisión del jefe Wiklund, pero me di cuenta de lo poco que me importaba su opinión; él y yo nunca fuimos amigos—. Que le den por culo. Yo resolvería este caso solo por el placer de joderte». Volqué mi atención en Sanders a la vez que este daba su respuesta a Wettington.

—Sí —alegaba el forense—. Huellas. Aunque estaban algo barridas por la lluvia, se podían reconocer huellas de pisadas hechas con sangre y tierra mojada. Les tomé algunas fotos, y recogí varias muestras. Quizá nos ayude a dar con los asesinos.

«Así que estamos hablando de un homicidio. —Me pregunté si el caso de Hannah y sus amigos desaparecidos estaba relacionado con la muerte de Chris—. Posiblemente». Sin embargo, me parecía extraño que aún no se hubieran encontrado sus cuerpos.

«Todavía».

Miré el cadáver. Se me encogió el estómago. Si bien había visto muchos cuerpos, en peores condiciones, a lo largo de

los últimos años, nunca dejaba de sentir aquellas sensaciones de repugnancia y escalofrío que se aunaban en mi estómago y me erizaban la piel, junto al pensamiento de «acabaré así algún día» que cruzaba mi mente en una fracción de segundo. Y, tal parece, que jamás dejaré de sentir las.

«Eso sí —me dije—, no acabaré como Chris».

El chico estaba hinchado como una esponja humana; su piel tenía un tono violáceo y diáfano como una bolsa llena de agua; habían tenido que sacarlo del arroyo, explicó Sanders, después de que el árbol cayera hacia el costado, a raíz del colapso provocado en parte por el peso del cuerpo, en parte (principalmente) por la humedad que había calado el suelo donde estaban asentadas sus raíces.

Chris tenía los ojos abiertos, cristalinos, como si estuvieran anegados de lágrimas. Miraban al cielo. Salvo por la luz vacua que se reflejaba en ellos como en un luctuoso espejo, carecían de vida por completo. Tenía los brazos cruzados ante el pecho, que estaba descubierto (la corriente del arroyo debió llevarse sus prendas, o quizá se las quitó el asesino, rumié), y las piernas (aún llevaba sus tejanos, si bien lavados) extendidas hacia la orilla del arroyo.

Mientras Baldwin y Paul Wettington disponían entre ellos otras posibles teorías, reflexioné para mis adentros sobre la cuestión del despojo de las prendas del torso del muchacho. El asesino —o ellos, con seguridad— no se había molestado en ocultar su rastro, o hacer limpiamente su trabajo. ¿Por qué deshacerse de la ropa del muchacho? ¿O, pensándolo bien, por qué no deshacerse de todas las prendas?

Entonces se me ocurrió: «Porque no era necesario».

—¿Tienes un par de guantes? —pregunté a Sanders—. Debemos girarlo boca abajo.

Sanders frunció el ceño y asintió.

—¿Por qué quieres darle vuelta? —quiso saber mientras se sacaba un par de guantes de látex del bolsillo interno de su chaqueta y me los tendía. Él ya tenía un par puesto.

—Quiero ver si tiene la marca —expliqué. Me había pasado casi toda la noche leyendo e investigando sobre el caso de la masacre de Lennox de hace cinco años. Estos informes, ciertamente, no hacían parte del expediente que había dotado Wettington sobre el caso de Hannah Perkins y sus amigos desaparecidos, el que me había proporcionado Wiklund; tuve que investigar en internet. Las víctimas de la masacre, había descubierto, habían sido marcadas en la espalda con un extraño símbolo que caracterizaba a la secta que había cometido los crímenes.

Acto continuo, Sanders me ayudó a volver el cadáver mientras oía a Wettington decir que era absurdo que se tratara de la misma secta cuando expuse mi teoría; fuera o no absurdo, dije para mis adentros, no perdíamos nada con intentarlo. Me sorprendió que Baldwin me apoyará en este punto. Además, abundó el veterano, no sería la primera vez que el asesino vuelve al lugar donde antes ya ha cometido otros crímenes para atacar de nuevo. Ante este argumento, y la fuente competente que la argüía, Wettington no discutió más.

—Sabría cómo atacar —añadió Baldwin—, y cómo disiparse sin dejar rastro alguno para volver, quien sabe, dentro de dos o cinco años y asaltar de nuevo.

Cuando giramos el cadáver, sin embargo, su espalda estaba tan blanca como un lienzo sin pintar. Sin marca.

Fue decepcionante. Un silencio frío imperó un largo instante mientras Sanders y yo poníamos el cuerpo una vez más boca arriba. Me saqué los guantes.

—¿Ya ves? —habló Wettington, si bien tampoco parecía complacido—. Les dije que era imposible.

—Nada es imposible —repliqué—. Y te recuerdo que Hannah Wiklund y sus amigos siguen desaparecidos.

—Ese ya no es mi asunto.

—Entonces ¿qué haces aquí?

—¿Wiklund? —repitió Baldwin; frunció el ceño—. ¿Esa chica tiene algo que ver con Linus Wiklund?

Por supuesto. Baldwin y el jefe se conocían, recordé. El propio Wiklund me había contado en una ocasión de sus años detectivescos en la policía de Salem, y Harry Baldwin era su compañero en aquellos días (¿o él era el compañero de Baldwin?). El veterano debía llevarle al menos unos diez años a Wiklund (posiblemente atravesaba los sesenta); era alto y estrecho, aunque regio, la postura firme. Tenía el cabello encanecido. Sus labios casi inexistentes quedaban furtivos bajo un bien recortado bigote que también peinaba canas.

—Es la sobrina del jefe —expliqué—. Aunque, ciertamente, su apellido no es Wiklund. Me equivoqué.

—Su nombre es Hannah Perkins —repuso Paul Wettington con una sonrisa orgullosa—. Y con esto me pruebas qué tan bien marcha tu trabajo para hallar a la sobrina de Wiklund. Dime, Harcourt, ¿ya conociste a Margaret?

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Margaret, la madre de Hannah —dijo con tono que destilaba ácido—. Debes conocerla.

—Basta —espetó Baldwin, mirándonos con ojos amedrentadores.

Paul sonreía.

«La conoce». Seguramente Margaret lo había seguido también cuando era el investigador del caso de Hannah y, como yo, la había pillado en el acto. O quizás —y me inclinaba más por esta opción— Wettington nos había visto juntos en Springfield la tarde anterior.

—Hay algo más, Jeff —comentó Sanders mientras un par de forenses cubrían el cadáver con una manta de hilo sintético. Harry y Paul se habían adelantado hacia el campamento de los jóvenes desaparecidos—. Wesley y Rick aseguran haberse topado con Hannah y sus amigos.

—¿Dónde?

—A unos kilómetros de aquí. Fue un encuentro breve y amigable, alegó Rick, el desdentado.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Hace una semana exactamente. Ellos les dieron su agua potable y algunos sándwiches.

—Quiero hablar con ellos —dije volviéndome.

En ese momento los estaban esposando a las espaldas y despojándolos de sus armas blancas; tenían algunas navajas ocultas en sus botas y la parte interna de sus chaquetas, miré. No se resistían, sabían que era muy tarde para hacerlo de todas formas. El desdentado, Rick, me sonrió cuando vio que una vez más lo estaba mirando. «Deben saber algo más —dije para mis adentros—. Tal vez lo han hecho ellos mismos». Después de todo, ellos venían cada verano; estaban armados hasta los dientes y podían someter a un grupo de seis jóvenes fácilmente. Además, los cargos por caza ilícita no se podían comparar con asesinato múltiple.

Con todo, no entendía por qué Chris había terminado muerto; quizá habían cometido un error llevándolo consigo a su sangrienta expedición y decidieron deshacerse de él antes de que los delatara. Esto explicaría por qué no lo habían marcado.

—¿A dónde los llevarán? —pregunté a Sanders mientras caminábamos por el bosque hacia el campamento abandonado.

—Serán trasladados a Texas. Allá enfrentarán los cargos que tienen en su contra.

«Quedarán libres en poco tiempo —pensé—. Y regresarán, quien sabe, dentro de dos o cinco años».

—El chico —inquirí—, ¿cuánto tiempo crees que lleve muerto?

—Un día —respondió Sanders—. Quizá día y medio. La lluvia y el frío han atrasado su descomposición, indudablemente; también el tiempo que el cadáver estuvo sumergido en el arroyo tuvo que ver en ello, además de borrar cualquier otro vestigio que pueda darnos una conjetura diferente sobre el momento exacto de su deceso. —Suspiró hondo—. Por cierto, Jeff, el celular de Hannah Perkins fue encontrado cerca del arroyo hace un par de días. ¿Te habrás enterado?

—Sí —dije, suspirando también—. Está en los noticieros. Me parece que alguien está infiltrando información del caso.

—No toda la información —abundó Sanders, y me echó una mirada sugerente—. Hannah Perkins tenía pensado comenzar un blog sobre viajes. Su primera entrada iba a tratar sobre Black Wood, y desde el primer día estuvo grabando con su celular notas de voz de su experiencia; esta parte, como te habrás dado cuenta, no ha salido en los noticieros —añadió curvando una ceja.

—Quiero oír esas grabaciones —dije.

Sanders sonrió.

—Claro que sí.

Observé que, en los alrededores, había oficiales de la policía y rastreadores caninos. Buscaban pistas. No pude evitar estremecerme ante la vista de los formidables árboles que había en nuestro camino; eran como enormes gigantes centinelas. Había escuchado que algunos de estos árboles eran milenarios, que llevaban aquí cientos de años y, a mansalva, seguirían en pie otros cientos.

—Llegamos —me informó Sanders.

El campamento estaba intacto. Si bien los restos de la fogata estaban húmedos y una de las tiendas de campaña estaba derribada, todo lo demás parecía incólume. Las tiendas que seguían en pie estaban bañadas por la lluvia reciente y había pequeños pozos de agua en el lugar donde hubo huellas profundas en la tierra.

—Fueron hechas por botas —indicó Sanders—. Botas grandes.

—¿Cómo las de Wesley? —pregunté. Me había fijado en la desaborida vestimenta del hombretón, que incluía unas botas de cuero de suela ancha que estaban salpicadas de lodo hasta la altura de los tobillos.

—No —contestó Sanders—. Tomé algunas fotos antes de los diluvios y las comparé con las suelas de las botas de Wesley Stout y Rick Dickson y no hubo similitudes. —Ladeó la cabeza—. Quien haya capturado a los seis jóvenes no se molestó en tomar sus cosas; dentro de las tiendas está todo: colchonetas, botellas de agua, ropa y los morrales con todo tipo de bocadillos no percederos.

Ingresé a una de las tiendas para comprobarlo. Efectivamente, todo estaba allí. La inane luz del día atravesaba la tela verde impermeable de la tienda de campaña, volviendo su interior un lugar sombrío y turbador en vez de un refugio cálido donde cobijarse por las noches y resguardarse de los insectos. Me pregunté a quién había pertenecido esta tienda mientras me acercaba al morral para inspeccionarlo más de cerca. Era una de esas mochilas grandes, ideales para excursiones, con una gruesa correa para el estómago; alguien, me fijé, había bordado su nombre en ella con nailon de seda rosada.

«Hannah», leí mentalmente.

—Es evidente que no querían borrar el rastro —oí decir a Baldwin, en el exterior, en tono reflexivo.

—Hemos revisado todo según los detalles apuntados en una de las listas de preparativos para el viaje que hizo Hannah Perkins, y sólo hay un objeto que aún no hemos hallado —indicó Sanders—. La cámara.

Ya de noche, regresé a Springfield. La ruta por la autopista se me hizo tan larga como la travesía por el oscuro bosque. Si bien el helicóptero del cuerpo de rescate me había trasladado rápidamente al lugar donde estaba el campamento abandonado y el arroyo donde hallaron el cuerpo, y luego llevado de vuelta hacia el parking donde había estacionado mi automóvil, las intensas emociones vividas en aquel lugar me habían extenuado sobremanera.

Estaba cansado. Más que eso, estaba molido, y solo deseaba llegar a mi cuarto de motel, caer como un muro de yeso sobre la cama y dormir hasta que no quedara una sola gota de cansancio en todo mi cuerpo. Tenía migraña. Bien sabía cuáles eran las causas de estos malestares que me abatían.

Para empezar, no había dormido suficiente la noche anterior, aunque mis párpados se rindieron cerca de las tres de la mañana, la alarma programada del móvil sonó en la mesita a las siete con treinta —tenía veinticinco minutos de retraso—, dándome solo cuatro horas y media de descanso. Cuatro horas: era todo lo que había reposado en los últimos tres días.

Imaginé a Lauren, sentada a mi lado, en el puesto del copiloto, riendo plenamente y diciéndome que era un llorón sin remedio. «Ve y ponte unos pantalones —me había dicho en una ocasión—. No querrás que se te encoja la hombría, ¿verdad?». Me reí tontamente ante este recuerdo. Lauren tenía un sentido del humor bastante peculiar, y no tenía filtros para decir lo que pensaba cuando tenía total convicción en ello.

Y casi siempre la tenía.

La falta de sueño, ciertamente, no era el único agravio que me desolaba. Tenía hambre. Mi estómago rugió a un par de cuadras del motel (solo había comido un mísero emparedado de atún que me proveyó Sanders de su almuerzo, dado que yo había olvidado llevarme mi propia comida a la larga jornada a través del bosque), pero no deseaba virar el auto; quería, en cambio, llegar a mi cuarto y prender mi laptop. Sanders había prometido enviarme copias de las grabaciones de Hannah Perkins al correo, y aunque mis párpados me pesaran, tuviera la cabeza obtusa y el estómago, rugiente, las escucharía esa misma noche. Con suerte, me haría con un bocadillo en la máquina expendedora del motel.

Me pregunté si sería idóneo contarle a Margaret Wiklund de las grabaciones. No debería, desde luego. Ni siquiera debí prometerle que la llamaría; qué imbécil. Había pensado que la trágica muerte de Lauren, mi compañera, me había endurecido, pero, por lo visto, solo había conseguido el efecto contrario.

De pronto recordé las palabras de Wettington. «¿Ya conociste a Margaret? —me había dicho—. Margaret, la madre de Hannah. Debes conocerla». Yo había llegado a la conclusión de que Paul estaba en Springfield, y que nos había visto a Margaret y a mí el día anterior en el centro.

Daba igual. Nada más importaba, solo quería resolver el caso y entregarme una vez más al vacío que me esperaba después. Mi vida estaba destinada a seguir la misma senda de Linus Wiklund, «una vida de lobo solitario», como el propio Wiklund la llamaba. El lobo solitario no sobrevivía mucho tiempo sin su manada, decían. ¿Cuánto tiempo me quedaba a mí, entonces? ¿Cuánto más al jefe Wiklund?

Inspiré hondo y viré el auto. Decidí que iría al centro, después de todo: comería una buena cena, compraría analgé-

sicos para la migraña en la droguería y licor para ahogar mis penas; además, recordé de pronto, me había quedado sin cigarrillos, había fumado los últimos durante el trayecto por carretera desde Black Wood hasta Springfield.

«Luego dormiré —pensé, deteniendo el auto cuando la luz roja brilló en el semáforo—. No importan las grabaciones, hoy no. Pueden esperar». Mi estómago rugía y mis sienes palpitaban... todo a la misma vez. Inhalé y exhalé hondo. La luz cambió a verde.

De regreso, me sentía medianamente aliviado con el hambre saciada. Aún tenía pendiente pernoctar el resto de la noche, y tal vez un par de tragos de bourbon (dos botellas de la mejor reserva de Four Roses al precio de una, una promoción limitada que no había podido dejar pasar) me ayudarían. Quizá, después de todo, sí oyera algunas de las grabaciones de Hannah Perkins.

El motel, *Moonlight Inn*, donde me hospedaba, tenía una de esas típicas fachadas de lugar de paso donde se podía vislumbrar el frente de todas las habitaciones una vez entrabas en el parking posterior. Tenía dos plantas. Mi habitación quedaba en la segunda; sin proponérmelo, eché un vistazo hacia ella mientras estacionaba el auto.

—¿Qué...? —espeté sin acabar la frase.

Alguien salía de mi habitación. Quien fuera, estaba vestido enteramente de negro y se cubría la cara con un pasamontañas. Detuve el auto, saqué mi arma de la guantera y abrí la puerta con premura y cautela. Con todo, el asaltante debió oírme, ya que, repentinamente, se giró hacia mí, se tensó como un palo y, frenético, echó a correr hacia el costado del edificio para bajar las escaleras y huir. «Mierda —dije para mis adentros cuando reparé que llevaba mi laptop, y quizá algunas carpetas del expediente del caso Black Wood, bajo el brazo—. Mierda. Mierda. Mierda». Debía alcanzarlo.

Y eso me propuse a continuación.

Arma en mano, y apuntando hacia adelante, caminé con apuro, interponiendo un pie ante otro. Crucé el parking. El corazón me palpitaba velozmente. Sin embargo, el pulso de mis manos era firme. Estaba listo para tirar cuando fuera necesario. Avancé más deprisa y me sumergí en la amplia penumbra que vertía el edificio sobre el área del parking.

«¿Dónde estás, hijo de puta?».

No podía dejarlo escapar. Debía estar cerca, intuía. Es más, debió haber descendido ya las escaleras y debía estar oculto en alguno de los autos detenidos en el parking; había cerca de media docena en ese costado, yo estaba pegado de espalda a la parte trasera de la camioneta que estaba a dos autos del último.

«¿Qué estás esperando, maldito? ¡Sal ya!»

Oí un disparo y me incliné. Más detonaciones interrumpieron el silencio de la noche. La alarma de un auto estalló, y otro par más la siguieron. Otro disparo. Suspiré hondo; una bala pasó a un lado de mi cara cuando intentaba rodear la camioneta que me servía de broquel, dejándome el oído derecho aturdido. Creí que me había dado, pero me palpé la zona y no sentí sangre o dolor alguno. Distráido por el zumbido que me martirizaba, me erguí tardíamente y crucé a la retaguardia del siguiente vehículo. Oí un motor encendido en el otro extremo del parking y marché hacia la camioneta Chevy que se preparaba para salir. Intenté dispararle a una de las llantas y fallé.

El asaltante abordó la camioneta, por el puesto de copiloto, con mi laptop bajo el brazo.

Disparé de nuevo, esta vez al parabrisas trasero.

El cristal estalló hacia dentro. Aun así, la camioneta retrocedió bruscamente, las llantas rayaron el asfalto, y viró para atravesar la salida del aparcadero. Corrí tras ella, disparan-

do repetidamente. Pero, al final, la camioneta se adentró en la oscuridad, a un trecho seguro de mis disparos, y la perdí de vista.

Con una maldición en los labios, me doblé a la mitad y vomité. Cuando acabé, inhalé hondamente; me quedé allí solo un instante, recuperando el aliento, con el confortante recuerdo del número de la matrícula.

Inhalé, exhalé. Ya recuperado —al menos, parcialmente—, fui a mi vehículo para buscar las botellas de bourbon antes de subir al piso. Supuse que alguien alertaría a la policía de los acontecimientos recientes, alguien que lo vio todo a través de su ventana. Mejor estar preparado.

La habitación estaba ordenada. Desde luego, no había escondido mi laptop o las carpetas con mucho esmero, por lo que el asaltante no debió revisar nada más que el compartimiento superior de la peinadora para encontrar mis cosas y tomarlas. Era la primera vez que alguien, en mis años de detective de la policía, me robaba los recursos de un caso.

Extrañamente, supe más tarde, no se llevaron los documentos referentes al caso Black Wood; dejaron los expedientes de los seis jóvenes desaparecidos, las notas de Wettington sobre sus posibles hipótesis de la causa de las desapariciones y los antecedentes de otros desvanecimientos sin resolver. Mi laptop fue lo único que tomaron.

La policía se apareció en mi puerta, como había previsto que harían. Expliqué el motivo de mi enfrentamiento con el atacante a la vez que le mostraba mi placa de detective del departamento de Salem. Uno de ellos me reconoció; claro está, había visto mi rostro en el encabezado de *Statesman Journal*, hace algunos meses, y antes de irse me hizo firmarle un autógrafo en una servilleta que se sacó del bolsillo. No

era el primer autógrafo que firmaba y, sospechaba, tampoco sería el último.

Después de varios vasos de bourbon y un analgésico, me sentí con bríos suficientes para hacer una llamada. Cogí el móvil y llamé a Margaret Wiklund. Me sentía un poco mareado, y tenía la vista algo difusa; empecé a masajearme los párpados con las yemas de los dedos.

Margaret respondió al cuarto repique.

—¿Hola?

—Margaret —dije sobriamente—. Soy Jeff Harcourt.

—Detective. Estaba esperando su llamada.

Eso noté en su voz cuando contestó, cierto entusiasmo. Guardé silencio.

Un instante después, comencé a contarle largo y tendido todos los detalles de mi recorrido por Black Wood (sin mencionar, claro está, la existencia de las grabaciones, que en ese momento debían estar en la bandeja de entrada de mi correo), incluyendo la visita al campamento abandonado y la vista del cadáver del joven Chris a orillas del arroyo.

Margaret oyó atentamente, susurrando cada tanto «hum» para hacerme entender que seguía en la línea. Pude advertir su alivio en uno de aquellos suspiros cuando revelé que el cadáver no era el de su hija o alguno de sus amigos, falta no hizo decirle que todavía no se había divulgado públicamente la identidad del occiso y que apelaba a su discreción.

—Aún no han hallado la cámara de Hannah —seguí diciendo—. Tengo entendido que estaba apuntada en su lista de preparativos, ¿cierto?

—Sí —asintió Margaret con un suspiró; debía estar, supuse, recordando los últimos momentos con la chica—. Hannah estaba entusiasmada por fotografiar turpiales gorjeadores, me dijo; su padre le hablaba mucho de aquellos pajarillos y quería tomarles una fotografía para llevarla consigo a la universidad.

Margaret continuó hablando de lo mucho que Hannah amaba hacer listas, o algo parecido. Me perdí un momento en mis propias especulaciones. No paraba de pensar en el asalto que acababa de perpetrarse frente a mis putas narices.

¿Quiénes, y por qué, lo habían efectuado? ¿Tenía que ver con el caso Black Wood?

—¿Qué hay del silbato? —La pregunta me tomó impróvido y me arrancó de mis cavilaciones—. ¿Lo han encontrado?

—¿Silbato? —repetí.

—Sí. —Ella sonrió—. En efecto. No aparece en su lista; fue un obsequio de último momento. Que no esté entre sus cosas quiere decir que, quizá, aún lo lleve consigo.

—Sí —murmuré—. Quizá.

Tuve un sueño. Lauren estaba allí. Mirábamos la amplia extensión de un bosque desde una elevación montañosa. Yo solo tenía ojos para ella. Quería decirle cuánto la extrañaba. Las palabras nunca salieron de mi boca.

Ella lo sabía. Me tomó la mano, si bien yo no percibí su tacto, e intentó llevarme a algún lugar. «Muerte —farfulló seriamente—. Black Wood». Y, después, se desvaneció en un torbellino de luz y sombras.



## CAPÍTULO 8

«Nuestros suministros de agua están en mínimos. Mañana iremos al arroyo más cercano para abastecernos».

GRABADO POR HANNAH EL 24 DE JULIO,  
SEGUNDO DÍA EN BLACK WOOD.

El arroyo más cercano, según la ubicación actual del campamento, es Black Oak, donde hallamos evidencia sustancial.

—Juguemos —dijo Kent.

Había anochecido. Jordan se había encargado de encender la fogata, y Nate había conseguido algunas ramitas para ensartar los malvaviscos y asarlos.

A su alrededor, el bosque cantaba. Hacía frío. Hannah se puso un suéter de lana que le regaló la abuela, unos guantes del mismo material y un par de medias adicionales de las que ya tenía puesta. Su abuela siempre decía «el frío entra por los pies», y cuánta razón tenía. El resto también se había abrigado.

—¿Jugar? —repuso Stacy. Su voz se oyó amortiguada por la bufanda de estambre blanco que le rodeaba el cuello y le cubría la parte inferior de la cara.

—Sí. Para entrar en calor.

—Si de verdad quieres entrar en calor, deberías meterte en tu tienda y permitir que Trey te haga los honores —soltó Jordan, con enfado—. Puede usar las manos u otras partes del cuerpo; el cielo es el límite.

Jordan se había estado comportando un tanto huraño desde el encuentro con los cazadores furtivos de esa tarde. Wesley, Rick y Chris, se llamaban. Ninguno afirmó ser cazador, si bien Hannah y sus amigos no osaron preguntarles; ni siquiera les cuestionaron por qué iban armados. Eran cazadores furtivos, sin duda. Hombres peligrosos. Cuando Hannah y Stacy regresaron al campamento después de que una consolara a la otra, ellos se habían retirado, pero no con las manos vacías.

—Le dimos casi todo el suministro de agua potable que teníamos —informó Nate.

—¿Por qué hiciste eso? —había preguntado Hannah.

Nate tardó un instante en responder.

Habían pasado quince minutos desde que los cazadores se pusieran en marcha. El grupo no se sentía a salvo o más tranquilo después de aquel encuentro, de manera que decidieron desplazar el campamento unos dos kilómetros hacia el noreste, lo que había supuesto caminar hasta avanzada la tarde. Cuando estuvieron a una distancia —creían ellos— segura de aquellos hombres, que iban encaminados en sentido contrario (se dirigían a la carretera, o eso comentó Rick a Nate), todos parecieron más aliviados. Y volvieron a hablar entre ellos, intentando olvidar lo que había sucedido.

Hannah no dudaba que aún estuvieran pensando en la sonrisa desdentada de Rick, en la timidez fingida de Chris y

en la perversa mirada de Wesley. Ella tampoco había parado de pensar en ellos, y quizá no lo haría mientras durase el viaje.

—También les di los sándwiches que nos preparó la madre de Trey —había continuado Nate, aún sin responder la pregunta de Hannah. Parecía asustado—. Tuve que hacerlo —explicó—. Quería ser generoso, de este modo no tendríamos que preocuparnos de ellos.

—Son peligrosos —comentó, entonces, Jordan—. No deberíamos estar aquí en primer lugar. Aquí ni siquiera hay guardabosques. Estamos desprotegidos.

Tenía razón. Sin embargo, nadie expresó nada al respecto, pero lo habían pensado. Para sus adentros le habían dado la razón a Jordan, como lo había hecho la propia Hannah.

—Entonces debemos buscar una fuente de agua para abastecernos —repuso ella—. Aún tenemos agua suficiente para pasar el resto de este día y la noche. Wesley aludió que estaban buscando un arroyo. Consulté el mapa y descubrí que el arroyo Black Oak no queda muy lejos de aquí. Mañana iremos allá.

—¿Qué juego tienes en mente, Kent? —preguntó Nate.

Al oírlo, Hannah parpadeó, volviendo al presente. Apartó su brocheta de malvavisco del fuego cuando se fijó que el dulce se había ennegrecido por completo.

—Verdad o reto —respondió Kent.

—¿Verdad o reto? —repitió Stacy, frunciendo el ceño—. No lo he jugado, pero suena divertido. Ciertamente lo prefiero a las historias de terror de Jordan, que son espantosas. —Miró a Jordan y se encogió de hombros—. Lo siento, osito, pero lo son, y no en el sentido en que deberían serlo. Como narrador eres terrible.

Kent soltó una carcajada.

—¿Desde cuándo llamas «osito» a Jordan?

—Desde ahora. ¿Algún problema?

—Ninguno.

Stacy asintió.

—Bien. Porque quiero jugar verdad o reto. Tendrán que explicarme las reglas.

—Es sencillo —dijo Trey—. Yo te pregunto verdad o reto, y tú eliges: si optas «verdad», tendrás que responder sinceramente nuestras preguntas, por más locas o vergonzosas que sean; si optas «reto», deberás cumplir una penitencia.

Stacy parecía muy emocionada por empezar el juego, incluso aplaudió cuando Trey acabó de hablar.

—Yo también juego —dijo Hannah.

Al cabo, todos terminaron sumándose. Jordan torció los labios en una mueca hosca, pero se anotó igualmente gracias a la tenaz persuasión de Stacy.

Se sentaron en torno a la fogata en un círculo. Kent parecía exultante. A su lado, Trey, con avidez, devoraba una brocheta de malvavisco. Hannah hizo lo mismo; a pesar de la textura tostada, por dentro, estaba dulce y esponjoso como una almohadilla hecha de azúcar.

—Yo empiezo —soltó Stacy, animada. Miró a Hannah—. ¿Verdad o reto? —le preguntó.

Hannah tragó el malvavisco y respondió:

—Verdad.

—¿Por qué querías venir a Black Wood? ¿Por qué era tan importante para ti?

Hannah quedó absorta por un instante; la pregunta la había pillado por sorpresa. Todos tenían sus ojos puestos en ella.

—Por mi padre —respondió finalmente—. Estuvimos aquí poco antes de su muerte. Yo tenía cinco años. Fue la tarde más maravillosa de mi vida si bien mis recuerdos de aquel día son escasos. Mi padre era guarda forestal en Willa-

mette cuando conoció a mi madre; amaba la naturaleza. Este fue el último lugar donde estuvimos, y en el que fuimos tan felices que solo el recuerdo de este sentimiento sigue grabado en mi memoria.

Había estado llorando mientras hablaba, pero no se había dado cuenta. Reparó en ello cuando sorbió instintivamente por la nariz y sintió la humedad de sus lágrimas en las comisuras de sus labios. Nunca hablaba de su padre. Nadie —salvo Nate— sabía aquella historia hasta ese momento. Se sentía liberador hablar de ello por primera vez.

Parpadeó y esbozó una sonrisa.

—¿Continuamos?

El grupo salió de su embeleso. Stacy estuvo a punto de decir algo sobre el padre de Hannah, pero esta negó con la cabeza. Habían pasado muchos años desde la muerte de su padre; conocía a Stacy el mismo tiempo que su padre llevaba muerto y nunca le mencionó aquella historia.

—Mi turno —repuso Trey, mirando a Jordan—. ¿Verdad o reto?

Jordan se dio golpecitos en la barbilla como si lo estuviera pensando bien.

—Reto —dijo.

La sonrisa de Trey no cabía en su cara.

—Te reto a caminar desnudo alrededor del campamento.

Jordan enarcó una ceja mientras el resto estallaba en una carcajada general.

—Bien —dijo Jordan, poniéndose en pie—. Ya regreso. —Y se perdió en la oscuridad del bosque.

«No puedo creer que vaya a hacerlo», pensó Hannah. Compartió una mirada con Stacy, que se encogió de hombros.

Un minuto después, Jordan volvió, completamente desnudo, y empezó a saltar alrededor de la fogata haciendo una especie de baile africano para la mofa de todos sus amigos.

Stacy se cubrió la cara con la bufanda cuando Jordan se paró frente a ella y empezó a agitar su flácido miembro. Hannah no pudo contener más la fuerte carcajada que pugnaba por escapar de su boca acompañada por unas lágrimas de dicha.

—Me voy —avisó Jordan, haciendo una reverencia antes de retirarse.

Cuando se fue, Kent soltó una pulla a Stacy referente al paquete de su novio que fue la guasa de Trey y Nate. Stacy —por primera vez— no le replicó con un comentario ácido.

Jordan regresó.

—Ahora yo —manifestó Kent—. ¿Verdad o reto? —le preguntó a Stacy.

—Reto.

Kent sonrió ampliamente.

—Te reto a que beses a Hannah... en los labios.

«¿Qué?». Hannah miró a Stacy. Jordan aulló, haciendo un altoparlante con las manos. Nate arqueó sus cejas riendo. Trey aplaudía a la sazón del desafío impuesto por su novio. Stacy se levantó y caminó hacia Hannah, despojándose de su abrigo y apartándose la bufanda que le tapaba la boca. Asimismo, Hannah se puso en pie; Stacy se acercó, le puso ambas manos a los lados de la cara y le guiñó con picardía un ojo a la audiencia antes de besarla en los labios con intensidad.

Hannah le devolvió el beso. No era la primera vez que ellas se besaban. Nadie más lo sabía. Había ocurrido hacía más de dos años, Nate ni siquiera se había mudado a Salem. La fiesta de Ashleigh Carson se había salido de control cuando su novio destapó y repartió entre el concurrido grupo de amigas de octavo una botella de bourbon de la bodega secreta del señor Carson. Hicieron un concurso de besos. Solo chicas. En resumen, Stacy besó a Hannah y, a criterio de Kobe Evans (el novio de Ashleigh) y sus amigos, se llevaron el segundo lugar.

Los labios de Stacy surcaron con avidez los de Hannah, quitándole el aliento por un breve instante. Esta intentó devolvérselo con la misma intensidad, metiendo la lengua entre sus labios. Sorprendida, Stacy sonrió sin apartarse.

—¿Así está bien? —preguntó sardónica Stacy, cuando ella y Hannah se hubieron separado.

Ambas volvieron a sus lugares. Stacy recuperó su abrigo y se envolvió la bufanda de estambre en el cuello, sin cubrirse la boca esta vez. Hannah recuperó su brocheta, ganándose una mirada atónita de Nate, que estaba sentado a su lado. Los chicos seguían boquiabiertos después del encendido beso.

—¿Qué sucede? —preguntó Hannah.

Trey y Kent cruzaron una mirada entre sí.

—Bueno —dijo el último—. No creí que lo hicieras; es decir, lo esperaba de Stacy.

—¿Pensaste que yo no lo haría? —Hannah frunció el ceño—. ¿Por qué?

Kent se encogió de hombros.

Hannah miró a Nate, pero él mantenía la vista en las llamas (evitándola claramente).

—Me han subestimado —afirmó—. No es la primera vez que beso a una chica. —Le había prometido a Stacy que no hablarían de la fiesta de Ashleigh Carson y no lo haría—. Y no es gran cosa. No entiendo por qué los chicos le dan tanta importancia; si estás seguro de quién sois, no debe molestarte besar a una chica o chico.

—Tienes razón —apoyó Trey—. Aun así, chica, debo admitir que el beso entre tú y Stacy me puso caliente.

Si lo decía Trey, debía ser un cumplido. Era el más tímido —bueno, más tímido que Kent— del grupo y no acostumbraba a expresar abiertamente sus emociones como lo hacía su resuelto novio; sin embargo, era el chico más inteligente que Hannah conocía: como su compañero en las clases de

Biología y Trigonometría, Trey la había salvado un par de veces sacando calificaciones perfectas. Seguramente obtendría la beca en Stanford y partiría a California cuando terminara el verano.

—Gracias —dijo Stacy—. Casi todo fue de Hannah.

—Eso lo notamos. —Kent sonrió.

—Mi turno —intervino Hannah. Miró a Kent—. ¿Verdad o reto?

Kent lo pensó un instante.

—¿Verdad? —respondió inseguro.

Jordan se mofó.

—¿Estás seguro? Porque no lo pareces.

—Lo estoy. —Lo dijo sin vacilar—. Prefiero confesarme que arriesgarme a besarte.

—Quizá me habrías besado a mí —expuso Stacy—. Así Hannah habría probado su punto.

Kent se apuntó la boca abierta con el dedo índice e hizo un remedo de arcada.

—¡Puaj!

—Nadie va a besar a nadie —soltó Hannah—. Kent, ¿por qué no le has dicho a tu padre que eres gay?

La pregunta pilló por sorpresa a Kent, pues arqueó las cejas.

—¿De qué hablas? —inquirió Trey—. El padre de Kent sabe que es gay.

—¿Ah, sí? —dijo Stacy en un tono que ponía aquella afirmación en tela de juicio.

Trey frunció el ceño. Miró a su novio con sus ojos verdes claros que donde una llama pareció encenderse. Kent tenía los labios ligeramente abiertos; nada salía de ellos más que un vaho blanco producido por el frío imperante.

Hannah sintió una punzada de culpa. Era muy tarde para arrepentirse. Aun así...

—¿Entonces? —soltó Trey—. ¿Tus padres lo saben o no? ¿Me mentiste?

Kent bajó la mirada.

—Mi madre lo sabe —empezó; si bien, vaciló al principio—. Mi padre es harina de otro costal. Ya lo conocen. Mi madre y yo acordamos no decirle la verdad..., al menos por un tiempo..., de lo contrario, mi padre no querría pagar mi matrícula universitaria. —Miró a Trey—. Tuve que mentirte. Cuando empezamos a salir me pediste que no querías que nuestra relación fuera secreta; me dijiste que no querías sufrir por mí lo que tú no tuviste que tolerar con tus padres cuando les dijiste que eras gay; también, me dijiste, que me ibas a apoyar cuando finalmente lo hiciera. No tuve la suerte de tener unos padres liberales como tú, Trey. O al menos un padre que me prestara tan poca atención para importarle con quien comparto la cama. Lo siento.

Kent tenía los ojos anegados en lágrimas y las últimas palabras brotaron vacilantes. Trey se levantó y se sentó a su lado, rodeándolo con los brazos, permitiendo que Kent sollozara un momento en el hueco de su cuello mientras le acariciaba la nuca y el pelo, y le susurraba «no importa, estamos bien» al oído. Fue conmovedor.

Hannah aspiró una profunda bocanada de aire gélido. «No ha salido tan mal después de todo». Una mano cayó sobre la suya. Ella ladeó la cabeza y Nate le dirigió una sonrisa ladina, sus ojos centellaban en las sombras que se cernían sobre sus cuencas. Eran luceros bellísimos. Hannah deseó poder besarlo con la misma pasión con que le había correspondido a Stacy. Quizá esa noche podrían...

—Mi turno —interrumpió indolente Jordan. Trey rodeó los hombros de Kent mientras este se enjugaba los ojos con los guantes de lana granate que llevaba puesto—. Nate —dijo, mirando al aludido con una chispa de malicia en los ojos, y

amplió una diablesca sonrisa en sus labios carnosos. Stacy se había arrimado a su lado y estaba encajada bajo su brazo con los ojos muy abiertos—. ¿Verdad o reto?

—Verdad.

—Bien, Nate —repuso Jordan—. ¿Cuéntanos cuál es tu lugar favorito para practicar el sexo (con Hannah, naturalmente)?

—¡Jordan! —graznó Stacy, clavándole un codo en las costillas a su novio.

—¿Qué? Es solo una pregunta. —Él se encogió de hombros sin parar de reír calladamente—. Este par tiene dos años saliendo. Deben tener mucho de dónde escoger.

«Lo sabe. —Hannah estaba segura—. Lo sabe. Stacy se lo ha dicho. ¿Quién más?». Se sentía traicionada. Sólo se lo había contado a ella, quien decía ser su mejor amiga. Por supuesto, ella debió decírselo a Jordan, que nunca perdía la oportunidad para mofarse de otros. En el instituto, Jordan, el chico más popular y capitán del equipo de soccer, era el sujeto que hacía *bullying* a los inadaptados. Incluso a Trey. Hace un año había admitido —no por una punzada de remordimiento— haber puesto el número telefónico de la casa de Trey en los baños de chicos junto al mensaje: «llámame y te dejaré entrar por la puerta trasera». Solo su relación con Stacy había logrado calmar un poco aquel comportamiento de auténtico gilipollas. Solo un poco.

—Entonces, Nate —dijo Jordan con una sonrisa satírica—. ¿Nos dirás tu lugar favorito?

Nate miró a Hannah.

—Eh... —balbuceó—. Bueno, Hannah y yo..., eh..., hemos descubierto que nos gusta el asiento trasero del jeep de mi padre. No es cómodo —añadió con una sonrisa temblorosa—, pero es más íntimo y podemos mirarnos cara a cara.

Nate apartó la mirada. Hannah sintió como si la hubiesen pateado en el estómago.

Su conmoción debió notársele en el semblante, pues oyó a Trey preguntarle si estaba bien.

—Sí —respondió ella, si bien no se esforzó por aparentarlo—. Debo ir a..., yo..., lejos...

Las palabras se le atascaron en la garganta. Se levantó. Nate intentó ponerse en pie —e incluso decirle algo—, pero Hannah le espetó rotundamente que «¡no la siguiera!», y se alejó de la fogata, rumbo al bosque que estaba tan oscuro como la boca de un lobo. Tenía lágrimas en los ojos.

Lloró a moco suelto mientras se alejaba del campamento. Solo se detendría cuando la luz de la fogata no fuera visible y las voces de sus amigos no se oyeran en absoluto, y eso hizo. Se pegó de espalda a un árbol y continuó llorando hasta quedar vacía.

Había mentido. Nunca habían practicado el sexo, pensó furiosa, en la camioneta de su padre o en ningún otro lugar. Llevaban dos años de relación, sí, pero Hannah había elegido esperar, y Nate había aceptado, siempre aceptaba. «Lo entiendo», decía él. Pero mintió. Nate no era diferente a otros chicos, chicos como Jordan o Kobe Evans.

Debía tranquilizarse. Inhaló, exhaló. Obviamente Nate lo había hecho para librarse de la mofa de Jordan, pensó. Aun así, la decepción era dolorosa. Ella había esperado que, con todo, Nate desafiara a Jordan para defender su honor. Qué equivocada estaba. Qué tonta por haber creído en él. ¿Cómo podría mirarlo a la cara después de esto? ¿Cómo? Se enjugó las lágrimas con las manos.

Aguardó varios minutos, apartada y en la oscuridad, hasta que pensó que mejor debería regresar al campamento antes

de que empezaran a preocuparse por ella. El viento helado sublimaría la humedad de su rostro, se confortó. Dio otra profunda bocanada de aire y se irguió. Ella no sería una cobarde, no huiría de la verdad; la enfrentaría.

Oyó algo en la oscuridad. Se quedó muy quieta. La noche se cerraba a su alrededor; abrazaba los árboles y los convertía en gigantes ominosos, vigilantes nocturnos. Las ráfagas de viento hacían cantar las hojas en las copas, y los grillos entonaban una trova para atraer a las hembras con su hechizo musical. Hannah tiritaba. Metió sus manos en los bolsillos del pantalón y dio un paso...

Lo escuchó de nuevo. Un crujido, pensó. Una rama que era quebrada. Alguien estaba cerca.

—¿Quién está ahí? —preguntó con la voz febril—. ¿Nate, eres tú? ¿Quién es?

De pronto la invadió el pánico. Podían ser los cazadores furtivos. Solo imaginarse que el sombrío Wesley y el desdentado Rick podían salir de la oscuridad y sorprenderla le aflojaba la vejiga y se le hacían agua las piernas. No podía ver nada, solo el halo de luz de la luna que hendía el cielo nocturno. No oía más que el melodioso bullicio del bosque.

Crujió de nuevo. «Sí, eso era —pensó, asustadiza—. Un crujido. Alguien se acerca».

—¿Quién va? —preguntó de nuevo, con más vehemencia—. Muéstrate.

—¿Con quién estás hablando?

Hannah dio un respingo, pillada por la voz; su corazón latía velozmente. En seguida la reconoció. Stacy surgió de la oscuridad con una linterna en la mano. La luz dio de lleno a Hannah en la cara, cegándola un instante.

—¿Stacy?

Quiso abrazarla.

—Sí. Soy yo.

Hannah soltó una fuerte exhalación.

—Creí que eras alguien más —dijo—. Que eras...

—¿Quién? —Frunció el ceño—. ¿Nate?

«Gracias a Dios, no».

—No me refería a alguien —dijo en cambio—. No importa.

—Ya.

Stacy no parecía convencida. Con todo, Hannah debía admitir que habría preferido mil veces haberse encontrado a Nate que a Wesley y a sus compinches.

—Mira, Hannah —empezó Stacy, acercándose a ella—. Quería pedirte disculpas.

—¿Por qué?

Stacy bajó la mirada.

—Yo le dije a Jordan que tú y Nate no han tenido sexo —confesó—. No pensé que él se aprovecharía de eso. Digo, sé que Jordan a veces puede caer muy bajo (muy muy bajo), pero confié que no haría ninguna mofa tratándose de mi mejor amiga y... ¿su mejor amigo? —Arrugó el ceño—. No sé cómo esté actualmente la situación entre Jordan y Nate, pero espero que entre nosotras aún no esté todo perdido.

—No lo está —dijo con una sonrisa Hannah.

Stacy soltó un suspiro dramático e hizo un gesto de secarse el sudor de la frente.

—Qué alivio —dijo.

A continuación, se abrazaron.

—Después que te fuiste —contó Stacy, aún abrazadas—, Nate nos reveló toda la verdad (aunque, claro está, con tu partida la verdad fue más que evidente). Está arrepentido, Hannah, y quiso venir en tu busca. Lo convencí de no hacerlo, naturalmente.

—Gracias —dijo Hannah.

Apoyó la cabeza en el hombro de Stacy, suspiró hondo y cerró los ojos un instante. Una brisa gélida revoloteó alre-

dedor de ellas, pero el calor que manaba de la cercanía de sus cuerpos atenuó aquella friolenta sensación. El silencio, por otro lado, le permitió a Hannah reflexionar en lo que haría mañana cuando todo volviera a la normalidad. Como pescar, pensó con sorna. «Debí anotar una caña y carnada en la lista».

—¡Hannah! ¿Estás dormida? —murmuró Stacy en tono incómodo.

—No —respondió. Se movió un poco para demostrarlo, si bien sí estaba algo adormecida—. Estoy cómoda aquí. ¿Qué sucede?

—Nada. —Stacy sonrió levemente—. Bueno, sí. Quería hacerte una pregunta, pero prométeme que no harás mala cara. —Hannah asintió—. Se trata de Black Wood. Sobre lo que nos contaste de tu padre, hace un rato, ¿recuerdas?

«¿Cómo olvidarlo?». Hannah se apartó y la miró directamente a los ojos.

—Lo recuerdo —dijo sin más.

—Cuéntame más sobre tu padre.

Hannah asintió; le contó más detalles (bueno, los poco que el tiempo aún no le había quitado de sus recuerdos) de la experiencia de ella y su padre en Black Wood. Esto, mientras retornaban al campamento. Era reconfortante y, al mismo tiempo, liberador hablar de su padre con alguien además de Nate. Debió hacerlo desde el principio, pensó, pues la tensión que sentía ante su inminente encuentro cara a cara con Nate se mitigó a ojos vistas mientras platicaba. Tenía pocos recuerdos de aquella excursión con su padre, pero había imágenes —de la vegetación, la cálida luz surcando las ramas de los árboles y de la brisa fresca rozando su cabello— que se habían grabado para siempre en su mente y en su corazón.

Suspiró profundamente al finalizar.

—Nunca antes me hablaste de tu padre —dijo Stacy—. Salvo que había muerto. Lo siento.

—No importa. Fue hace mucho tiempo.





## CAPÍTULO 9

La casa de los Mitchell quedaba en Faye Wright, un tranquilo vecindario en la zona sureste de la ciudad. Era la tercera familia que visitaba este día —o mejor dicho, la segunda, pues no hallé a los Feeney en casa, ¡y vaya que aguardé por ellos largo rato!— después de los Byers. Toqué el timbre. Hacía un día agradable, aunque el cielo estaba nublado y la brisa que soplaba era glacial. Suspiré hondo.

Froté las manos en busca de calor. Luego toqué el timbre una vez más. La puerta se abrió de golpe.

—¿Qué quiere? —espetó bruscamente el señor Mitchell.

—Soy Jeff Harcourt, detective de la policía —me presenté—. He sido delegado para hacer las pesquisas del caso de la desaparición de Kent y sus amigos.

—Eso pensé. —El hombre, ceñudo, cruzó los gruesos brazos ante el pecho—. ¿Qué quiere, entonces? Ya le hemos dicho todo lo que sabemos al otro detective. Estuvo aquí hace dos días, haciendo más preguntas. Prometió que volvería pronto con buenas noticias.

—¿Se refiere al detective Wettington?

—Sí.

«Así que Wethington estuvo aquí —pensé. Y además le había hecho una promesa a los Mitchell—. No debió hacer eso». Aunque quizá yo no era el más indicado para juzgarlo; le había prometido a Margaret Wiklund que la mantendría informada de los avances del caso, aun contra la voluntad del jefe, y no estaba dispuesto a faltar a mi palabra (si bien, recordé, aún no le había mencionado las grabaciones de Hannah).

El señor Mitchell seguía mirándome con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido a más no poder; esto me demostraba que era un hombre severo, inflexible y, sobre todo, reservado. Debía ser un padre frío, distante, para Kent, tal como había señalado la señora Byers, cuyo hijo, Trey, tenía una relación amorosa con el hijo del señor Mitchell. Me pregunté si realmente sentía un ápice de pena por la desaparición de su hijo, conociendo sus orientaciones.

El señor Mitchell, sin duda, era el típico patriota tradicionalista velador de las buenas costumbres —la bandera estadounidense que ondeaba a un lado de la gran casa era solo un vislumbre—, reflexión que acolaba en parte a las palabras de la propia señora Byers, que se había definido como una mujer liberal y progresista.

«No digas que un hombre no llora nunca. Un hombre llora, pero sus lágrimas son furtivas». Las palabras de Wiklund resonaron en mi cabeza al mirar directamente los ojos cafés del señor Mitchell. Entonces me pregunté si éste, con todo, lloraría la pérdida de su hijo. Su único hijo varón, además.

—Quiero hacerle algunas preguntas —dije. Me mantuve impertérrito; era evidente que Mitchell intentaba intimidarme con su mirada hostil y su talante amenazador, pero no era el primero en intentarlo y subestimarme, y, a pie enjuto, tampoco sería el último.

—Creo haberle dicho que le hemos contado todo cuanto sabíamos a su colega —alegó Mitchell—. Créame, detective, cuando le digo que si supiera dónde y quién tiene a mi muchacho, se lo habría dicho de inmediato, así no le hubiera hecho perder su valioso tiempo viniendo hasta aquí cuando la vida de Kent corre peligro.

—Entiendo. Pero...

—Pero no responderemos más preguntas, detective. Haga su trabajo y encuentre a mi hijo.

Hizo ademán de cerrar la puerta.

—George. —La voz de la señora Mitchell surgió de atrás—. ¿Quién es?

Ella apareció al lado de su esposo a tiempo para evitar que me cerrara la puerta en las narices.

—Otro detective —contestó el esposo—. Quizá un periodista intentando engañarnos.

—No soy periodista. —Le mostré la placa—. Soy detective de la policía y he sido delegado recién para resolver el caso de la desaparición de su hijo y sus cinco amigos, señora Mitchell. He venido a hacerles un par de preguntas en vista del surgimiento de nuevas pistas en el caso.

—Lo conozco —afirmó la señora Mitchell, mirándome con una amplia sonrisa—. Lo he visto en la televisión y en los periódicos. Usted fue quien salvó a esas chicas.

«No a todas —me contuve de decir, turbado—. No a la más importante. Al menos para mí».

—El mismo —asentí, esbozando una sonrisa—. Ahora estoy a cargo de la investigación de la desaparición de vuestro hijo, y me ayudaría mucho que respondieran un par de preguntas. Unas pocas. —El señor Mitchell no había apartado su mirada asesina de mí, de modo que no quería prolongar mi estancia en ese lugar.

—Por supuesto. —La señora Mitchell se hizo a un lado

gentilmente para que yo entrara, instando a su marido a hacer lo mismo—. Ayudaremos en lo que sea necesario para encontrar a nuestro Kent, detective —aseguró—, ¿verdad, George?

—Sí, cariño. —George Mitchell descruzó los brazos y ladeó la cabeza.

Mi visita a la casa Mitchell, gracias a Dios, fue breve. La señora Mitchell se comportó servicial; me sirvió una taza de té de manzanilla —aunque yo hubiese preferido un café bien cargado— y unos bocadillos de queso y miel una vez nos sentamos en los muebles de la salita de estar para hablar de Kent.

Kent Mitchell, de diecisiete años, era el mayor de cuatro hermanos y el único varón del matrimonio de George y Martha Mitchell. Era extrovertido, aunque cauto en presencia de sus padres (de su padre, sobre todo); jugaba muchos videojuegos, en opinión de su madre; sin embargo, salía a correr por el vecindario cada mañana antes de ir al instituto, jugaba béisbol en un equipo local y practicaba natación, demostrando grandes dotes en ambos deportes, abundó el orgulloso padre.

—¿Notó alguna vez algún comportamiento extraño en Kent? —inquirí sin preámbulos.

—¿Extraño? —El señor Mitchell cuadró los hombros—. ¿A qué se refiere con extraño?

«Por lo visto, con él, debo ser más específico», pensé con sorna.

—Un comportamiento que no fuera usual en el muchacho —expliqué en tono monótono.

—Ninguno, detective —repuso, en cambio, la señora Mitchell—. Kent no mostró ningún cambio últimamente. Quiero decir, ninguno que me hiciera sospechar que algo estaba sucediéndole. Kent confiaba en mí... —Miró fugazmente a su marido—. Nosotros. Kent confiaba en nosotros.

—Entonces ¿sabían que Kent y Trey Byers tenían una relación? ¿Sabían que su hijo era gay?

El señor Mitchell estalló en cólera.

—Kent no... —empezó.

—Sí —confirmó la señora Mitchell, interrumpiéndolo—. Yo lo sabía.

Al ver la consternación en la cara de su marido, Martha procedió a explicar por qué habían ocultado la verdad. Como había previsto, el señor Mitchell era un acérrimo velador de las buenas costumbres, y le habría quitado el apoyo a Kent de haberse enterado. Kent había estado decidido a salir del closet para consolidar su relación con Trey, pero Martha lo convenció de no hacerlo hasta que hubiera acabado la universidad. El señor Mitchell se levantó del sillón, a ojos vistas indignado (o decepcionado, según quien lo mirase), cuando su mujer concluyó, y salió de la estancia dando furiosas zancadas.

Me quedé hablando con la señora Mitchell durante unos minutos más antes de retirarme.

Cuando salí del hogar de los Mitchell, el día había esclarecido y el sol me bañó con su cálido resplandor. Miré al cielo. Luego, me encaminé a mi auto, que estaba aparcado frente a la casa; ciertamente, no había parado de pensar que Wettington seguía inmiscuyéndose en el caso Black Wood. Quizá planeaba resolverlo, por su propia cuenta, y llevarse todo el mérito. O tal vez había planeado boicotearme, robando mi laptop la otra noche en el motel.

«Debo decirle a Wiklund», pensé. Pero al final se me ocurrió que el jefe tenía muchos problemas con que lidiar; el gobernador de Oregón lo estaba presionando (a él y a otros jefes de la policía) para desentrañar el caso y dar con los responsables de la desaparición de los seis jóvenes lo más pronto posible.

Abordé el auto y lo encendí. El gobernador debía saber de la existencia de las grabaciones de Hannah Perkins, pensé, y del contenido que había en ellas, dado que, entre estas prioridades, nunca mencionó la posibilidad de encontrar a los desaparecidos con vida. «No lo culpo». Ya casi se cumplía una semana desde que se reportara las desapariciones, y aún no habían encontrado rastro de Hannah y sus amigos.

Yo también había oído las grabaciones, todas ellas, la noche anterior; sin mi laptop, se me ocurrió acceder a mi correo a través del móvil y descargar los documentos que me había enviado Sanders hace dos días.

No había llamado a Margaret Wiklund desde aquella noche en Springfield; tres días habían pasado desde entonces. Debía decirle de las grabaciones; ella debía oírlas. Tenía derecho. Además, una de las notas de voz se había grabado especialmente para ella y le haría bien oírla, o eso pensaba. Se me erizó la piel al recordar la voz de Hannah a través de mis auriculares, donde la había oído, en la última grabación.

«En el año 2011, John Harris y Kristin Cook desaparecieron en los bosques del sureste de Oregón —leía para mis adentros—. A sus veintiún años, John, amante de la naturaleza, era un hombre amable y tranquilo que pasaba mucho tiempo en los bosques; le gustaba pescar y cazar, su padre le había enseñado estas actividades a temprana edad».

Bajé el artículo. Le di un sorbo a la taza de café antes de seguir con la lectura.

«Al contrario, Kristin, de veinte años, era una joven pizpireta y alegre, que disfrutaba los riesgos, hacer senderismo y prolongadas expediciones a través de bosques y montañas; suya fue la idea de adentrarse en Black Wood ignorando su luctuosa reputación. Bertha, su madre, y su hermana Susan,

pasaron a visitar a la pareja en su apartamento (Kristin y John se habían mudado juntos la primavera de ese año), después de haber pasado una semana sin saber de ellos, mientras el padre de Kristin, Victor Cook, estaba gravemente enfermo en un hospital en Portland.

»Bertha y Susan encontraron el apartamento deshabitado, con claras señales de que nadie había estado allí en mucho tiempo. Susan exploró las habitaciones junto a su madre, preocupada, y hallaron una nota adhesiva pegada al refrigerador. En ella, Kristin había apuntado su ubicación, la fecha en la que partieron al viaje y la que tenían prevista para su regreso; esto, en caso de que algún infortunado evento sucediera durante ese tiempo. Y, en efecto, fue lo que ocurrió».

Debieron dejar más que una nota, pensé en mi fuero interno; quizá habrían tenido una oportunidad. Aunque, considerando que Hannah Perkins le había dicho personalmente a su madre su itinerario de viaje, esto no la había salvado a ella y a sus amigos de desaparecer sin rastro en el maldito bosque.

Había piezas que simplemente no encajaban, a simple vista. El chico muerto en el arroyo, por ejemplo, había aparecido al poco tiempo de haber sido asesinado; no tenía la espalda marcada, por lo que se había anulado la posibilidad de que la secta satánica que acometió la masacre de hace cinco años tuviera algo que ver con su muerte, si bien reservaba mis dudas al respecto.

Continué leyendo el artículo con la esperanza de que arrojara luz a mi investigación.

«Bertha Cook alertó a la policía. Se inició una búsqueda exhaustiva por los vastos territorios de Black Wood, lugar señalado por Kristin en la nota adhesiva como su destino. El viaje, apuntó, tenía previsto durar una semana aproximadamente; si en este tiempo no se recibían noticias suyas, parecía decir tácitamente la nota, debían acudir por ayuda.

»Pasó una semana y tres días hasta que encontraron sus cadáveres; pendían de los tobillos, boca abajo, de las elevadas ramas de un gran árbol junto al arroyo Black Oak. La autopsia reveló que fueron apuñalados en el corazón, y posteriormente, degollados. Asimismo, se hallaron marcas en sus espaldas, profundas laceraciones en la piel que mostraban una estrella de seis puntas en el omóplato derecho de ambos cuerpos. Más tarde se encontraría la misma marca en las víctimas de la masacre de Lennox».

Absorto, dejé una vez más sobre el escritorio el artículo y bebí un largo sorbo de café. Luego, exhalé hondo. Miré distraídamente el ajetreo de la estación desde mi despacho. Martin estaba revoloteando como un molesto abejorro en torno a las chicas de recursos humanos mientras el detective Morrison, sentado en su escritorio, a un extremo del recinto, conversaba dicharachero por el teléfono.

El caso de Kristin y John tenía puntos en común tanto con la muerte de Chris como con la disipación de Hannah Perkins y sus amigos. Debían estar relacionados.

—Jeff.

Ver a Wiklund, parado junto a la puerta de mi despacho, me arrancó de golpe de mi abstracción. Me levanté cuando reparé en su presencia. Había estado tan distraído que ni siquiera había advertido su aproximación hasta ese momento.

Wiklund fruncía el ceño.

—¿Puedo? —preguntó, mirando una de las sillas frente a mi escritorio.

—Sí —vacilé. Temía que quisiera hablarme de Margaret.

—Has estado muy distante estos días —comentó Wiklund—. Supongo que es por el caso. —Suspiró antes de añadir—: No deberías estar trabajando solo, necesitas un nuevo compañero. Debería asignarte uno, ¿qué opinas?

«Opino que me extraña que no lo hubieses hecho antes —quise decirle, pero, como con la mayoría de mis pensamientos, decidí reservármelo—. Han pasado ocho meses desde la muerte de Lauren. Quizá sea tiempo de dar ese paso. “O tal vez sea tiempo de tomar otros caminos”, decía Lauren». Inspiré hondo.

—Está bien —dije simplemente.

—¿Qué tal Martin? —preguntó Wiklund (para provocar mi cólera, pensé, ya que sabía el desagrado que sentíamos mutuamente Martin y yo).

—¿Quieres deshacerte tan pronto de tu asistente? —repliqué alzando una ceja.

Wiklund esbozó un amago de sonrisa.

—No es mi asistente —dijo—. Es ayudante del jefe de la policía.

—Eso no contesta mi pregunta. —Me recosté en el respaldo de la silla y crucé los brazos.

Wiklund guardó silencio.

—Cuéntame, Jeff —dijo al cabo de un instante—. ¿Cómo avanza el caso Black Wood? El gobernador Lewis nos pondrá la soga al cuello si no resolvemos esto pronto y, muy seguro, el fiscal de distrito lo apoyará de buen agrado si levanto cargos en su contra por ello.

—Hay un error, señor —rebatí con franqueza—. Quiero decir, usted no podría levantar cargos, pues ya estaría muerto a manos del gobernador.

Wiklund soltó una carcajada.

—Tienes razón.

Guardamos silencio.

—¿Y bien? —siguió Wiklund.

Al mirarlo, quise decirle de mis sospechas sobre Wettinton y el robo que sufrí noches atrás en Springfield. Quise contarle sobre Margaret, su hermana, quien me había segui-

do para enterarse de primera mano de nuevas pistas sobre el paradero de su hija. Quise contarle de la promesa que le hice. No recordaba haberle ocultado previamente secretos al jefe. Había prometido en mi fuero interno que jamás lo haría.

Hasta hoy.

## CAPÍTULO 10

«Hemos recorrido cuatro kilómetros. Abastecimos nuestros suministros de agua en el arroyo más cercano y situamos el campamento a kilómetro y medio de su orilla para no tentar a la suerte (o a algún visitante nocturno, en cualquier caso). A continuación, nos dirigimos al “pueblo fantasma”, como lo llamó Kent después de haberse topado casualmente con él mientras se proveía del arroyo».

GRABADO POR HANNAH EL 25 DE JULIO,  
TERCER DÍA EN BLACK WOOD.

El lugar en cuestión es Wesonga Flats,  
más arriba del antiguo asentamiento minero,  
que data de 1931.

Después de una larga caminata, el grupo se detuvo a orillas del arroyo Black Oak.

—Hey, Jordan, ¿qué tal estuvo tu noche con Nate? —preguntó, guasón, Kent.

Jordan le lanzó una mirada asesina. Nate, en cambio, ni siquiera miró en su dirección.

Hannah compartió una mirada con Stacy, que arqueó las cejas. Ellas habían pasado la noche anterior juntas, en la misma tienda de campaña; fue idea de Stacy. Cuando regresaron al campamento, después de su repentina huida, Hannah, airada, se rehusó a hablar con Nate.

Stacy intervino a tiempo informando que Hannah y ella habían tenido una seria conversación en el bosque y que ambas habían acordado que pasarían juntas esa noche. «Hannah necesita pensar, Nate —había argüido—. Y, sobre todo, descansar. Este ha sido un largo día».

Todos estuvieron de acuerdo; Kent y Trey les dieron su apoyo. También Nate, que bajó la cabeza y suspiró resignado. Jordan, al contrario, cruzó los brazos y frunció el ceño como un niño reñido, pero no dijo nada; sabía, muy bien, qué le depararía si incitaba la furia de Stacy.

Hannah no se había sentido tan avergonzada como esa noche en toda su vida; su novio había mentado a todos, y ella había huido como un animalillo asustado, herido, hacia el bosque. Cada vez que recordaba aquel momento, se imaginaba a Nate aplastándola con una piedra, como había hecho con el turpial gorjeador hacía un par de días. No podía, ni quería, suponer qué estaban pensando los demás. Trey y Kent no aludirían el asunto; eran muy buenos amigos y no cometerían ninguna indiscreción. En cuanto a Jordan, Hannah esperaba que Stacy lo mantuviera controlado para que no hiciera guasa con las confesiones de la noche anterior. «Además —pensó—, no hay nada de que avergonzarse».

Tampoco era que Nate y ella fueran las únicas personas en el mundo que no habían tenido sexo. O que no lo fueran a tener nunca. Se amaban, y eso era lo más importante, eso era

lo que pensaba Hannah. No estaba segura de lo que pensaba Nate, no después de la noche pasada.

Hannah apenas podía mirarlo, rehuía de su ojeada, y aunque no lo estuviera viendo, ella percibía en su pellejo un escalofrío cada vez que él la observaba (y sucedía a menudo, si daba crédito a esta sensación). Ese día, por ejemplo, ella había marchado a la cabeza del grupo acompañada por Kent y Trey, y durante todo el trayecto pudo sentir la mirada de Nate en su espalda, la sensación calando su piel como si la rosara con sus dedos.

Ubicaron un lugar rodeado de grandes árboles y vegetación a kilómetro y medio del arroyo. Trey arguyó que era a la sazón de prevenir que los cazadores, o cualquier merodeador desconocido, decidieran tomarlos inadvertidos a mitad de la noche, por lo que, en su opinión, acampar cerca del arroyo en sí no era una buena idea.

—Mejor bosque adentro —añadió—. Además, en la noche, los animales se acercan al arroyo para saciar su sed; lejos, evitaremos recibir una visita inesperada en nuestras tiendas cuando hayan acabado.

—Vaya, Trey —suspiró Stacy. Parecía aliviada—, piensas en todo.

—Trey tiene razón —dijo Hannah—, respecto a los animales, a los cazadores y a todo lo demás. Debemos mantenernos alejados del arroyo. Aun así, tenemos que llenar nuestros suministros; debemos tener bastante agua para el trayecto de regreso.

—Kent, Jordan y yo iremos al arroyo —se ofreció Nate.

—No —negó Hannah—. Tú debes quedarte aquí para levantar las tiendas. Que vaya Trey en tu lugar.

Nate no discutió. Los tres chicos se pusieron en marcha hacia el arroyo, llevando consigo los envases para el agua. Hannah y Stacy caminaron alrededor del campamento colec-

tando rocas, ramas y pasto seco para la fogata. Estando allí, ella pudo ver por qué ese era uno de los bosques más antiguos y mejor conservados de la región. «Estos árboles deben tener más de quinientos años —comentó a Stacy, que mostró su impresión arqueando las cejas y abriendo la boca—. Cerca hay un antiguo asentamiento minero, o eso leí en Wikipedia, en el centro del bosque».

—¿Quieres decir que hay una población cerca? —preguntó Stacy con el ceño fruncido.

—No. —Inspiró hondo—. Fue abandonado hace mucho tiempo, según leí.

—Ya.

Guardaron silencio. El pasto verde y espeso crujió bajo sus pies. La brisa fresca agitaba mechones sueltos de sus cabellos, hinchaba sus pulmones y vivificaba sus mentes; los árboles milenarios eran una visión asombrosa: eran gigantes de varios metros de diámetro y altura; solo con verlos uno podía valorar que llevaban allí varios siglos, y seguirían estando por muchos años más. Hannah y Stacy rieron como niñas tontas cuando cruzaron sus miradas tras una larga contemplación a los árboles; ya habían reunido suficiente broza para la fogata y decidieron regresar al campamento.

—¿Crees que vayas a perdonarlo alguna vez? —inquirió Stacy en voz baja.

Se refería a Nate.

—No lo sé —admitió Hannah.

—Todo fue mi culpa —dijo Stacy—. Y, en gran medida, culpa de la bocaza de Jordan. Nate tal vez no hubiera mentido si Jordan no hiciera sus estúpidas bromas. A Nate no parece molestarle que no hayan tenido sexo aún, por lo que me has dicho. Ha sido paciente. Los chicos como él por lo general no son tan conformes.

—¿A qué te referes? ¿Crees que Nate es gay?

—¡No! —Stacy se escandalizó; casi dejó caer el montoncito de piedras que llevaba en los brazos—. Si ese fuera el caso, creo que Trey y Kent lo habrían notado; es más, yo lo hubiera notado, y se los habría dicho. Pero, en absoluto, creo que se trate de eso. Quizá Nate es la excepción. Quizá es demasiado bueno para ser verdad, pero, como diría mi madre, «esto es lo que hay» —añadió con una sonrisa.

—Entonces ¿a qué te refieres con que por lo general no son tan conformes? —De pronto se le ocurrió. Se detuvo y miró a Stacy—. ¿Te refieres a Jordan? ¿Él te obligó?

Stacy bajó la mirada.

—No —dijo tardíamente, y suspiró—. Bueno. Jordan fue muy insistente, sí, pero no me obligó... Quiero decir, admito que sí me dio un ultimátum.

—¿Ultimátum? —Hannah la miró alarmada. Quizá estaba exagerando.

—Sí. Quería que le demostrara cuánto lo amaba. —Hizo una pausa y, con un suspiro, añadió—: Y eso hice.

Hannah apenas daba crédito.

—¿Intentas decirme que Jordan te pidió acceder al sexo porque quería tener la certeza de que realmente lo amabas? Si eso no es forzar las cosas, entonces quizá no sepa que lo sea —dijo, exasperada—. Stacy, no debiste.

—¿No? —Stacy cuadró los hombros—. Digo, yo quería hacerlo, pero...

—Pero no en ese momento —atajó Hannah.

A continuación, imperó el silencio y siguieron caminando hacia el campamento. La brisa agitaba las hojas y el copioso follaje que pendía de las ramas de los árboles magnos, haciéndolos cantar en una ininteligible pero agradable letanía. Cuando llegaron, Nate, solo, había acabado de armar las tres tiendas de campaña y estaba sentado a la sombra de un gran árbol comiendo chocolates M&M. Alzó la mirada,

y esta vez cuando la cruzó con la de Hannah, ella no apartó la suya.

De improviso, regresaron Jordan, Trey y Kent con los envases llenos de agua y los rostros ardiendo de emoción, amplias sonrisas que no podían contener. Parecían animados, se fijó Hannah, como si hubiesen descubierto un tesoro secreto junto al arroyo (quizá algunas piedritas de oro en la corriente, pensó). Pero no. Después de dejar los envases de agua a buen resguardo del suelo, a sus pies, Jordan soltó:

—No van a creer lo que encontramos. —Sonrió—. En serio, no lo van a creer.

Hannah tenía una idea de qué se trataba, y, claro, no era ningún tesoro.

—¿De qué están hablando? —inquirió Stacy, ansiosa (o nerviosa, según quien la mirase)—. ¿Qué han encontrado?

Jordan cruzó una mirada anecdótica con Trey y Kent.

—Un pueblo —dijo el último—. Un pueblo fantasma.

El letrero en la entrada rezaba:

## BIENVENIDOS A WESONGA FLATS

*Asentamiento minero, desde 1931*

El lugar estaba abandonado, sin duda. Hannah sabía que existía mucho antes de poner un pie allí, pero había procurado no toparse con él durante la excursión. En ese lugar habían sucedido cosas terribles que conllevaron a su abandono. Como pueblo, Wesonga Flats no era gran cosa: solo un montón de antiguas cabañas de madera, una tienda de minería y maquinaria oxidada.

El pueblo estaba ubicado en el centro del antiguo bosque de Black Wood, pasando el arroyo Black Oak; más adelan-

te, a varios kilómetros, quedaba el camino que iba desde la puerta principal de la entrada del «pueblo fantasma», como lo había llamado Kent, y que tenía una intensidad moderada, siendo sinuoso entre los inmensos árboles y llegando hacia las antiguas minas en donde se podían distinguir varias de las instalaciones abandonadas.

Jordan parecía muy emocionado (demasiado, opinó Hannah); no paró de hablar del pueblo fantasma durante todo el trayecto hasta que hubieron llegado al lugar en cuestión, entonces se partió de la risa como un desequilibrado, hasta el punto de salirse las lágrimas de los ojos. Inexplicablemente, Kent lo imitó, empezando a reír a su vez.

—¿Tú sabías de este lugar? —le preguntó Stacy a Hannah en voz baja.

—Sí —admitió—. Pero vagamente.

—¿Y por qué fue abandonado?

Cinco años después de la fundación del pueblo empezó una ola de asesinatos que barrió con familias enteras de los mineros del asentamiento, que se prolongó por veinte años. Nunca se supo quién, o qué, cometió tales crímenes. En 1832 se había desarrollado una cruenta batalla, allí mismo, que se conocía como la Masacre de Hacha Negra, entre los indios Sauk y Fox y el ejército americano. Por ello, había quien decía que el lugar estaba maldito, que había fantasmas de soldados e indígenas vagando por los alrededores, cobrando su escote de sangre a los pobres pobladores de Wesonga Flats.

Por supuesto, Hannah no mencionó nada de esto, y se limitó a encoger los hombros. Stacy seguía intranquila después de su encuentro con los cazadores, el día anterior. La noche pasada, como muestra, había tenido una pesadilla, confesó Stacy a Hannah esa mañana, donde Chris la estaba forzando bajo la sombra de un árbol mientras Wesley y el desdentado Rick contemplaban desde la distancia..., esperando su turno.

—¡Tengo una idea! —soltó Jordan, dando saltitos de emoción.

«¿Qué le ocurre?», se preguntó Hannah. El novio de su amiga se estaba comportando más imbécil de lo normal.

—¿Qué tal si nos separamos —dijo Jordan— en parejas?

—No deberíamos separarnos —repuso Trey, más temeroso—. No aquí.

—No seas gallina, Trey. —Jordan lo rodeó por los hombros con un brazo y lo estrechó—. El lugar no es tan grande y, ¡vamos!, no podríamos perdernos aunque lo quisiéramos. —Lanzó una mirada insinuante a Stacy.

—¿Y por qué querrías perderte?

Trey habló como si la respuesta no saltara a la vista. Era obvio que Jordan quería tener un momento íntimo con Stacy para liarse en una de las cabañas y recuperar la noche perdida («por culpa de Hannah», estaría pensando). Dios, estos chicos eran insaciables. Inevitablemente se preguntó si Nate sería igualmente insaciable cuando ellos...

—Creo que es buena idea —intervino Nate. Miró a Hannah—. Quisiera hablar contigo.

—Sí —dijo ella. «Mejor no prolongarlo más»—. Yo también.

Sobrevino un incómodo silencio.

Kent le susurró a Trey al oído y le rodeó los hombros con su brazo «para llevarlo de paseo por el pueblo», anunció antes de ponerse en marcha. Tenía una mirada extraña, soñadora, se fijó Hannah; sus pupilas estaban dilatadas.

—¿Estás segura? —le preguntó Stacy, lanzándole una mirada recelosa a Nate.

—Sí. —Hannah sonrió—. Estaré bien.

Stacy esbozó un amago de sonrisa antes de permitir que Jordan la envolviera con un brazo y la llevara hacia uno de los inhóspitos edificios.

Cuando estuvieron lejos, Hannah empezó a caminar a través de la calle de tierra. A sus pies, el polvo del suelo se arremolinaba con las ráfagas de viento que soplaban constantemente. Era increíble, pensó ella, que no hacía mucho tiempo aquel lugar hubiera estado habitado; ahora estaba desierto, colmado por un silencio trémulo que hacía eco a las historias de fantasmas que alguna vez contaron sus pobladores.

Nate caminó a su lado, hombro con hombro en silencio. Debía estar buscando las palabras para disculparse, especuló Hannah. O quizá estaba pensando en que no había nada de que disculparse, y solo meditaba en cómo empezar sus argumentos defensorios. Hannah también había pensado mucho en qué decir llegado ese momento; además, su reciente charla con Stacy la había ayudado sobremanera.

—Hannah —empezó Nate. Se detuvo y la miró fijamente—. Lo que pasó anoche... lo que sucedió...

—No fue tu culpa —se adelantó ella—. Bueno, no todo fue tu culpa, quiero decir. —Suspiró—. Verás, estuve hablando con Stacy y comprendí que exageré un poco anoche cuando me marché de esa forma del campamento.

—No exageraste —convino Nate—. En absoluto. Y sí me siento responsable.

—¿Por qué?

—Por haberte causado dolor. Nunca te he presionado a dar ese paso conmigo, y no pienso hacerlo hasta que estés completamente segura. —Nate dio un paso; luego, otro—. No quise mentir anoche, pero me di cuenta que Jordan lo usaría para hacer bromas, y no quería que sus palabras te lastimasen; entonces no pensé que las mías podían herirte mucho más. Lo siento.

Nate bajó la cabeza. Hannah avanzó un paso hacia él y puso la mano en su pecho.

—Lo sé —dijo ella en voz baja, sintiendo los tenues latidos de su corazón en la palma. Nate la observó a los ojos—. Jordan es un idiota, y no debería ser nuestro amigo, pero es el chico que Stacy ama. A veces hacemos idioteces en nombre del amor, o eso dice mi madre.

Nate sonrió.

—Sí. A veces.

—Te diste cuenta de que está drogado, ¿verdad?

Nate frunció el ceño. El repentino cambio de tema debió confundirlo.

—¿Qué?

—Sí, está drogado —afirmó Hannah, apartando su mano del pecho de Nate—; ambos lo están. Kent jamás ríe de las guasas de Jordan. ¿Te diste cuenta? Debí traer marihuana. —Entonces miró a Nate—. ¿Tú lo sabías?

Nate titubeó. Al final, confesó que Jordan había conseguido la marihuana durante su paso por Springfield, en la tienda donde Jordan había mostrado una extraña insistencia para aliviarse de su «lluvia dorada». Ahora lo entendía. Seguramente, Jordan se había alejado del arroyo para fumar su hierba, apartado de Kent y Trey, mientras estos llenaban los envases con agua de la afluyente. Kent debió sorprenderlo. Conociéndolo bien, Hannah supuso que debió amenazar a Jordan con decirle al grupo de su adquisición si no le compartía un poco. En pos, y bajo el efecto de la marihuana, Kent y Jordan debieron haber descubierto el pueblo fantasma en un desliz cuando intentaban regresar al arroyo.

—Yo le conté dónde conseguir la droga —confesó Nate, para sorpresa de Hannah—. El tratante es un viejo amigo que se mudó recientemente a Springfield, y trabaja en la tienda, donde Jordan la adquirió.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Hannah.

—Porque sabía que Stacy no quería hacer este viaje contigo y que su ausencia te arruinaría la experiencia. De modo que se me ocurrió convencer a Jordan de persuadir a Stacy, sin que él cayera en la cuenta de que formaba parte de mi plan. —Sonrió levemente antes de añadir—: Lamento haberlo hecho.

«Lo has hecho por mí», pensó Hannah, conmovida.

—¿Por qué? —dijo ella en cambio—. A veces hacemos idioteces en nombre del amor, ¿no?

La antigua tienda de minería estaba vacía, lógicamente. Stacy y Jordan se metieron en un despacho, en la trastienda, que no tenía más mueble que una pequeña y simple silla de madera cubierta de polvo.

Stacy, desnuda de la cintura para abajo, se apartó de la ventana mientras un líquido cálido y viscoso le bajaba por la parte interna del muslo derecho. Jordan, también desnudo, se apoyó contra la pared del costado, jadeando, satisfecho. No paraba de decir que «estuvo increíble».

Stacy usó uno de sus calcetines para limpiarse el muslo; luego, se puso de vuelta el pantaloncillo y las zapatillas. Aún tenía dos pares y media de calcetines, pues, al menos en eso, había seguido las premisas de Hannah. Jordan continuaba apoyado en la pared junto a la ventana; en algún momento, al acabar, se había apartado de Stacy para sacar la cajita de cerillos y un porro de marihuana del bolsillo de su pantalón.

—Lo que pasó anoche —empezó Stacy, ya vestida—. Tú tuviste que ver con eso.

Jordan exhaló una nube de humo blanco por la boca e irguió la espalda.

—¿De qué estás hablando?

—Nate —soltó Stacy—. Nate mintió por tu culpa, lo sabes.

Jordan rió descaradamente.

—Nate mintió porque es un marica. —Dio una última calada al porro antes de arrojar el residuo a un lado y empezar a vestirse—. Es evidente que Nate no ha sido suficiente hombre para llevarse a Hannah a la cama. Anoche —añadió mientras se ponía las botas—, como viste, ni siquiera fue capaz de encarar la verdad. Si Hannah se hubiera perdido en el bosque, cuando huyó, estoy seguro que Nate no la habría siquiera buscado. En la secundaria hay mucho de donde elegir.

Stacy sintió como si la hubiesen pateado en el estómago.

—También tú, ¿no? —espetó ella—. ¿También tienes mucho de donde elegir?

—Desde luego. —Se irguió y sonrió—. Pero siempre termino eligiéndote a ti. —Se acercó a Stacy, ávido; la tomó por la nuca con una mano, la atrajo hacia sí y le plantó un apasionado beso en los labios que le quitó el aliento—. Te espero fuera —musitó Jordan antes de salir del despacho abandonado.

Stacy se quedó allí sola. Un minuto después, se volvió para salir también, cuando se fijó de reojo que había huellas impresas en el polvo del piso entre las patas de la pequeña silla. Huellas de botas. No podían ser de Jordan, pensó, eran más grandes y el diseño de las suelas era diferente, advirtió al compararlas con las que había dejado su novio antes de salir; además, él no se había acercado a la silla, mucho menos se había sentado en ella, como parecía indicar el ángulo en que apuntaban las puntas del calzado.

El polvo, notó Stacy, en la parte liza de la silla también estaba barrido. «Alguien estuvo aquí recientemente», concluyó, al tiempo que era sacudida por un fuerte estremecimiento.

Debía advertirles a sus amigos.

Más tarde, regresaron al campamento. El ánimo general del grupo, en la forma que lo notaba Hannah, había mejorado. Como muestra, el sendero de vuelta estuvo repleto de risas (sobre todo por parte de Jordan y Kent, trastocados por la marihuana) y parloteos (Hannah se valió del recorrido para contarle a Stacy que había arreglado su situación con Nate) mientras el bosque bullía de vida a su alrededor.

El viaje no estaba resultando tan mal, con todo, pensó; sabía en el fondo que sus amigos lo estaban disfrutando. A pesar del temor apenas sutil de que pudieran toparse con los cazadores furtivos otra vez, ellos sonreían, hacían sus guasas e incluso aprovechaban algunos momentos de intimidad para liarse en pareja. Habían sobrevivido tres días, se dijo Hannah; eso debía significar algo, ¿no?

Cuando llegaron al campamento, la tarde se cernía sobre ellos; las sombras de los grandes árboles se extendían sobre la tierra, y el viento se tornaba más frío. Hannah rindió aquellos instantes para tomar varias fotos a sus amigos, ya fuera cerca de la fogata, dentro de las tiendas de campaña o posando graciosamente junto al tronco de un árbol, como hizo Stacy. Rieron como benditos y hasta cantaron.

Ya de noche, los seis se reunieron en torno a la fogata para asar malvaviscos y hacer mezclas con Oreos, mantequilla de cacahuete y frutos secos. A este ritmo se quedarían sin una onza de comida antes del último día, pensó Hannah. Al comentarlo, Nate, atento a sus palabras, se ofreció con gusto a pescar algunos ejemplares (con sus propias manos, afirmó él, a falta de una caña para pescar) en el arroyo la mañana siguiente. El grupo celebró su voluntariosa propuesta, y Jordan, adormilado, prometió que lo acompañaría en su faena para darle «buena suerte».

Hannah miró al cielo, que estaba oscuro y sin rastro de la luna o las estrellas en su vasta extensión. El bosque era negro en torno a ellos y la fogata, y los insectos canturreaban en una rara sinfonía ahogada y estentórea. Si bien, notó Hannah con estremecimiento, el silencio que sobrevino a continuación pareció superponerse a cualquier otro sonido venido de las sombras.

—Por noches como estas —comentó Kent entre los brazos de su novio—, entregaría mi alma mil veces.

Hannah frunció el ceño. Stacy también debió notar la extrañeza del comentario del chico, porque preguntó:

—¿De qué estás hablando, Kent?

—En Springfield —explicó—, cuando estuvimos en la tienda, una dulce señora se acercó y nos contó de su nieto desaparecido en este bosque hace cinco años. —Sonrió antes de añadir—: Dijo que se llamaba Kent. Como yo. La señora Whitmore, dijo llamarse, nos advirtió que pasar una noche en Black Wood equivalía a entregar nuestras almas. El cuerpo de su nieto nunca fue hallado; ella piensa que sigue aquí porque...

Se interrumpió con una carcajada.

—¿Por qué? —insistió Stacy.

—Porque nos pidió que, por favor, le dijéramos que lo seguía esperando.

Dicho esto, sobrevino un tenso silencio. Hannah ladeó la cabeza para mirar a su novio a la cara.

—¿Es cierto? —preguntó.

Nate bajó la mirada y suspiró.

—Sí —confesó—. Acordamos no decir nada al respecto para no poner más intranquila a Stacy.

—Pues ahora estoy bastante intranquila, idiotas. —Empujó a Jordan a un costado; este se había quedado dormido con la cabeza apoyada en el regazo de Stacy, y cuando ella

lo espoleó a un lado, ni siquiera entreabrió los párpados—. Mierda —soltó Stacy, como si hubiese recordado algo. Parecía nerviosa—. Lo había olvidado por completo.

—¿Qué? —inquirió Hannah.

Stacy se levantó, caminó de un lado a otro sin rumbo —algo que hacía cuando estaba nerviosa— y, al cabo, se detuvo con la mirada puesta en Hannah. Acto seguido, le contó a ella y al resto del grupo lo que había visto en la tienda del pueblo donde ella y Jordan se habían liado.

—¿Huellas de botas? —repitió Nate, confundido.

—Sí —dijo Stacy—. Pero no eran nuestras. Alguien más estuvo allí hace poco.

—Quizá Wesley y sus camaradas visitaron Wesonga Flats previamente —sugirió Trey.

—Imposible.

Hannah sopesó esta posibilidad. Ellos venían de la dirección contraria, recordó. Además, si no mintieron, se dirigían al arroyo Black Oak para abastecerse de agua potable, pero Nate les había dado casi toda el agua que tenían, suficiente para el trayecto de regreso. ¿Por qué, entonces, irían a Black Oak de todas formas? Era imposible, en su opinión, que los cazadores hubiesen llegado antes que ellos al arroyo, rodeándolos, y que asimismo hubiesen pasado por Wesonga Flats.

—Hannah tiene razón —acordó Nate—. Es imposible.

—Tal vez hayan más cazadores furtivos en el bosque de los que tenemos conocimiento, ¿no creen? —preguntó Trey.

Hannah asintió. Sintió un cosquilleo en el centro de la espalda, como si unos dedos fantasmales la estuvieran rozando. Ella no creía en fantasmas, claro está, de modo que descartó al instante que se tratara de los espíritus que vagaban por las tierras donde se erguía Wesonga Flats buscando «su escote de sangre» después de una larga temporada de sequía.

Ella también descartó la posibilidad de que pudiera tratarse de otros excursionistas. Nadie ponía un pie en Black Wood desde los acontecimientos de hace cinco años; algunos creían que el lugar estaba maldito; otros, que los asesinos que cometieron la masacre de los estudiantes de Lennox seguían rondando esas tierras con la esperanza de toparse algún día con algunos infortunados viajeros en su camino.

Hannah no podía dormir. Llevaba más de dos horas dando vueltas en el cobertor, pensando. Se sentía culpable, debía admitir, porque les había ocultado la verdad a sus amigos. Hay quien asegura que «ocultar la verdad no equivale a mentir», pero Hannah tenía una opinión diferente.

A su lado, Nate exhaló hondo, la atrajo hacia sí y la envolvió con un brazo.

—¿No puedes dormir? —murmuró.

Su boca estaba a la altura de la oreja de Hannah, por lo que ella sintió un sávido cosquilleo que le recorrió la nuca cuando le habló, y a poco estuvo de hacerla reír. Su cercanía la calmaba, sí, pero no al punto de disipar sus preocupaciones, sus culpas.

—No —repuso ella—. Pienso que no fue buena idea venir aquí, después de todo.

—¿Ah, no? —Nate no parecía seguro; Hannah lo advirtió en su tono—. Con sus pocas excepciones, creo que ha sido buena idea haber venido. Stacy y Jordan han tenido nuevas experiencias en pareja, si sabes a qué me refiero; Kent y Trey se han podido conocer mucho mejor, y nosotros...

Guardó silencio.

—¿Qué con nosotros? —preguntó Hannah. Se tornó de costado para mirar a Nate a la cara. El rostro de su novio estaba cubierto por las sombras que reinaban en el interior

de la tienda de campaña, pero ella podía divisar el resplandor de sus ojos a través de tanta opacidad.

—No lo sé —contestó finalmente Nate—. Nosotros también hemos podido conocernos mejor, como Trey y Kent, y hemos tenido nuestras propias experiencias... Aunque no del mismo tipo que las de Stacy y Jordan —añadió con una risita nerviosa—. Pero somos mejores... ahora.

—Yo no me siento mejor. —Luego explicó—: No me refiero a nosotros, sino a mí. Debí contarle a Stacy y al resto todo sobre este lugar antes de haber venido. No he sido honesta, y no he dejado de pensar en eso durante todo el viaje. —Contuvo un sollozo—. Tengo miedo de que algo nos suceda, como a esas personas...

Nate la aferró contra su pecho y la arrulló entre sus brazos a la vez que le acariciaba el pelo; le susurró «todo va a estar bien, te lo prometo» y la besó en la cabeza y las mejillas, donde corrían las lágrimas. Nate era su apoyo, una de las personas en las que más confiaba; conocía, como la propia Hannah, todas las historias que se contaban sobre Black Wood.

—No debí convencerte de que no les dijeras nada —se disculpó Nate mientras le acariciaba el pelo con infinita ternura—. Todo es mi culpa, Hannah; solo quería que este viaje fuera inolvidable para todos nosotros.

«Por Dios —pensó Hannah, atónita—. ¿Acaso está llorando?». Acercó sus manos cuidadosamente al rostro de su novio y palpó la humedad que escurría por sus mejillas. El corazón de Hannah se encogió.

—Oh, Nate, no... —Se apretó contra él y buscó sus labios con los suyos. Cuando los halló, permaneció en ellos varios minutos, surcándolos, apretándolos con su boca. El calor empezó a irrumpir en sus cuerpos ávidamente, mitigando el frío que sometía a la noche a su alrededor.

Nate la asió por la menuda cintura con ambas manos mientras la besaba por el cuello y detrás de las orejas. Hannah, con sorna, no paraba de pensar que «iba a suceder, sí» y que las sensaciones que colmaban cada rincón de su cuerpo eran tal como se las había descrito Stacy.

Apenas apartando sus labios, y conteniendo el aliento, Hannah se subió al regazo de Nate y le sacó la camisa por la cabeza; luego, se entregaron en otro beso acalorado antes de que Nate hiciera lo mismo con ella. Tardó un poco más: Hannah llevaba puesta cuatro prendas encima, para disipar el frío, y sus pantaloncillos estaban muy ajustados. Con todo, Nate, cuyos miembros oscilaban, lo hizo estupendo; la ciñó con un brazo por la cintura y la tumbó bajo su cuerpo, besándola. Entonces paró y la miró directo a los ojos.

—¿Estás segura? —le preguntó en voz baja.

Ella sonrió y le acarició el rostro.

—Sí.

Nate se inclinó hacia ella y la besó, acariciándole el pelo; luego, sacó un preservativo de la aparente nada. Hannah se sentía como una febril hoja de otoño a punto de sucumbir al viento; apenas podía controlarse, el corazón le palpita-ba a toda velocidad. Segundos después, Hannah separó las piernas para recibir a Nate, y éste la cubrió con su cuerpo. Hannah sintió un sobresalto cuando Nate la penetró y empezó a moverse tan despacio cómo podía. Sin embargo, se detuvo cuando ella hizo una mueca de dolor.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó Hannah. La voz le salió más débil de lo habitual—. Continúa.



## CAPÍTULO 11

*Lauren estaba dormida sobre el dobléz de mi brazo cuando la luz de la mañana entró por la ventana.*

*—Debes colocar una cortina más basta —dijo con voz gutural y entreabriendo un párpado—. Jeff, si esperas que te resuelva toda la vida, te aviso que no soy esa clase de persona.*

*—No me interesa que me resuelvan la vida —repuse—. Y estoy acostumbrado a despertarme con la luz del sol en la mañana, de otra forma no abriría los ojos —admití—; pero si así lo prefieres, cambiaré las cortinas.*

*—No quiero que hagas nada para complacerme, Jeff, tampoco soy esa clase de persona.*

*—Entonces, dime ¿qué clase de persona eres?*

*Ella sonrió.*

*—Pensé que ya lo sabías.*

El reloj en la mesita de noche apuntaba las 5:41 de la madrugada. Faltaba un par de horas para el amanecer. Sin embargo, no podía dormir sin evocar los recuerdos de Lauren. Quería

apartarla severamente de mi cabeza, pero ella, aun muerta, era obstinada y se rehusaba a abandonarme.

Así pues, encendí la lámpara en la mesita contigua, saqué mis auriculares del compartimiento y los conecté al celular. Escuché las grabaciones de Hannah Perkins, de principio a fin, por quinta ocasión desde que Sanders me las enviara por correo electrónico; presentía que había más, mucho más de lo que decía la chica en ellas.

El campamento fue atacado en el lapso de la tercera noche de la excursión, concluí tras oír la sexta grabación; hurgué en los datos internos de la nota de voz, lo que me proveyó de la fecha y la hora exacta de su creación. El resto de las grabaciones asentaban que Hannah llevaba consigo su móvil cuando huía de los atacantes; extraño, pensé, porque el celular había sido encontrado en óptimo estado a orillas del arroyo Black Oak. La chica, al menos como ella lo decía en las notas, huía de sus atacantes hacia el sentido contrario. Alguien debió intentar deshacerse del celular, arrojándolo al arroyo.

No resultó.

Me pregunté si la cámara habría sufrido un destino diferente, más desafortunado. Era posible que esta, a diferencia del celular, hubiera acabado en las aguas del arroyo, arrasada por la fuerte corriente causada por los recientes diluvios. Ninguna teoría podía ser descartada.

Suspiré. Me levanté de la cama y caminé fuera de mi habitación hacia la cocina. El departamento no era gran cosa, si bien tenía por costumbre rebajar de categoría todo y a todos a mí alrededor para no amparar expectativas que pudieran ser desbaratadas (siempre he confiado que a esto se debe que sea bueno en mi labor, porque siempre quiero indagar en la verdadera naturaleza de las personas y de las circunstancias), pero en algo no extremaba al decir que mi morada no era «gran cosa».

Una cocina enjuta, una salita de estar y una recámara con baño incorporado (el único del lugar, debía recalcar), eran los aposentos que componían el departamento. Había acumulado botellas de ron, whiskey, bourbon y cerveza en la encimera de la cocina, en la intrincada mesita de centro de la salita, en los sillones y en los rincones de la misma estancia. El piso crujía con cada paso que daba, pues estaba rociado, por decirlo de un modo poco halagüeño, con ceniza de los cigarrillos que había fumado aquel día mientras armaba todas mis hipótesis sobre una pizarra de corcho que tenía en una esquina de la sala.

Eran las cuatro de la mañana, así que, sin mucho celo, descarté la idea de limpiar todo aquel chiquero. Lo haría, me dije..., algún día.

En la cocina, me preparé un emparedado de queso y me serví un vaso de leche, que, según la fecha de caducidad, estaba a unos días del mínimo de consumo. El lavaplatos estaba lleno de trastos sucios, agua estancada y, además, mierda de mosca por doquier. Me limité a apartar la mirada mientras disponía todo para la cena vespertina; al acabar, me dirigí a mi habitación con el emparedado en una mano y el vaso de leche, en la otra.

Apenas poner un pie en la habitación, el celular, sobre la cama, empezó a sonar y a relumbrar el nombre «Wiklund» en la pantalla. Estuve a punto de trastabillar, pero logré sobrepormerme a tiempo (y, con suerte, sin derramar una sola gota de mi casi caduca leche). Rodeé la cama, dispuse la cena en la mesita de noche y me incliné para tomar mi celular. El pulso me latía rápido y sentía como si me ahogara con la respiración. Por lo general podía controlar estos ataques.

No entiendo por qué ahora no. Tomé el móvil y deslicé el dedo por la pantalla.

—Sí, señor —dije lo primero que me vino a la cabeza.

En otras circunstancias, Wiklund, puntilloso por naturaleza, me habría discutido con ímpetu que me dirigiera a él de aquella forma fuera del horario de trabajo. No ocurrió, claro está. Algo realmente terrible debía estar pasando.

Y así era.

—Los encontraron, Jeff —me indicó. Su voz se oía quebrantada, como si hiciera un auténtico esfuerzo por controlar las ganas de echarse a llorar. Quizá así fuera—. Encontraron a Trey Byers y Kent Mitchell.

—¿Y Hannah, señor?

Wiklund sorbió por la nariz.

—Sigue desaparecida.

—¿Stacy Harrington, Nathaniel Feeney y Jordan Phillips también?

Wiklund volvió a sorber por la nariz e hizo una breve pausa antes de responder; estaba afectado. Una voz en el fondo parecía consolarlo. «Margaret —pensé—. Su hermana». Wiklund habló de nuevo después de toser para aclararse la garganta. Jamás había escuchado al jefe tan afligido, reflexioné, ni siquiera era capaz de hacerme con una imagen mental del aspecto —ojos inyectados en sangre, nariz dilatada y mucosa, y párpados hinchados— que debía tener en ese momento.

—Sí, Jeff —dijo Wiklund—. El resto sigue desaparecido.

Dicho esto, guardó silencio. Me pregunté si Wiklund le habría dicho a su hermana de las grabaciones.

—Jeff —siguió el jefe—. En cuanto puedas, y espero sea pronto, dirígete a la estación. Allí te estaré esperando. —Y añadió—: Antes, enciende la televisión, hay algo que debes ver.

## CAPÍTULO 12

«Atacaron de noche. Nos separamos en parejas para escapar de los hombres de blanco. Al menos, yo logré escapar».

GRABADO POR HANNAH EL 26 DE JULIO,  
EN LA MADRUGADA DEL CUARTO DÍA EN BLACK WOOD.

La grabación termina abruptamente.

A su lado, Nate se movió. Hannah entreabrió los ojos, estirando el cuello como una gata desperezándose. El interior de la tienda estaba oscuro, pero, fijándose en la silueta de los hombros de su novio mientras este se ponía la camisa, dedujo que algo extraño estaba sucediendo. Ella no había oído nada, la verdad; pero por la tensión que en ese momento percibió en la atmósfera temió que se tratara de los cazadores. O algo peor.

Nate hizo ademán de salir de la tienda. Así pues, Hannah estaba dispuesta a seguirlo. Nate se volvió, de golpe, y le puso una mano en el hombro. «Quédate». Hannah negó con la cabeza, no sabía qué estaba pasando. Nate la miraba fijo, suplicante. Ella accedió, por fin; se quedó.

Nate suspiró hondo y salió de la tienda. El corazón de Hannah empezó a latir con rapidez; su respiración era pesada, copiosa, como si tuviera una gran roca sobre el pecho que le impidiera exhalar de lleno. Quizá era un oso, sí, si bien no estaba segura de que hubieran osos en Black Wood, tampoco podía descartarlo. Stacy, Jordan, Nate y ella habían visto una película sobre un gran grizzli asesino hacía unos meses. Stacy, como ella misma le confesó, no pudo dormir durante los tres días siguientes de ver la película, y a punto estuvo de mojar la cama. También Hannah tuvo pesadillas, sí, pero solo por una noche.

«No pienses en eso, Hannah —se dijo con severidad—. Es solo una estúpida película». Debía tranquilizarse. Se llevó una mano al pecho donde su corazón amenazaba con abrirle un gran boquete. Inhaló, exhaló. El silencio que imperaba a su alrededor era gélido, inflexible. ¿Cuánto tiempo más soportaría aquella zozobra? ¿Qué había oído Nate?

—¿Quiénes son? ¿Qué quieren?

Aquella era la voz de Jordan.

Hannah se lanzó sobre el morral y sacó de uno de los bolsillos el gas pimienta que le había entregado su madre, y su celular, que si bien estaba apagado, tenía la carga completa; el silbato, frío y metálico, pendía de su cuello como un amuleto de la buena suerte. Esperaba que eso sirviera.

Decidida, se irguió, preparada para salir de la tienda. De pronto oyó un sonido escalofriante (como una tela siendo rasgada, pensó) que le erizó la piel. Se volvió despacio. Vio un destello metálico. Alguien estaba desgarrando una brecha en la parte posterior de la tienda, miró con horror. Se quedó inmóvil un instante, presa del miedo, hasta que una forma alargada, blanca y picuda atravesó la grieta. Fuera, alguien gritó.

«Stacy».

El intruso ingresó a la tienda..., muy tarde. Hannah emergió al exterior sin más abrigo que un suéter que logró tomar en el último momento (si bien se había vestido más ligera de prendas después de retozar con Nate, supuso que unos pantaloncillos de chándal, dos pares de medias, sus botas y una fina camisa de tirantes, no pondrían a raya el cruento frío de afuera, aunque el suéter tampoco haría mucha diferencia).

Sus amigos estaban reunidos en el centro del campamento, de espaldas a las ascuas de la fogata que aún relucían en la oscuridad. Llevaban linternas. Jordan apuntó a Hannah a la cara, dejándola momentáneamente ciega y a punto de tropezar. Nate se adelantó y la tomó por los brazos.

—¿Qué ocurre, Nate? —preguntó Hannah mientras el chico la llevaba con el resto.

Stacy, se fijó Hannah, estaba aferrada como una niña asustadiza al brazo de Jordan, que apuntaba hacia el bosque negro con la luz encandiladora de la linterna. Kent estaba delante de Trey, como su protector; también llevaba una linterna. Hannah bizqueó hacia el bosque en una tentativa por ver a qué se estaban enfrentando. Con lo oscuro que estaba, apenas se podían apreciar las inmensas columnas que los asediaban (los troncos de los árboles milenarios, se tranquilizó, ellos no debían suponer ningún peligro). Intentó mirar más allá.

De pronto, la luz de una de las linternas apuntó a una figura blanca como la que había entrado a la tienda. Era una persona, sin duda; vestía una túnica blanca y llevaba una capucha picuda en la cabeza que le cubría el rostro, salvo por dos agujeros en el lugar de los ojos, y guantes blancos que les forraban las manos. Hannah sufrió un sobresalto; entonces se acordó del aspecto de los miembros del Ku Klux Klan que vio en una ocasión en una ilustración del libro de *Historia contemporánea*. Con un detalle, reparó:

llevaba un collar cuyo dije (una estrella de David) relucía en la oscuridad.

«No —pensó, aterrada—. Es uno de ellos». Y no se refería a un miembro del Ku Klux Klan.

Ladeó la cabeza. Se le cortó la respiración cuando entrevió más sombras blanquecinas rodeándolos. Jordan y Kent los apuntaban con las linternas, uno a uno, por si hacían cualquier movimiento, como si estas se trataran de armas que podían disparar contra sus enemigos. Estaban expuestos, a ojos vistas; indefensos, desprotegidos, sin otro arma con que defenderse más que las pobres linternas de batería.

Hannah oyó a Stacy sollozando contra el brazo de Jordan y el corazón se le encogió. «Es mi culpa. —Los labios le temblaban—. Van a morir por mi culpa».

Nate la escudó con su cuerpo, blandiendo una linterna a su vez. Hannah quiso evitarlo.

—¿Quiénes son? —vociferó el chico. Su espalda recta y la voz firme no daban muestra de temor—. ¿Qué quieren?

—No estaremos aquí mucho tiempo —soltó Kent—. Nos vamos mañana. Se los prometo.

Eran seis, contó Hannah. ¿Podían con seis? No estaban armados después de todo. Debían escapar.

Nate apuntó con la linterna a una de las figuras blancas cuando esta alzaba el brazo. Tenía un palo en la mano. Hubo un chispazo, y la madera resplandeció en uno de los extremos. «Una antorcha». Hannah dio un respingo. Jordan y Kent estaban inquietos; lo notó por la forma en que cambiaban el peso de una pierna a la otra. Nate, al contrario, estaba más tranquilo, aunque evidentemente tenso y asustado.

—Chicos, debemos huir al bosque —dijo Jordan en voz baja—. Debemos separarnos en parejas y huir.

—Es una mala idea —susurró Trey—. Separarnos, quiero decir.

—Trey tiene razón —convino Stacy en tono bajísimo—. En las películas de terror, cuando los amigos se separan, terminan todos muertos.

—Esta no es una película, Stacy —espetó Jordan, haciendo un esfuerzo por controlarse—. Debemos separarnos, así tendremos más oportunidad.

—¿Y a dónde vamos? —preguntó Kent.

—Por ayuda —expresó Nate—. Donde sea que esté. Dirigirnos a la carretera rodeándolos —hizo especial énfasis para aludir a los sujetos de blanco sin mirarlos—. Allí tendremos una oportunidad. Quien llegue primero pedirá ayuda.

—Yo tengo mi celular. —Hannah rozó el bolsillo con la mano y desvió la mirada hacia los hombres de blanco, que empezaron a acercarse despacio; uno de ellos, se fijó con estupor, llevaba una escopeta, si bien no los apuntaba.

—Bien —soltó Jordan, en voz baja—. A la cuenta de tres apagaremos las linternas.

Hannah tomó la mano de Nate y echó un vistazo en dirección a Stacy, que no le prestaba atención. Solo esperaba que no fuera la última vez que la viera.

—Uno... —empezó Jordan, en un murmullo.

Nate se inclinó y besó a Hannah en la cabeza con intensidad. Ella lo miró fijo. Aquel gesto, como cosa extraña, le recordó a su padre. Kent y Trey se tomaron las manos. Cuando Hannah reparó en ellos, Trey la miró e hizo un intento por sonreír, aunque ella no podría estar segura. Podía ver el miedo en sus ojos, sí, y esto no estaba en tela de juicio.

—Dos...

De golpe, Hannah ladeó la cabeza hacia la tienda de campaña que compartían ella y Nate. Había una sombra en la entrada, que se hizo visible cuando la luz cada vez más próxima de la antorcha atravesó la tela y proyectó su oscuridad. Hannah

maldijo para sus adentros. Se había olvidado del intruso. Había oído el plan, estaba segura, y sabía que ella tenía el celular para pedir ayuda. Irían tras ella.

—Tres...

Stacy no podría decir cuánto tiempo llevaba corriendo, alejándose. Las pisadas a sus espaldas habían dejado de oírse hacía algunos minutos. Ella y Jordan no se detuvieron (debían llegar a la carretera, como habían acordado, y quedaba mucho camino por delante), sin embargo, redujeron la velocidad de la marcha. Debían guardar energías.

Estaban cansados. Stacy presentía que sus pulmones estaban a punto de estallar; o, al menos, que colapsaría en algún momento y Jordan, por tanto, tendría que cargar con ella. No lo quería, claro, esto los retrasaría. Además, ella sabía, por su sonora respiración, que su novio estaba igual de cansado. Jordan era fuerte, sí, podía seguir en pie por mucho tiempo gracias a sus entrenamientos con el equipo de soccer del instituto. También Nate.

«¡Hannah!», pensó de rebato. Con los ojos empachados de lágrimas y el pecho azorado por los latidos de su corazón, el miedo y la zozobra, apenas había reparado en su amiga antes de huir del campamento. Conociéndola bien, debía culparse de lo que estaba sucediendo... Claro, si logró escapar y ponerse en buen resguardo de sus perseguidores.

Sin duda, Nate la protegería. Aunque hubiera hecho lo que hizo la otra noche, Stacy no le guardaba recelos; menos aún, si Hannah había logrado perdonarlo. Además, Jordan, recordó, tuvo mucho que ver con lo que pasó.

Daba igual. En ese momento, lo más importante era seguir con vida y conseguir ayuda; llegar a la puta carretera. Una linterna era lo único que llevaban, y no se atrevían a encender-

la para iluminar el camino por temor a prevenir a sus perseguidores. Stacy maldijo para sus adentros; debió traer su celular, se dijo, o algo que fuera más útil que la estúpida linterna.

No era su culpa, razonó. Hannah, y la verdad sea dicha ninguno de sus amigos, habría adivinado que serían atacados por sorpresa por... por... No estaba segura de quiénes eran. Se estremeció al pensar en la historia de Kent, sobre la señora que conocieron en la tienda en Springfield y cuyo nieto desapareció en ese mismo bosque sin dejar rastro. «Nos pidió que, por favor, le dijéramos que lo seguía esperando».

Aquello pasó hace mucho, mucho tiempo, intentó convencerse. Cinco años.

Su mente era muy susceptible, Stacy era consciente de ello, así que al ver mejor a sus atacantes pensó que se trataba del espíritu del tocayo de Kent, entre otros desaparecidos. Uno de ellos tenía una escopeta, sin embargo. ¿Qué fantasma llevaría una? Y cuando Jordan lo iluminó con la luz de la linterna, sus temores crecieron aún más. «En la vida, hay que temer más a los vivos que a los muertos —le había dicho su padre en una ocasión—; los vivos son los que matan». Entonces lo comprendía.

Aquellos sujetos ataviados como miembros del Ku Klux Klan no solo querían asustarlos; querían matarlos. Y si lo lograban, quizá correrían con la misma suerte que el tocayo de Kent: jamás serían encontrados. «No —se dijo, a la vez que se obligaba a dar un paso más. Le faltaba el aliento—; mejor no pensar en eso». Quiso decirle a Jordan que pararan por un momento (muy breve, sí) pero no fue capaz de pronunciar las palabras, ni siquiera ella se atrevía a detener el paso.

Andaban en zigzag a través de los inmensos árboles. El frío era cruel, despiadado, se cerraba en torno a ellos como una entidad viva que los acosaría hasta el final; respirar, ya fuera por la boca o por la nariz, suponía una breve agonía.

¿Cuánto más soportaría ese ritmo antes de sucumbir? Jordan podía seguir por sí solo hasta la carretera, pensó Stacy, pero la idea de quedarse sola le aflojaba la vejiga. Ya le temía al bosque antes de ser perseguida por unos psicópatas asesinos, aquel pensamiento no hizo más que agrandar su miedo.

El bosque era inmenso a su alrededor, y la oscuridad albergaba peligros por doquier.

Jordan la tomaba de la mano, guiándola a algún lugar.

—¿Sabes hacia dónde vamos? —se atrevió a preguntar ella—. Está muy oscuro.

—Lo sé tan bien como tú, Stacy —contestó con sequedad.

Estaba airado, percibió ella por su tono. Pero también asustado, cansado, un poco confundido (quizá), y sobre todo, determinado. Ella lo conocía. Mientras menos hablaran, mejor resultaría, ése era el lema de Jordan en circunstancias como aquellas, así que calló.

—Es su culpa —soltó, de pronto, Jordan. Se detuvo, soltándole la mano a Stacy—. De Hannah. —Y se volvió.

Stacy pudo advertir la ira en sus ojos, superponiéndose a otras emociones, oscureciéndolos. Stacy no sintió tanto frío antes como en ese preciso momento. Tenía miedo, y ya no solo se trataba de sus perseguidores.

—También Nate —siguió Jordan, dándose la vuelta—, que me mintió para traerme aquí.

—Jordan —dijo Stacy en voz baja—. No importa. Nada importa ahora. Debemos llegar a la carretera.

—¿Cómo?! —gritó Jordan, sobresaltándola; alzando las manos agregó—: ¿Cómo llegaremos a la puta carretera si no sabemos hacia dónde vamos? Aquella idiota se llevó el celular, y nosotros no tenemos más que esta maldita... cosa. —Tiró la linterna contra el suelo. Algo se rompió.

Stacy lo miró absorta; tiritaba de manera incontrolable; se abrazaba a sí misma en busca de calor.

Jordan se giró de nuevo hacia ella, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Si ese imbécil marica de Nate no me hubiese mentado —dijo, más sosegado—, tú y yo estaríamos a salvo, liándonos en casa de tus padres, mirando series en Netflix mientras echábamos un polvo o dos en el sofá de la sala. Cualquier cosa sería mejor que esto.

Se acercó a un árbol y lo golpeó con el puño cerrado, gruñendo.

Con todo, Stacy se aproximó al chico por detrás y lo rodeó por la espalda con sus brazos. Estaba muy tenso, pero se relajó cuando ella recostó la frente contra su omóplato y suspiró. Jordan la imitó. Se quedaron así un rato, sobreponiéndose.

—Debemos continuar —murmuró Jordan, al cabo—. Debemos llegar a la carretera.

Se inclinó para recoger la linterna rota.

Las horas pasaban. Al menos, eso creía. El bosque seguía tan negro como una cueva sin fin. Hannah vagaba sola a través de aquella oscuridad, asustada. El frío era brutal. Las horas previas al amanecer no sólo eran las más oscuras, dijo en su fuero interno, sino también las más gélidas.

Pronto amanecería, sí, esto le daba un poco de consuelo.

Aun con el celular en la mano, resultaba difícil caminar a través de la oscuridad. Esquivaba los árboles en su camino a duras penas. Esperaba, de verdad, que Stacy y los demás hubiesen conseguido escapar. Cuando los chicos apagaron las linternas y la oscuridad envolvió por partes el campamento (la antorcha del hombre de blanco brillaba distante aunque cada vez más cerca), ellos echaron a correr en distintas direcciones como habían acordado.

Hannah, en cambio, se quedó congelada un momento; entonces había llegado a la conclusión de que el intruso que estaba oculto en la tienda de campaña había escuchado su plan y que iría solo a por ella; presa del miedo, no se movió, ni siquiera llegó a escuchar cuando Jordan contó «tres» y todos salieron disparados hacia los alrededores.

«Todo es mi culpa —pensó—. No debimos venir aquí».

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero ninguna se derramó o corrió por sus mejillas. Al menos, eso podía controlarlo. Sus labios tiritaban, y sus pasos eran irregulares a causa del agotamiento. Debía avanzar con cuidado si no quería tropezar. Si Nate estuviera allí...

«Nate».

Al notar que Hannah no corría a su lado, Nate se giró y la miró con el ceño fruncido. Hannah volvió en sí; se fijó que su mirada se ensombrecía y, en seguida, se enfocaba por encima de su hombro. Ella ladeó la cabeza para ver qué estaba mirando (si bien tenía una sospecha de qué se trataba) y contuvo la respiración. Una silueta se alzó ante sus ojos, una silueta blanca inmaculada.

Gritó.

No llegó a tocarla. Gracias a Nate. Este se abalanzó contra el hombre, rugiendo. Ambos cayeron al suelo, rodaron cerca de la fogata mientras uno embestía duros golpes, y el otro, se escudaba con los brazos. Hannah los miró asustada, aún inmóvil. En ningún momento Nate dejó de gritar «¡corre!» al reparar que ella seguía en el mismo lugar.

Hannah no quería correr, no quería dejar a Nate allí solo con aquellos asesinos; quizá no debió hacerlo. Entró en razón, y ladeó la cabeza para ver al hombre de la antorcha que se había quedado parado a dos metros de la contienda; luego, echó a correr hacia el bosque aprovechando la distracción. «Soy una maldita cobarde —se lamentó—.

Debí quedarme. Merecía morir a su lado. Todo esto es mi culpa».

Ahora no había nada más que ella pudiera hacer, salvo llegar a la puta carretera y conseguir ayuda. Maldijo para sus adentros al mismo tiempo que se encomendaba, y a sus amigos, al altísimo. Nunca fue religiosa, pero estaba abierta a todas las posibilidades. «La fe es el más seguro de los consuelos», suspiró, esperando que fuese cierto.

Al cabo de una hora, más o menos, trastabilló con su propio pie y cayó desbocada. Perdió el aliento con el golpe. Ahogó un gemido. Sus piernas no le daban para más, estaba tan abatida que apenas logró llegar a gatas hacia el pie de un abeto y se acostó de espalda, pues temía que la tomaran inadvertida. Quería mantenerse alerta, o al menos parecerlo.

Encendió la pantalla de su celular. «5:50 a.m.», miró. «Sin conexión de red».

Buscó la imagen del mapa de Black Wood que tenía en galería. Estaba por seleccionarla, cuando, de pronto, se fijó en una foto que ella y Nate se sacaron en el último partido de soccer, donde Nate anotó el tanto ganador.

—Lo logré pensando en ti —le había dicho más tarde después del partido.

—¿En mí? —Ella sonrió—. Digo, los jugadores debe mantener la mente en el juego para anotar puntos, ¿no? ¿Cómo es que has podido ganar si estabas pensando en mí?

—Si te digo —contestó él—, tendré que matarte... a besos. Hannah arqueó una ceja.

—Creo que correré el riesgo.

Amanecía. Llevaba unos diez minutos recostada, supo cuando consultó de nuevo la hora en el celular. El cielo había esclarecido considerablemente, pero el frío seguía persistente, despiadado, en cada ráfaga de viento, aderezado con una

neblina fantasmal que parecía salir de la superficie del suelo; y así continuaría el resto de la mañana.

Hannah inhaló, entrecerrando los ojos, y exhaló, abriéndolos de vuelta. Usó el tronco del árbol como apoyo al levantarse. El breve descanso, nada reparador, la había dejado más maltrecha que antes; las piernas se le habían entumecido, y al estirar los muslos sintió un tirón que la hizo gemir entre dientes. Se mordió el labio y aguantó el dolor, a sabiendas pasajero. Dio otra honda bocanada de aire, para serenarse y sobreponerse (tenía la boca y la garganta secas; daría cualquier cosa por un poco de agua, pensó), y siguió su marcha.

Al virar la cabeza, lo vio. Un gran oso negro. Estaba en cuatro patas, pastando. Hannah intentó dar un paso con cautela, pero el pasto crujió bajo sus pies y el enorme oso azabache estiró el cuello y la advirtió. Hannah sintió que el corazón se le detenía de súbito. El animal se alzó en dos patas y rugió; luego, echó a trotar hacia ella, bufando.

Hannah hizo lo primero que le pasó por la cabeza: se dejó caer extenuada en el suelo como si muriese por un infarto fulminante (si bien poco faltaba para que fuera auténtico). Aquello lo aprendió de un especial que miró hace algunas semanas en Discovery Channel. Aguantó la respiración. El oso se paró sobre ella asediándola con sus patas; estas estaban embarradas de lodo, percibió con los ojos entreabiertos, y su aliento hedía a pescado rancio.

Estaba olisqueándola: empezó por su abdomen, corriéndole un poco la fina camisa hacia arriba y rozándole la piel con la fría y húmeda punta de su nariz; después, algo eufórico, subió hasta el cuello y la cara. Con cautela, Hannah aprovechó ese momento de pasibilidad de la enorme bestia para aproximar la mano al bolsillo de sus pantaloncillos. Debía calmarse. Si hacía un movimiento brusco, estaría perdida.

Ya no le quedaba aire en los pulmones. Debía ser ahora o nunca. «Mejor ahora». A una velocidad increíble —incluso a su propio conocimiento—, sacó la mano de su bolsillo y roció al animal en las fauces con el gas pimienta. Furioso, el oso se alzó en dos patas y rugió estruendosamente. El mundo pareció tambalearse durante un segundo.

Rauda, Hannah se puso en pie, echando mano a su celular, que había perdido durante su pantomima de hacerse la muerta, y salió corriendo hacia el nutrido conjunto de árboles que había hacia el sureste. Debía escapar. Debía sobrevivir. Tenía que llegar a la carretera y salvar a sus amigos.

«Corre», pensó.

Aun cuando ya no se oían los fuertes rugidos del oso, ella no se detuvo. El animal podía olfatear su rastro, y darle caza, siguiendo la dulce estela del miedo que dejaba detrás de sí, se dijo a modo de espolearse para no detener o reducir su paso a pesar del mareo y el desaliento que la abatían. Su corazón amenazaba con estallarle. Le faltaba el aire.

«Corre. Corre. Corre».

Cuando por fin paró, Hannah, inspirando profundo, sacó el celular de su bolsillo. Revisó el mapa (no estaba segura de ir por el camino correcto; estaba desorientada) y grabó la siguiente nota de voz:

—No sé dónde estoy —jadeó—. Y quizá no viva lo suficiente para saberlo.

Stacy se pasó la mano por la frente, perlada de sudor.

—Estamos perdidos —indicó—. Hemos estado yendo hacia el sentido contrario, Jordan. No recuerdo que hayamos estado aquí antes.

—Desde luego. —Jordan miró al cielo preclaro con las manos en la cintura, y exhaló hondo—. No hemos estado

aquí antes, pero vamos en el sentido correcto. Supuse que quienes nos atacaron anoche deben saber por dónde llegamos; es más, deben conocer muy bien el área.

—¿Cómo estás tan seguro de que vamos por el camino correcto? —quiso saber Stacy.

Jordan se volvió hacia ella y se apuntó a la oreja con un dedo, indicándole que escuchara.

—¿Puedes oírlos?

Stacy frunció el ceño. Los escuchaba, sí. De hecho, llevaba largo rato escuchándolos, desde que clareara y el entorno por fin fuera visible para seguir su recorrido. «Turpiales gorjeadores», recordó que los había llamado Hannah.

—Son los pajarillos que mencionó Hannah —siguió Jordan—. Los dejamos de escuchar a medida que nos acercábamos al centro del bosque. En cubierta, nos han estado indicando el camino desde el amanecer.

Stacy habría querido besarlo; en otras circunstancias, lo habría hecho. Pero no era el momento, y mucho menos el lugar, para sus muestras de cariño. Prestó atención al dulce canto de los pajarillos, que antes le había parecido irritante, y entrecerró los ojos un instante. Los rostros de sus amigos destellaron uno a uno en la oscuridad que le proveyó sus párpados. Abrió los ojos una vez más y miró a Jordan.

—¿Crees que hayan podido escapar? —le preguntó.

Jordan bajó la mirada y una sombra abatió su rostro.

—No lo sé —dijo—. Trey y Kent, sí.

—¿Por qué no Hannah y Nate?

—No he dicho que no.

—Tampoco lo estás haciendo ahora.

Jordan quitó las manos de su cintura y la miró con enfado, pero no dijo nada más.

—¿Era en serio? —inquirió ella—. ¿De verdad los culpas por lo que ha sucedido?

—Debes admitir que tengo razón —repuso Jordan—. Al menos, en que no estaríamos aquí si no fuera por ellos. —Y añadió con tono más calmo—: Y si digo que quizá no lo lograron, no quiere decir que desee que así fuera. Eran nuestros amigos... Nuestros mejores a...

Se calló de golpe. Una expresión de intensa sorpresa se adueñó de su rostro, sus ojos cobraron un centelleo vidrioso y un hilillo de sangre le resbaló por el mentón desde la comisura de los labios. Aturdida, Stacy fue incapaz de gritar o moverse. Tardó un momento en ver la figura blanca que se alzaba detrás de su novio. «Corre», musitó Jordan, y se desplomó con un hacha clavada en el centro de la espalda.

Stacy gritó.

El matón se inclinó para recuperar el hacha del dorso del chico. Como si el alma le volviera al cuerpo, Stacy giró sobre sus talones y corrió como Jordan le había pedido que hiciera (y no iba a decepcionarlo). Marchó en zigzag a través de los árboles, que se alzaban como intimidantes celadores; las ramas, que le arañaban el rostro y tiraban de su cabello, y la maleza, que se interponía en su camino. Avanzó rápido. El corazón le galopaba con ímpetu en el pecho. Miró hacia atrás por encima de su hombro; la figura blanca, como un espectro, iba tras ella, si bien no parecía preocupado por darle alcance, pues su paso era parsimonioso.

Corrió más rápido.

No debía distraerse. Uno de los matones podía salir de la nada en su camino (detrás del tronco de un árbol, quizá) y acabar con su intento de huida.

Con lágrimas llenando sus ojos, corrió como si su vida pendiera de ello. De hecho, así era, pensó incrédula. Si la atrapaban, la asesinarían, sin duda alguna, ¿verdad? ¿Acaso no era una pesadilla de la que acabaría por despertarse pronto? En tal caso no quería averiguarlo. No podría. «Jordan»,

dijo en su fuero interno, y la voz de su novio replicó en su cabeza: «Corre» y «No dejes que te atrapen, Stacy». Debía correr, correr...

Pisó un bache.

El interior de la bodega estaba tan oscuro que no podría distinguir sus manos aun alzándolas a centímetros de su rostro, pensó Trey. Por casualidad, él y Kent encontraron ese lugar durante la primera visita a Wesonga Flats, cuando se separaron en parejas para darle un momento a Hannah y Nate.

Entonces Kent tenía un ataque propio de un niño de tres años, exigiendo un baño para liberar su *lluvia dorada*, como solía llamarla Jordan. Como cabía esperar, en el pueblo abandonado, no había baños en funcionamiento. Kent no era tan fácil de persuadir. «Puedes orinar en aquel árbol o en esos matorrales de allá», le había indicado cuáles Trey, a lo que Kent replicó con una mueca de enojo; cruzó los brazos sobre el pecho y amenazó con hacerse en los pantalones. Trey le echó una mirada fulminante.

Kent no se alivió en sus pantalones, desde luego. Ganas no le faltaron. Rezongó y echó a correr hacia la cabaña más apartada de aquel pueblo abandonado. Trey, desconfiado y preocupado de que algo pudiera sucederle, decidió seguirlo. El idiota estaba drogado; podía caerse y romperse el cuello, o algo peor (no quería pensar en algo peor que romperse el cuello). La cabaña, si bien alejada, estaba cercada por inmensos árboles y próxima a las antiguas minas que algún día ampararon aquel lugar. Era pequeña y estaba derruida, sobre todo la fachada trasera, que era visible desde lejos, y el techo, que parecía propenso a caerse con una tenue ráfaga de viento.

Cuando entró, Trey estornudó a voz en cuello. Estaba vacía y las cortinas de polvo flotaban en el aire, visibles gracias a la clara luz que se filtraba a través de un tragaluz en el techo. Sin embargo, no vislumbró a Kent por ninguna parte; no estaba en la diminuta sala de estar. Lo llamó. Nadie respondió. Trey decidió adentrarse más. A pesar de su irrisorio tamaño, la cabaña contaba con dos cuartos del ancho de un autobús público, y un baño aún más pequeño que este.

Allí, en el baño, encontró a Kent, aliviándose; tenía una sonrisa risueña en el rostro y el miembro en la mano derecha mientras se apoyaba en la pared con la izquierda. El baño solo tenía espacio suficiente para un inodoro, si bien este estaba bastante acorde con el resto de la cabaña.

Cuando Kent acabó, insistió en mostrarle algo que halló cuando buscaba el baño. Al entrar con urgencia en la segunda habitación del angosto pasillo, se había tropezado con una sección levantada del piso, explicó (en ese instante parecía estar en sus trece); claro, no intentó averiguar la razón entonces dado que «estaba a punto de cumplir mi amenaza de orinarme en los pantalones», dijo con sorna y vergüenza. Acto continuo, Trey lo acompañó al cuarto en cuestión para develar el misterio.

En efecto: una sección minúscula del suelo estaba levantada en comparación con el resto. Kent buscó un resquicio en las esquinas de la habitación donde solo quedaba el armazón de madera de una cama. Cuando lo halló, Kent irguió el cuello y le echó una mirada, la mirada victoriosa que tanto le encantaba a Trey. Este lo ayudó a levantar la sección del piso de madera. Estaba muy pesada, por lo que ambos tuvieron que hacer un auténtico esfuerzo y trabajar en equipo.

Ya abierta, Trey fue recorrido por un escalofrío. El interior era oscuro entonces, como ahora. No llevaban linter-

nas de modo que no podían distinguir qué había más allá de toda aquella oscuridad impenetrable.

Esa noche, cuando huían del campamento, supieron, mientras corrían, que se dirigían hacia el pueblo fantasma. Kent tuvo la idea de ocultarse en «el culo del Diablo», como lo llamó el propio Kent. Esta vez llevaban linternas, y, asimismo, cargaban con la incertidumbre de qué podían encontrarse allí abajo. Trey temió que se tratase de un almacén secreto donde los cazadores habían escondido los cadáveres de sus víctimas (Kent Sinclair, el nieto de la señora Whitmore, por ejemplo). Gracias a Dios, no se trataba de aquello.

Era una bodega, en efecto: había anaqueles de madera corroída y mohosa, todos vacíos, a los costados de las paredes de tierra que tenían un aroma penetrante (Trey tenía la leve sospecha de que la *lluvia dorada* de Kent se había filtrado a la bodega desde la tubería que enlazaba con el baño; pero, claro está, era solo una sospecha). No estaban seguros de por qué estaba allí, o quién pudo haberlo hecho, pero sí sabían una cosa: nadie había estado en ese lugar en mucho, mucho tiempo.

Sus cazadores, los hombres de blanco, no debían saber de su existencia. «Eso espero».

—¿Crees que sean miembros del Ku Klux Klan? —preguntó Trey en la completa oscuridad. Habían apagado la linterna para ahorrar baterías—. Digo, ya viste cómo lucían. Aquellas túnicas blancas y las capuchas... yo... —Se estremeció, y no de frío.

La idea lo inquietaba. Era el único chico de color —además de uno de los dos gays— del grupo.

—Sí. —Kent suspiró hondo, a su lado, y le rodeó la espalda con el brazo—. Sus atuendos eran muy aterradores. Pasados de moda, en mi opinión. —Otro suspiro y añadió—: No

creo que se trate del Ku Klux Klan, Trey, mucho menos en este extremo de Norteamérica. Aunque no estoy seguro.

—Uno de ellos tenía una escopeta. ¿Te fijaste?

—Sí.

—¿Crees que se trate de los cazadores? Ellos ya eran bastante aterradores sin las túnicas.

—No lo sé. Es posible.

Guardaron silencio.

—¿Cuánto tiempo tendremos que escondernos, Kent?  
¿Cuándo crees que vendrán a buscarnos?

Kent no respondió.





## CAPÍTULO 13

«Este sábado fueron hallados dos de los seis jóvenes que llevan más de una semana desaparecidos en Black Wood —informaba la reportera. Tras ella se veían una ambulancia y una furgoneta blanca con el logo de un ojo de CBS en el costado—. Kent Mitchell y Trey Byers, ambos de diecisiete años, fueron encontrados con vida en Wesonga Flats, otrora el pueblo de un asentamiento minero, en el centro del bosque, que fue abandonado en la década del setenta. Mitchell y Byers son llevados en este instante al Hospital Imperial, en Springfield, para ser atendidos por un cuadro de desnutrición, problemas respiratorios y fístulas en la piel». La cámara enfocó a la ambulancia que se ponía en marcha.

«Seguiremos informando de esta noticia en nuestra emisión de la tar...».

Apagué la televisión.

—Están vivos —dije boquiabierto.

Había una posibilidad. Cuando Wiklund me informó que habían encontrado a Trey Byers y a Kent Mitchell, no mencionó que, de hecho, ambos estaban con vida contra

toda probabilidad. Quizá no de forma intencional (lo que era poco probable, en mi opinión, dado que el jefe era un hombre avisado como el que más), tal vez a eso se refería cuando me dijo «enciende la televisión, hay algo que debes ver» en el último instante antes de colgar la llamada.

No estaba seguro. Daba igual.

Era un hecho extraordinario que aparecieran dos sobrevivientes en un caso como Black Wood, en el cual, por referencia, todo parecía indicar que se trataba de un homicidio, mas no de un secuestro o una simple desaparición. Me pregunté, mientras me vestía a toda prisa en mi habitación, si habría más sobrevivientes como Trey y Kent..., y si entre ellos pudiera estar Hannah Perkins, la sobrina de Wiklund. Después de todo, me dije, la brigada de búsqueda aún no había encontrado su cuerpo.

Había una posibilidad.

El jefe debió llamarme desde su casa, zanjé a la vez que prendía el auto. Quizá acababa de enterarse de la noticia. Margaret debía saberlo también. Aún tenía la duda de si Wiklund le habría dicho de las grabaciones.

En ese momento, mientras me dirigía a la estación, pensé en una de ellas. «Atacaron de noche —decía Hannah, con el aliento entrecortado, en la *sexta* nota de voz—. Nos separamos en parejas para escapar de los hombres de blanco. Al menos, yo logré escapar».

Separarse, en mi opinión, no siempre era el más idóneo de los planes, en eso tenían razón los diálogos de las películas de terror. Con todo, en esta ocasión, separarse había supuesto para algunos una oportunidad de sobrevivir. Enhorabuena. Solo esperaba que el resto hubiera corrido con la misma suerte, si bien era poco probable. «No improbable en absoluto —dije para mis adentros—. Y eso ya es algo». La esperanza es lo último que se pierde, había quien decía.

Yo tenía esperanza.

Llegué a la estación a eso de las «7:15» de la mañana. El lugar estaba tranquilo, aunque, debía reconocer, pululaba más personal del que normalmente se encontraría a esa hora de la madrugada. El aroma a café flotaba en el ambiente, y yo seguí la estela que me conducía al despacho de Wiklund. El imbécil de Martin intentó atravesarse en mi camino, con su estúpida sonrisa. Lo dejé helado con una mirada asesina. «Ahora no, imbécil». Y entré al despacho del jefe.

Si bien no me sorprendió hallar a Wiklund acompañado por su hermana, Margaret, debía admitir que no me esperaba en absoluto ver a Paul Wettington y Matthew Sanders en la misma oficina que el jefe. Me inquietó, pero lo disimulé. Pensaba que Wiklund había prescindido de las labores de Wettington como detective delegado al caso Black Wood.

¿Qué hacía allí? ¿Qué hacían allí Margaret y Sanders también?

—Jeff —dijo Wiklund levantándose al verme en la puerta—. Qué bueno que has llegado. —Hizo un énfasis especial al añadir—: Tan pronto.

—Sí. —Entré al despacho y cerré la puerta a mi espalda—. Vi las noticias.

—Están vivos, ¡vivos! —soltó Margaret, animada (esperanzada, opiné yo), detrás de su hermano. Le brillaba la mirada—. Eso deja una posibilidad.

—Ya te he dicho, Margaret, que no han encontrado a nadie más en el pueblo —indicó Wiklund. Intentaba no sonar severo, estaba claro que no quería llenar a su hermana de ilusiones que pudieran destrozarse tarde o temprano. Le puso una mano en el hombro—. Quizá se escondió en otro lugar del bosque, como me has dicho, pero hasta entonces...

No acabó la frase. Sin embargo, Margaret debió entender lo que aquello significaba, porque asintió y se hizo a un lado.

—¿Sigues de pie, Harcourt? Ven y siéntate —me soltó Wiklund, haciendo una seña para que ocupara el asiento que había entre Sanders y Wetington. Era la primera vez en mucho tiempo que Wiklund me llamaba por mi apellido, y no por mi nombre, como era habitual en la estación, y me sonó ajeno, desconocido, pero a la vez familiar, reconfortante. Lauren solía llamarme por mi apellido cuando estábamos en el trabajo—. Tenemos mucho de qué hablar. Sanders, como muestra, estuvo hasta hace en poco en el Imperial para ver los estudios de los jóvenes, y viene a contarnos cuáles son sus estados.

—Sí —empezó Sanders—. No pude verlos en persona, dado que están en cuidados intensivos y no se les permite visita. Pero pude hacerme con sus historiales médicos. —Exhaló hondo antes de continuar—: Como ya sabemos, ambos tienen un grave cuadro de desnutrición, que está siendo tratado, y el pronóstico es favorable. Por otra parte, sufren de problemas respiratorios y de una copiosa aparición de fístulas en la piel, ambos síntomas causados por las condiciones de la bodega donde se ocultaban. Es probable que en los días siguientes a sus desapariciones, se hayan alimentado de la flora y fauna colindantes al pueblo abandonado, sin apartarse demasiado por temor a ser encontrados.

—¿Por quién? —inquirió Margaret.

Lo supiera si hubiera escuchado las notas de voz del celular de Hannah. Desde luego, Sanders se refería a los hombres de blanco que mencionaba la chica en la sexta nota. Sanders compartió una mirada con Wiklund, que negó con la cabeza.

Sanders prosiguió:

—Bueno, lo último que he dicho es solo una teoría del médico encargado del cuidado de los chicos, que con amabilidad me dio su opinión, aunque yo no se la pedí. Habrá pensado que era un reportero de la CBS. —Encogió los

hombros—. Como fuera. El médico me aseguró que, sin duda, en unos días tanto Byers como Mitchell estarían como nuevos y podrían dar sus declaraciones de lo ocurrido en el bosque.

—Muy bien, Matt —lo apremió Wiklund, serio, aunque en tono afable y un amago de sonrisa—. Es bueno saberlo. Esperemos que los chicos se recuperen mucho más pronto de lo previsto y puedan darnos pistas del paradero del resto.

—Tal vez mañana, jefe —dijo Sanders—. El médico me aseguró que si alguno de los jóvenes tiene suficiente energía para dar su declaración mañana, con gusto les permitirá hacerla; él sabe, o eso dijo, que este era un caso perentorio y no podíamos perder mucho tiempo.

—Un hombre sensato, ese médico —asintió Wethington.

—Así es. —Wiklund frunció el ceño y meneó la cabeza—. Dime, Paul, ¿algún detalle de este caso te recuerda vagamente a los anteriores?

«¿Anteriores?», pensé. Yo aún no entendía por qué Wethington estaba entre nosotros.

—Señor —intervine—. Pensé que Wethington ya no hacía parte de este caso.

Wiklund me miró.

—En efecto —replicó—. Me pareció que Wethington sería un compañero excepcional para ti en este caso y, quizá, para otros futuros.

«De ninguna manera». Miré pasmado a Wethington, que estaba extrañamente tranquilo, como si no le disgustara tanto la idea del jefe como a mí. Además, me sorprendía que Paul no se hubiera manifestado en contra. «Intenta probarme», ultimé. Sin embargo, no le daría el gusto. Me mantuve inexpresivo, a pesar de mi enojo, y guardé silencio.

Con todo, pregunté:

—¿Por qué?

—Wettington ha estado a cargo de las pesquisas de este caso y de otros del mismo tipo por mucho tiempo —me explicó Wiklund—. Además, estuvo involucrado en las investigaciones de la masacre de Lennox y la desaparición de una joven pareja, ambos casos son los más recientes acontecimientos en Black Wood en los últimos diez años.

Soslayé a Wettington, que me miraba con indiferencia, estoico. Pero yo sabía qué se escondía detrás de aquella mirada pétrea. Nada bueno. Aún era el principal sospechoso de haberse colado a mi habitación de paso en Springfield y haberse llevado por alguna razón mi laptop.

Paul Wettington quería llevarse la gloria de un caso mediático y ser reconocido y condecorado por ello, y sabía que esta era una oportunidad irrepetible. «Pero yo estoy en tu camino —pensé—, y no me haré a un lado». Esbocé mi mejor sonrisa.

—Está bien, jefe —dije con desgana—. Supongo que no tengo otra elección. —Hice que pareciera que lo decía medio en broma, pero era todo lo contrario—. Me hará bien recibir apoyo.

El jefe se mostró complacido. Wettington, en cambio, frunció el ceño sin apartar su mirada de mí.

«No puede ser peor que terminar como compañero de Martin Atkins, ¿verdad? Paul no es un imbécil, ni siquiera un tonto. Sabe que yo no seré el mejor compañero. —Sonreí para mis adentros—. Y quizá tenga razón».

Después de la reunión, me dirigí a un pequeño café a dos cuadras de la estación. No quería verle la cara a Paul Wettington después de que el jefe lo designara como mi nuevo *compañero de juegos*, así nos había llamado Lauren cuando Wiklund nos asignó como el compañero del otro.

¿Qué habría dicho Lauren? Estaba pensando en una respuesta ingeniosa, digna de la antecesora de Wettington, cuando alguien me rozó el hombro. Apreté los puños y me volví, tenso. Una parte de mí se preparó para encarar a mi nuevo compañero, suponiendo que me hubiera seguido hasta el café. Me relajé al descubrir que se trataba de Margaret Wiklund. Alzaba sus finas cejas rubias con un gesto de sorpresa.

—Lo siento —barbotó—. No quería tomarte inadvertido.

Inhalé y exhalé. Luego aflojé los puños y la expresión que debía tener mi cara.

—Está bien. —Le indiqué que se sentara en uno de los bancos del mostrador—. Anoche no tuve mucho descanso, y la noticia de hoy me tiene bastante tenso.

—¿A cuál noticia te refieres? —preguntó ella—. ¿A la aparición de los chicos? ¿O a la decisión de Linus?

Su pregunta me pilló por sorpresa, pero lo disimulé.

—Ambas, supongo —respondí con un amago de sonrisa—. Ya veo que eres observadora como vuestro hermano.

—Podría decirte que lo llevamos en la sangre, pero no podría afirmarlo con hechos. —Encogió un hombro, y su gesto indolente me recordó inevitablemente a su pariente—. Solo digo lo que me parece evidente: y eso es que Wettington no te agrada y, por tanto, la decisión de mi hermano ha sido para ti como una patada en el estómago.

«Yo diría que más abajo —me contuve de decir—. Mucho más abajo».

—Te entiendo —siguió Margaret—. El detective Wettington no me genera confianza tampoco.

—¿Por qué lo dices?

Antes de que pudiera responder, el empleado del mostrador se acercó —por fin— y nos tomó la orden. Yo, como siempre, pedí un café negro con poca azúcar. Me sorprendió que Margaret pidiera un capuchino («pensé que no te

gustaba la cafeína», me contuve otra vez de decir) y unos bollos rociados con azúcar glas que había en un aparador cerca de nosotros. Olían deliciosos, logré percibir. Retomamos la conversación donde la dejamos después de recibir nuestros pedidos.

Alcé la taza de café para soplar la humosa superficie y proceder a beberlo. Margaret me miraba extrañada.

—¿Esta vez no piensas echarle vodka? —me preguntó.

Miré el café, confundido, y recordé nuestro primer encuentro. «Esta vez no vine preparado, me temo». Luego volví la vista hacia Margaret y dije:

—No. —Y bebí.

Ella hizo lo propio. Bebió el capuchino.

—Como decía —dijo después—. No confío en Paul Wettington. Cuando estaba delegado a la investigación del caso de Black Wood, la madre de Trey y yo hablamos de nuestras entrevistas privadas con Wettington y ambas estuvimos de acuerdo en que sus preguntas, así como su aptitud y proceder, no parecían encauzadas a develar el paradero de nuestros hijos. —Me miró y curvó los labios—. Ya sé cómo son los detectives: fríos, impasibles, cautos, aparentan no tener emociones. —Inspiró hondo—. Wettington es frío, sí, pero no es inexpresivo, podía ver su desinterés en desentrañar el caso, y no actúa con cautela, pues no tuvo reparos para decirme que debía prepararme para lo peor, y lo peor, me dijo sin más, era quizá que Hannah ya estuviera muerta.

«Así que eso hizo ese hijo de puta». Guardé mi rabia para más tarde cuando encarara a mi nuevo compañero.

—Fue un alivio cuando Linus me contó que te había delegado para continuar con el caso —dijo Margaret con una sonrisa. Era la misma sonrisa que tenía Hannah en la fotografía que conservaba de la chica en el expediente del caso.

Aquella sonrisa me provocó una punzada en el pecho. Bebí un sorbo de café (tenía el absurdo pensamiento de que me infundiría un poco de valor) y saqué mi teléfono del bolsillo de mi pantalón, ante la atenta mirada de la mujer. En el bolsillo opuesto tenía los auriculares que también alcancé con mi mano. Margaret frunció el ceño.

«Puede que me esté jugando el empleo con lo que estoy a punto de hacer —pensé—. No importa».

—Hay algo que debes escuchar. —Le tendí los auriculares a Margaret Wiklund.

—¿Qué es? —preguntó ella, aceptándolos.

—Solo escucha.

Ella se colocó los auriculares y yo busqué los audios mientras le explicaba sucintamente de qué se trataba. Reproduce la primera nota de voz para ella; luego, la segunda, y después, la tercera, y así estuvimos un rato hasta la última. De hecho, la última grabación iba dirigida directamente a ella, lo que provocó que se le anegaran los ojos.

A continuación, guardamos silencio. Al menos, entre nosotros. El café, repleto, bullía tenuemente con las voces de los comensales habituales (y también de aquellos que éramos poco recurrentes). Quise decirle algunas palabras de consuelo cuando ella ladeó la cabeza para que no la viera llorar, pero no encontré las indicadas. Quizá no las hubiera.

Mi celular sonó cuando estaba a punto de poner mi mano en el hombro de Margaret. Ella, con un menudo sobresalto, se quitó los auriculares y me los tendió de vuelta mientras se enjugaba los ojos con el dorso de la mano. Divisé el nombre que relumbraba en la pantalla antes de contestar. «Wiklund».

—¿Sí, señor? —dije con el celular pegado a la oreja.

Mientras Wiklund me informaba de las recientes noticias sobre el caso Black Wood, su hermana, a mi lado, se superponía de la breve pero impactante revelación de las notas

de voz de Hannah. Mi rostro debía ser un poema, supuse, porque ella frunció el ceño en seguida reparó en él.

Cuando finalizó la llamada, me levanté con apuro del banco; guardé en el bolsillo mi celular y, expedito, dejé unos dólares en el mostrador. Con el rabillo del ojo, me fijé que los bollos de azúcar seguían intactos.

—¿Quién era? —quiso saber Margaret.

Debía decirle; de todas formas acabaría enterándose.

—Wiklund.

—¿Qué te dijo?

La miré fijamente.

—Alguien rescató a uno de los jóvenes en la carretera que va hacia Black Wood —informé por fin—. No saben todavía de quién se trata. Pero dicen que intentaba parar un auto mientras soplaba un silbato.



## CAPÍTULO 14

«No sé dónde estoy. Y es probable que no viva lo suficiente para saberlo».

GRABADO POR HANNAH EL 26 DE JULIO,  
CUARTO DÍA EN BLACK WOOD.

Encontramos huellas de sus botas y  
un par de medias (una de ellas llena de sangre)  
bajo un árbol caído; así pues, presumimos  
que este lugar pudo hacer de refugio  
para Hannah durante su recorrido  
hacia la carretera.

Allí estaba. El árbol caído.

Era el mismo donde Nate había encontrado pedernal, el primer día de la excursión. El tronco era robusto, con un radio de unos 3 metros; en otros tiempos, cuando estuvo erguido, debió alcanzar la altura típica —entre 40 y 60 metros— de un cedro californiano. Cuando Hannah lo avistó, supo que no estaba tan mal encauzada después de todo.

«Voy por el camino correcto —pensó mientras se dirigía hacia el árbol caído—. La senda que me llevará a casa». Sentía como sus propios labios se le ensanchaban en la cara hasta más no poder. Pero aquella momentánea alegría se ensombreció cuando recordó que estaba sola.

«Debo ir por ayuda. Debo llegar a la carretera».

El tronco estaba echado sobre una elevación de tierra. Con el tiempo se había cubierto de enredaderas y muchos otros bejucos que le daban una apariencia aterradora. Stacy lo había comparado con un gigante acostado en posición fetal. En su momento, Hannah le había dado la razón para sus adentros. Jordan se había reído de la igualación de su novia, y había dicho con tono irónico: «Sí, claro. Un gigante que podría despertar en cualquier instante y tragarnos a los seis de un bocado. —Volvió a reír y añadió—: Nate, te desafío a entrar a la boca del gigante».

Nate aceptó. La vegetación que había crecido sobre el árbol lo había convertido en una especie de cueva tenebrosa, o así la había descrito Nate. Además, dijo también, el árbol cubría de igual forma una oquedad en la elevación de tierra, lo que apoyaba su aserción. Ahí dentro encontró el pedernal, que, al final, no llegaron a utilizar dado que Jordan había traído una cajita de cerillos, si bien para su uso personal. Aquel día, nadie más se atrevió a adentrarse en la boca del gigante.

Nate fue valiente. Ella, decidió, también lo sería.

Se aproximó a la cortina de enredaderas que pendía del tronco con relucientes hojas verdes cubiertas por el rocío de la mañana. Introdujo una mano y corrió una parte para mirar. Dentro, no todo era oscuridad. La luz del día lograba atravesar en sesgos la corteza y las ramas, las hojas y los pequeños resquicios, confiriéndole un efecto de tenue iluminación; además, olía a fresco, tierra húmeda y plantas, y había pedernal, en pequeñas cantidades, esparcidas por el suelo.

Ojalá Nate estuviera allí, deseó. Con ella. Y Stacy, Jordan, Trey y Kent. Ojalá todos estuvieran en la boca del gigante, a salvo, cada vez más cerca de casa. Hannah se recostó en una pared de tierra y cerró los ojos.

Una punzada en el pie izquierdo le hizo abrirlos de nuevo. Se sacó la bota y, con cuidado, retiró el par de medias, manchadas de sangre y pus. En el transcurso de la noche y la mañana le habían salido dos ampollas (una en la yema del pulgar, la otra en la planta del pie) a causa de la huida incesante. Su inminente encuentro con el oso debió hacer que le explotaran, y aun así había continuado su camino. Punzaban. Hannah contrajo el rostro, tanto por el olor que desprendían como por el dolor que le provocaban.

El otro pie también le ardía por debajo. No obstante, cuando se quitó la bota y las medias para ver si tenía más ampollas de las que preocuparse, solo halló un pie enrojecido y un tobillo hinchado por el esfuerzo. Debía descansar. «Solo un poco —se dijo, cansada. Volvió a cerrar los ojos—. De lo contrario no llegaré lejos cuando salga de aquí».

Nada más juntar los párpados, el recuerdo de la noche anterior destelló en la oscuridad. Nate enfrentándose al atacante. «¡Corre!», le había gritado una y otra vez. Hannah supo que estaba llorando cuando sus lágrimas tocaron sus labios y percibió el sabor salobre abriéndose paso a su paladar. «Todo es mi culpa, sí, no debimos venir aquí en primer lugar». La afligía no haber sido sincera desde el principio. «Debí contarles de la masacre. De las desapariciones. De las historias alrededor de Wesonga Flats». Sabía quiénes eran los hombres que los atacaron la noche anterior. O al menos sabía por qué estaban allí.

Ellos cometieron la masacre de Lennox. Ellos asesinaron a ese grupo de estudiantes y desaparecieron a muchos excursionistas a los largo de los últimos sesenta años. Inclu-

yendo, ciertamente, al nieto de la anciana que Trey y Kent conocieron en Springfield hace cuatro días. Estaban allí para sacrificarlos.

«Todas las historias son reales. —Se enjugó las mejillas con el dorso de la mano—. Qué tonta he sido. Soy cómplice de la muerte de Nate». Era posible que también tuviera manchadas las manos con la sangre de Stacy y el resto.

Metió la mano en el cuello de su camisa y sacó el silbato que le entregó su madre. Ya no estaba tan frío como en un principio, notó al frotarlo con sus dedos. Estaba más cálido, tibio, dado a los últimos acontecimientos. Al acariciarlo, intentaba buscar un poco de consuelo.

Su madre no avisaría a las autoridades hasta haber pasado los seis días. Y apenas estaban en el cuarto. Naturalmente, Hannah no podía confiar en que pasara este tiempo para que llegara la ayuda. Por ello, debía llegar a la carretera y pedirla ella misma. Era la única oportunidad que tenía... Que tenían, mejor dicho, ella y sus amigos para escapar con vida. Al menos, quería hacer esto bien. Algo a lo que aferrarse por el resto de su vida.

Allí, en la tenue oscuridad, Hannah sacó su celular y grabó otra nota de voz.

«Hannah tenía razón —fue el primer pensamiento coherente de Stacy—. Debí escucharla. Debí traer las malditas botas como ella dijo». Quizá aquello habría impedido que su tobillo se torciera al pisar un bache mientras huía del hombre de blanco que la seguía. El desgraciado logró darle alcance. Ella tuvo una oportunidad de escapar y no la aprovechó. «Jordan está muerto. —Su novio había caído a sus pies con un hacha en la espalda y el horrible recuerdo la acompañó mientras era llevada a algún lugar—. Yo estaré muerta pronto». Incl-

nó la cabeza a un lado y a otro para secarse las lágrimas con el hombro.

Su mente estuvo desvaneciéndose una y otra vez mientras uno de sus captores (debía ser un hombre bastante fuerte) la llevaba en su hombro, atada de pies y manos. Por entonces no estaba en sus trece: no tenía noción del tiempo, el espacio o de lo que estaba ocurriendo. El golpe que recibió en la cabeza cuando pisó el bache y el suelo se alzó a su encuentro, la dejó inconsciente. Ahora, estaba totalmente consciente de lo que había pasado. Su mente ató cabos en una fracción de segundos.

Ladeó la cabeza al escuchar el rumor de una corriente de agua. El árbol al que la habían atado estaba a un lado del arroyo Black Oak, sí, el mismo donde Jordan y Kent habían llenado los envases de agua.

Al volver la mirada, sintió un agujijonazo en la cabeza. Gimió y contrajo el rostro.

—Has despertado —dijo una voz aguda y amortiguada—. Finalmente.

El individuo era uno de los hombres de blanco. Naturalmente llevaba puesta la túnica albina, embarrada de lodo en el borde que tocaba la tierra, y sangre a la altura del pecho. La sangre de Jordan. A Stacy la invadieron las ganas de llorar, de gritar a todo pulmón. «Hazlo y morirás», dijo la voz de Jordan en su cabeza. Se contuvo. El sujeto llevaba la misma hacha con que le había dado muerte a Jordan; la sostenía con una mano en la parte baja del asidero y la apoyaba en su hombro derecho. Su postura era algo desenfadada y campechana.

Tras él, Stacy miró a otros tres sujetos vestidos de blanco y con las capuchas puntiagudas caladas. Uno de ellos, el más alto, que estaba rodeado por los otros dos, parecía mirarla fijamente a través de los agujeros en su vestidura. Ojos negros. «Debe ser Wesley —se dijo—. Apostaría lo

que fuera». Pero si esto era cierto, y los otros dos eran Rick, el desdentado, y Chris, el joven lascivo que había intentado acercársele, entonces ¿quién era que el hombre que tenía en frente con el hacha?

Un ramalazo le cruzó la sien cuando trató de enderezarse para encarar al desgraciado.

—Asesinaste a mi novio —gruñó ella con los labios apretados. Luego gritó—: ¡ASESINASTE A JORDAN!

Su voz potente se esparció por el bosque y algunos pajarillos (quizá turpiales gorjeadores) salieron volando de sus nidos entre las copas de los árboles. Si esto sorprendió al hombre del hacha o a sus compinches del fondo, observó Stacy consternada, estos no dieron muestra de ello.

—Verás —repuso el hombre del hacha—. Aunque me veas tan fuerte en este momento, no soy el que más como tu novio. Tuve que hacerlo si quería llegar a ti. —Giró el asidero del hacha sobre su hombro y suspiró con un gesto dramático—. Debo reconocer que me cayó bien cuando nos conocimos en Springfield. Digo, es del tipo de chico que me habría hospedado en la secundaria, pero durante nuestro breve instante en la tienda se comportó como un verdadero amigo. Fue la primera vez que alguien como él me trató amablemente, debo admitir. —Volvió a suspirar, encogió un hombro y añadió—: Quien sabe, tal vez solo era amable por el servicio que le estaba prestando.

Bajó el hacha con soltura y la dejó colgando a un costado de su cuerpo.

—Debo decirte que los he estado vigilando —siguió—. Nosotros —puntualizó haciendo un gesto amplio con el hacha para señalar a los tres—. Tú y tu novio sí que saben cómo aprovechar el tiempo para liarse. Al igual que los maricas, que, por cierto, aún no los hemos encontrado. ¿Tú sabes dónde podrían estar?

La apuntó con el hacha; la hoja tenía sangre seca en el borde cortante.

Ella negó con la cabeza rápidamente.

—Si supieras no me dirías tampoco, claro está. Son tus amigos, y yo solo soy el asesino de tu novio. Pero no te preocupes, dulzura, los encontraremos. Nadie escapa de la maldición de Black Wood. Tus amigos debieron hacerle caso a la anciana. «La noche en Black Wood no pasarás, si tu alma no quieres entregar». —Sonrió—. Debieron escucharla.

Soltó el hacha, que golpeó el piso con un sonido ahogado. Stacy dio un respingo.

—Supongo que Hannah no te contó de las historias que rondan este lugar, ¿cierto? —Se acercó a Stacy y se inclinó para que los agujeros que insinuaban sus ojos, relucientes en la oscuridad, estuvieran a la altura de su mirada—. No te contó de la masacre, ¿cierto?, de los desaparecidos, de los muertos. —Extendió una mano hacia el mentón de Stacy si bien ella se debatió—. De todos los muertos que ha habido y habrá en este bosque.

«¿De qué demonios está hablando?», pensó Stacy, confundida, asustada.

—¿Quiénes son? —soltó en cambio—. ¿Qué quieren?

El hombre se levantó y recuperó el hacha.

—¿Qué queremos? —repitió—. Queremos sangre. Queremos a Hannah Perkins.

La última parte del recorrido la estaba haciendo sin ayuda del mapa en su celular. Había empezado a reconocer ligeros detalles en el entorno a medida que se alejaba del árbol caído, hacia el este. Miró la hora en el celular. «13:20». El sol brillaba vigorosamente en un cielo azul despejado. Antes de partir se había quitado un par de medias, las que estaban más cala-

das por la sangre y el pus que manaron de las ampollas en su pie, y había conservado el otro par. Respiró profundamente.

Ya no dolía tanto. Aun así, debía reconocer, cada paso que daba suponía un brevísimo suplicio al apoyar la planta del pie derecho para impulsar el siguiente paso. Debía continuar. No podía decaer. Sus amigos contaban con ella. «Soy su única esperanza». Y estaba a poco de lograrlo. Hannah volvió a respirar hondo y se forzó a dar un paso más.

—Hannah.

Ella se detuvo en seco. Aquella voz la conocía. Hannah se volteó despacio y confirmó sus sospechas. El viento sopló entre las copas de los árboles y agitó sus hojas.

—¿Nate? —Apenas daba crédito—. ¡Nate! —Sí era él.

—¡Hannah! —Nate corrió hacia ella—. ¡Hannah, soy yo!

«Lo sé», estuvo a punto de decir ella, pero entonces sus cuerpos colisionaron y se aferraron en un apasionado abrazo; después, en un beso más apasionado aún, cuando Nate la tomó por las mejillas con dulzura y atrajo sus labios a los suyos. Luego apartó un poco la cabeza y la miró. Ella hizo lo propio. Nate tenía varios rasguños en la cara, sobre todo en la frente; un verdugón purpúreo en el pómulo izquierdo, y el labio inferior partido con sangre seca en la herida. Su ropa estaba manchada de sangre y ceniza, y quemada en algunas partes, dado que rodó cerca de la fogata mientras luchaba contra uno de los atacantes de blanco.

Sonriente, Nate la tomó por los hombros y la besó de nuevo con furor y dicha.

—Nate —empezó Hannah, los ojos atiborrados de lágrimas—, creí que no lo habías logrado.

—¿A qué te refieres? —La miró atentamente—. ¿Creíste que había muerto?

Ella asintió. Una lágrima se desbordó de su ojo y descendió por su mejilla.

—Estamos vivos, Hannah —dijo Nate—. Y eso es lo único que importa.

—No —objetó ella—. Nuestros amigos. Siguen en peligro. Debemos llegar a la carretera.

—No.

«¿Qué?». Frunció el ceño.

—¿No? —repitió ella.

—Sí. —Nate resopló y cambió el peso de una pierna a la otra. En ese momento parecía más lúcido, como si las heridas que sufrió no lo afectaran en absoluto. Añadió—: He dicho que no. Nadie irá a la carretera o saldrá de este bosque.

—¿Por qué? —preguntó Hannah dando un paso atrás—. ¿Qué sucede, Nate? Me estás asustando.

—No quiero asustarte, Hannah. Tranquila. Debes venir con nosotros para que puedas entenderlo.

—¿Nosotros?

—Sí. —Y señaló hacia los árboles de la redonda con un amplio gesto con el brazo—. Nosotros.

Ellos salieron detrás de los árboles. Eran los hombres vestidos con túnicas blancas. Había más que la noche anterior, calculó Hannah para sus adentros. Muchos más. Su corazón empezó a latir velozmente. Ellos comenzaron a acercarse. Hannah intentó correr, pero una mano se cerró en su muñeca a una velocidad increíble. Nate la miraba con sus profundos ojos azules, insondables. Ella no lo entendía.

—Nate —preguntó con voz febril—. ¿Los conoces?

Él la miró un instante.

—Sí —respondió al cabo—. Yo soy uno de ellos.

Hannah sintió como si la hubiesen pateado en el estómago con una fuerza tremenda. «No puede ser —pensó—. Está mintiendo». Sin embargo, Nate se mantuvo firme, en silencio. Un círculo blanco se cerró alrededor de ella, cortándole la respiración... y también el camino a casa.





## CAPÍTULO 15

Margaret Wiklund era insufrible cuando quería, como no tardé en descubrir. No pude evitar que me siguiera al hospital después de enterarnos que habían hallado a otro sobreviviente. La noticia ya era comidilla de los medios; si bien aún no se había difundido la identidad o el sexo del joven en cuestión, fuentes aseguraban que detuvo un auto en la carretera cercana a Black Wood soplando un poderoso silbato.

El jefe me pidió, en la llamada, que no diera aviso a su hermana de esta noticia; al menos, puntualizó él, hasta que se confirmara la identidad del joven.

Yo no pude evitarlo. Después de mostrarle las notas de voz del celular de Hannah y verla llorar tras oír la última, fue imposible para mí reunir la fortaleza y voluntad necesarias para quedarme callado. «Eres un sensible, Harcourt —me habría dicho Lauren—. No olvides que eres un oficial de la ley, y debes comportarte como tal». Habría tenido razón, desde luego. Pero yo había hecho una promesa y no estaba dispuesto a romperla.

Con todo, sabía que Wiklund no iba a estar contento cuando supiera que desobedecí su orden y que además permití que Margaret me acompañara al hospital, el mismo en el que estaban internados Trey Byers y Kent Mitchell.

Cuando llegamos, nos hallamos con el parking y los alrededores del hospital cercados por una multitud de periodistas que dispararon sus flashes contra nosotros al avistar a la madre de Hannah Perkins, uno de los tres jóvenes que aún continuaban desaparecidos. Intentaron hacernos preguntas: «¿Se trata de su hija Hannah? ¡Señora Wiklund! ¿Viene a apoyar a los padres de Trey Byers y Kent Mitchell? ¿Es su hija la que está allá adentro? ¿Detective, cómo avanza la investigación? ¿Quién cree que esté detrás de estas desapariciones? ¿Se trata de la misma secta que atacó hace cinco años?», y cosas por el estilo.

No respondimos. Resguardé a Margaret con el costado de mi chaqueta y apuramos el paso hacia el interior del hospital a través de la puerta principal, escoltados por guardias de seguridad y Paul Wettington.

Este había surgido de entre la multitud seguido por el personal del hospital para rescatarnos de la bataola de periodistas. En otras circunstancias se lo habría agradecido, pero, al ver su rostro, supe que él no quería las gracias de mi parte. «¿Qué diablos hace ella aquí?», decía su mirada.

—Sígueme —se limitó a decir con los labios apretados, y echó a andar.

Margaret y yo cruzamos una mirada y apuramos el paso en pos de Wettington. Atravesamos un largo y resplandeciente corredor blanco sin decirnos una palabra. Por lo visto, no era el momento para hacer la pregunta del millón de dólares. Por mi parte, estaba casi seguro de que Paul ya lo sabía. Extraño, pensé, que no se haya regodeado de tener aquella información. Me fijé que la línea de sus hombros estaba muy tensa.

Entramos a una salita de estar. Allí aguardaban los padres de cinco de los seis jóvenes perdidos. Margaret completó el grupo de seis con su llegada. De inmediato, se acercó a la madre de Trey Byers, con quien era más cercana, y la abrazó. La señora Byers (o, mejor dicho, Purcell, dado que se había divorciado del señor Byers hace varios años) le devolvió el gesto y sollozó un breve instante en su hombro. Cuando se separaron, vi el momento de acercarme. Una mano cayó en mi hombro y me detuvo.

Miré a Wethington.

—No se trata de Hannah Perkins —me dijo—. Ella no debería estar aquí. —Desvió la vista hacia Margaret—. Wikkund se rabiará cuando lo sepa.

Apenas le presté atención a las últimas palabras; las primeras, al contrario, seguían bullendo en mi cabeza como una tormenta en extramuros. Miré a Margaret. «Debe ser ella —me había dicho en la cafetería, tras recibir la noticia; exultante de esperanza, había tomado mi mano y había agregado—: ¡Llevaba el silbato, debe ser ella!» Entonces tenía luceros bailándole en los ojos. «Ciertamente, no aparece en su lista; fue un obsequio de último momento. Que no esté entre sus cosas quiere decir que, quizá, aún lo lleve consigo». Cuando ella miró en mi dirección (la señora Purcell, supuse, debía estar dándole la noticia), no había una sola estrella en sus ojos. Ninguna luz.

—Pero si no es Hannah —farfullé en voz baja—, entonces ¿quién es?

A mi lado, Paul Wethington cambió su peso de una piedad a la otra y suspiró levemente.

—El joven Feeney —informó—. Al parecer, el silbato que usó para parar el vehículo que lo trajo al hospital pertenecía a Hannah Perkins, su novia. Fue todo lo que dijo antes de que el doctor nos hiciera salir a mí y a sus padres de la

habitación. El chico está bien, pero, según el doctor, debe descansar para recuperar fuerzas; y a diferencia de los otros dos chicos, este podría testificar más pronto de lo esperado.

Puse mi atención en los Feeney, que hablaban con los señores Mitchell. Había intentado en los días siguientes a mi designación al caso Black Wood hablar con ellos, pero estos nunca estaban en casa (estuve en su vecindario unas tres veces en los últimos días sin tener éxito); también los llamé, obteniendo el mismo resultado que con las visitas. Empecé a sospechar que estaban evitándome. Pero allí estaban, y no por mí precisamente, sino por su hijo. Debería acercarme.

—El silbato —dije con cautela, dirigiéndome a Paul—. ¿Te dijo cómo lo obtuvo?

—Sí. —Paul carraspeó—. La chica se lo entregó antes de que se separaran la noche del ataque.

La señora Feeney, una mujer alta y de cabello castaño oscuro, miró en mi dirección.

—¿Cuándo nos dejarán verlo? —le pregunté a Paul la-deando la cabeza para que la señora Feeney no pudiera leer mis labios (esto si sabía hacerlo). Había algo raro en su mirada. Quizá acercarme en este momento no era buena idea, resolví.

—Más tarde, Harcourt —dijo Paul—. El doctor Cho, al cuidado de Nathaniel Feeney, nos comunicará cuándo podemos entrar a su habitación. Eso sí, sus padres deberán estar presentes, dado que Nate es menor de edad. —Suspiró—. Por lo pronto, solo nos queda esperar.

Así pues, soltó otro suspiro y se alejó hacia un pasillo contiguo. Me quedé con las ganas de preguntarle qué sabía sobre los otros dos chicos. Quizá yo mismo podría preguntárselo a Margaret, que se aproximaba.

—No es ella —dijo situándose a mi lado—. Se trata de Nate.

—Ya lo sé.

—Llevaba el silbato..., el silbato que le di.

—Sí. —No sabía qué más decir—. Lo lamento.

—Aún no lo entiendo. ¿Por qué él llevaría el silbato que le di a Hannah?

La miré.

—Hannah se lo dio —dije—. Al parecer, ambos se separaron la noche del ataque en el campamento. Ella era la mejor oportunidad para llegar a la carretera y obtener ayuda. Quizá Nate se inmoló para que lo consiguiera, haciendo de él una distracción. —Resoplé, interrumpiéndome al caer en la cuenta de lo que estaba diciendo. No solía compartir mis hipótesis en voz alta—. No lo sé —añadí—. En unas horas, cuando Nate despierte, lo descubriremos durante su declaración.

—¿Puedo estar presente? —soltó Margaret.

Yo sabía que me haría esa pregunta. Negué con la cabeza.

—No creo que el jefe te deje entrar. Él viene en camino.

Margaret no insistió. Guardaron silencio un instante mientras mirábamos al grupo de padres que estaba reunido en la salita de estar, acondicionada especialmente para ellos.

—Jamás había visto a los padres de Nate —comentó Margaret en voz baja—. Cuando intenté acercarme a ellos, la señora Feeney me echó una mirada asesina que me dejó helada en el mero acto. Deben culparme por haber dejado que Hannah planeara este viaje y se llevara a su hijo consigo.

—Pero no es tu culpa —dije sin pensar—. Nadie tiene la culpa de lo que pasó.

Margaret suspiró. Por lo visto, mis palabras no lograron darle consuelo.

—Margaret —dijo una conocida voz gutural al otro extremo del pasillo.

El jefe había llegado.





## CAPÍTULO 16

«Si no logro llegar pronto a la carretera, estaremos muertos. Todos nosotros».

GRABADO POR HANNAH EL 26 DE JULIO,  
CUARTO DÍA EN BLACK WOOD.  
Hannah nunca llegó a la carretera.

—¿Por qué?

Hannah profirió, sin más, la pregunta que llevaba acosándola largo rato.

Andaban a través del bosque por la misma senda que ella había recorrido para llegar a la carretera. Ocho hombres de blanco iban con ellos: tres los precedían, y cinco iban en pos y a los lados, para evitar cualquier intentona de Hannah por huir. Pero ella no podría huir aunque quisiera, ciertamente. Le habían atado las manos y los tobillos con cuerdas de cáñamo que le mordisqueaban la piel cada vez que se movía.

Hacía unos quince minutos que pasaron el árbol caído. Hannah había dejado en la boca del gigante un par de medias

llenas de sangre y pus de las ampollas que le salieron en la huida. Al menos, pensó, encontrarían un pequeño vestigio de su paso por ahí, que era más de lo que habían descubierto de otras víctimas en años previos en el bosque.

Ninguno de sus captores hablaba o, siquiera, se quejaba con sus pares. Era evidente, opinó Hannah, que no era la primera vez que hacían esto: perseguir a su víctima por el bosque y luego llevarla en silencio hacia donde fuera que harían el sacrificio. A lo mejor habría mujeres entre ellos. «Nunca lo sabré». Inspiró hondo y se forzó a seguir avanzando (además, tenía que dar pasos cortos para no tropezar con la cuerda que enlazaba sus tobillos, por lo que no debía distraerse).

Nate no había respondido a su pregunta todavía, si bien ella no había esperado que él lo hiciera dado el luctuoso semblante que llevaba en la cara desde su encuentro. Para Hannah había sido un duro golpe enterarse que Nate formaba parte de la secta satánica que ideaba matar a sus amigos. Hacía un auténtico esfuerzo para no llorar.

—¿Por qué? —soltó de nuevo, llevada por la rabia, el dolor, la pena. Se detuvo.

Nate se volvió y la tomó por el brazo, sin mucha fuerza; la instó a caminar mientras la miraba fríamente con sus mortales ojos azul hielo. Hannah, por su parte, se refrenaba con los talones, no estaba dispuesta a continuar hasta obtener una respuesta. Dos hombres de blanco se acercaron a sus costados, preparados para llevarla en brazos de ser necesario, pero Nate se los impidió con una mirada. Ellos cesaron.

—Te diré por qué —habló por fin Nate—. Sigue caminando.

Hannah avanzó a regañadientes. Nate aún tenía la mano puesta en su brazo; ella no sentía afecto alguno, aunque tampoco frialdad; pero, de cierta forma, pensó Hannah,

estaba cuidándola a pesar de las circunstancias. Se sentía vagamente protegida, sí, y quizá esto no fuera por mucho tiempo.

—La masacre de Lennox —empezó Nate. Su voz no temblaba; en cambio, sí el brillo de sus ojos—. Yo fui el único sobreviviente. «El chico que logró escapar», me llamaban los diarios. Pero yo no escapé.

—¿Qué? —soltó quedamente Hannah, que no daba crédito a las palabras de Nate.

—Yo no escapé —repitió él—. Ellos me dejaron ir.

—¿Por qué?

—Porque no pueden dañar al hijo de uno de sus miembros. Mucho menos —añadió—, al chico que obtiene a las víctimas para sus rituales.

«Sus padres —pensó Hannah—. El señor y la señora Feeney». Volvió la cabeza. Quizá estaban entre ellos, pero no reconoció sus ojos a través de los agujeros en las capuchas de los hombres de blanco que los seguían. Quizá los que iban al frente...

—No están aquí —profirió Nate—. Mis padres están en Salem. Deben guardar las apariencias.

Lo dijo con tanta naturalidad como si hablara del clima o de la contundente victoria de los republicanos en las últimas elecciones. Hannah sintió un escalofrío rectándole por la espalda, el frío roce de la muerte en el cuello, tal vez. Aquel no era el chico del que se había enamorado. Ni siquiera lo conocía.

Era un asesino.

Nate debió ver los pensamientos que cruzaban su cabeza en la expresión de su rostro, porque un amago de sonrisa revoloteó en sus labios.

—Sé lo que estás pensando, Hannah. Tus ojos reflejan muy bien tus pensamientos.

—Eso debe ser un cumplido. Me alegra no ser tan buena mentirosa como...

—¿... cómo yo? —atajó Nate con una sonrisa. Luego añadió—: De hecho, Hannah, no lo haces tan mal. Te recuerdo que es gracias a ti que Stacy y los otros estén atrapados en este bosque maldito. En una ocasión me dijiste que ocultar la verdad equivalía a mentir, aunque la mayoría opinaba lo contrario, ¿recuerdas?

Hannah maldijo para sus adentros. Lo recordaba.

Nate debió ver en su rostro que sí. Continuó:

—Bueno, pues si alguien ha sabido ocultar la verdad todo este tiempo has sido tú, Hannah. —Sonrió—. Yo solo he embellecido tu silencio.

Ahora lo entendía todo, meditó Hannah. Nate se había estado comportando extraño desde que llegaron al bosque; incluso desde antes. ¿Cómo no lo advirtió? Nate tuvo la idea de llevarla al bosque desde que ella le contó sobre el último y memorable paseo con su padre antes de su muerte. Nate le metió la idea en la cabeza e hizo que pensara que se le había ocurrido a ella. Y la había manipulado, además; fue su idea que invitase a Kent y Trey; «una expedición en parejas», había dicho.

—¿Por qué no también a Stacy y a Jordan? —había propuesto ella. Qué tonta.

—Pensé que Stacy odiaba acampar. —De pronto, Nate se había reído de modo picaresco—. Pero sólo tú podrías convencerla, ¿no? Ella te lo debe. Después de todo, fue gracias a ti que sus padres le permitieron ir al Spring Break del verano pasado. ¡Y lo pasamos a lo grande! —Con otra sonrisa, más vil que picaresca, agregó—: Stacy no lo habrá olvidado.

Entonces logró convencerla de que la mejor forma de persuadir a Stacy y a sus amigos de acompañarlos al viaje era ocultándoles la verdad.

Continuaron en silencio. La luz de cielo se había vuelto opaca a medida que pasaban las horas. El canto de los turpiales y otras avecillas y el rumor del viento revoloteaban en sus oídos como una melodía lenitiva que sosegaba sus temores. Ella aún no sabía hacia dónde la llevaban. De algo estaba segura, marchaban hacia el lugar de su muerte.

El grupo se detuvo para hacer un breve descanso. Algunos de los hombres de blanco se alejaron para hablar sin ser oídos por la chica; otros se alejaron aún más para sacarse las picudas capuchas sin ser vistos. Hannah y Nate se apartaron del resto, si bien no lo suficiente para perderse de vista.

—¿Todo fue mentira? —soltó ella—. ¿Que viviste en Colorado? ¿Tú hermana muerta?

—No todo. —Nate inspiró y, haciendo una visera con la mano, miró al cielo—. Viví en Aspen, Colorado, durante un año y medio después de la masacre de Lennox. Mis padres pensaron que lo mejor era alejarnos de la vida pública durante un tiempo. Colorado era el lugar perfecto. Allí también hay bosques tan vastos como los de Oregón —afirmó—. Aunque ninguno de ellos iguala la luctuosa reputación de Black Wood.

Con esto, quería decir que la secta también cometió crímenes en otro estado, reflexionó Hannah. Se estremeció.

—En cuanto a mi hermana —siguió Nate en todo despectivo—. Nací un año después de su muerte en el vientre de mi madre. Ella le entregó su tierno y puro cuerpecito a nuestro señor Satán como una ofrenda para que el siguiente fuera un niño más saludable, más fuerte. Y heme aquí.

Sonrió de oreja a oreja.

—Sí —suspiró Hannah, cabizbaja—. ¿Y qué hay de nosotros? ¿También era una mentira? ¿Solo me utilizaste?

La sonrisa se desvaneció del rostro de Nate.

—Sí —dijo tardío, ladeando la cabeza para ocultar que lo había tomado por sorpresa; sin embargo, ya era tarde—. Al

principio, sí era mentira. Nunca había estado enamorado, no creía incluso en el amor. Anoche...

Giró la cabeza y la miró directamente a los ojos. Hannah sintió que se le encendía las mejillas al recordar la noche anterior. Hicieron el amor tres veces. Se besaron con una intensidad con la que no lo habían hecho antes. Ella, una niña estúpida y enamoradiza, había pensado que era el mejor momento de su vida.

—Estaba equivocado, Hannah —dijo Nate—. Muy equivocado.

Se miraron largamente. Hannah no estaba segura de creerle. «Si me ama, ¿por qué no me dejó ir?».

Nate desvió la mirada. Hannah hizo lo propio y, acto continuo, se tensó al mirar que uno de los hombres de blanco se acercaba. Era el más alto y fornido del grupo, advirtió, o al menos eso era lo que aparentaba con el atuendo que llevaba puesto. Traía algo en las manos.

Nate se adelantó. Hablaron en voz baja. Hannah no entendió una sola palabra; sin embargo, no apartó la mirada de los ojos que asomaban a través de los orificios en la capucha. Hannah lo reconoció casi al instante; el corazón empezó a latirle a toda prisa en el pecho. «Wesley». Apenas pudo controlarse.

Estaba segura de que se trataba del cazador. No habían estado tan equivocados al no fiarse de ellos. Se preguntó si el desdentado Rick y el joven Chris estarían entre el resto. Probablemente. Hannah respiró hondo y apartó la mirada, antes de que el hombre advirtiera que lo estaba observando con aquella rara fijeza. Debía tranquilizarse.

Wesley le entregó algo a Nate y se alejó.

—Debemos continuar —anunció Nate, serio, cuando regresó con ella.

—¿Qué es eso? —quiso saber Hannah, mirando lo que el

chico llevaba en las manos. Nate desdobló la túnica blanca para que ella pudiera verla.

—Es para mí —le explicó—. Así no podrá reconocirme. Hannah frunció el ceño.

—¿Quién?

Stacy gimió. Tenía el tobillo hinchado, e incluso echarse un vistazo le resultaba doloroso. Habría querido masajearlo, pero el modo en que tenía atados los brazos y las piernas le impedía llegar hasta él como quería. Gemía para atraer la atención de sus captores, que hacía una hora se habían dado a la tarea de levantar un par de tiendas de campaña junto al arroyo. Eran tan grandes como casas modulares.

Quizá, si hacía una buena interpretación de una chica dolida e indefensa (lo que no era un problema en vista de la situación), podría conseguir que le echaran una mano sin tener que pedir por ello a los malditos psicópatas que la habían amarrado al árbol en primer lugar.

Había notado que no hablaban cerca de ella. Al menos, los tres que se encargaban de levantar las tiendas; el cuarto, que hacía de ojo avizor, le había hablado varias veces, e incluso le había dado indicios de su identidad. Si él había hecho eso, concluyó Stacy con un estremecimiento, era porque sabía que ella no iba a sobrevivir aquella noche para contarle al resto del mundo dónde podrían encontrarlo. Ella no lo conocía; en cambio, Jordan sí. Lo conoció en la tienda de Springfield donde se detuvieron para adquirir la marihuana.

Se le hizo un nudo en la garganta al pensar en su novio. Uno de los hombres de blanco había arrastrado su cadáver por las manos, pasándolo ante ella para que pudiera verlo; después, lo dejó a su suerte detrás de unos sotos. «Lo pondremos aquí para que la fauna del bosque se alimente de él»,

había dicho, regocijándose, el empleado de la tienda de Springfield. Maldito sea. Al ver como Stacy se ponía a llorar histérica, había añadido: «Con suerte, nos ayudará a espantar al oso que ronda cerca. Un oso negro venido de los infiernos». Y se echó a reír.

Aquella risa aún la acosaba en el pensamiento. Stacy lo maldijo en su fuero interno una vez más.

Jordan estaba muerto, no había nada que pudiera hacer por él, pensó con indolencia. En cambio, ella aún estaba viva, y debía buscar una forma de escapar de ese lugar. Sería difícil, sí, aún más con el tobillo vuelto una pelota de carne rojiza. Debía bajar la hinchazón. Volvió a gemir.

Y de nuevo. Asimismo le dolía el trasero y sentía las piernas entumecidas por la falta de movimiento. La cuerda de cáñamo —bien ajustada, de hecho— le hería la piel cada vez que hacía un movimiento, por más ligero que este fuera. Gimio. Debía parecer auténtico. En efecto, así era.

A varios metros, uno de sus captores profirió un gruñido y otro indicó algo («yo me encargo») en voz baja antes de encaminarse hacia la chica *aporreada*. Stacy soltó otro gemido, a modo de celebración, al ver que su rimbombante actuación había surtido efecto.

El hombre que se acercó era el más bajo y menudo del cuarteto. Quizás fuera también el más joven. Quizás, incluso, fuera una chica. Se paró ante Stacy y la miró desde arriba, con las manos apoyadas en la cintura. Debía ser su forma sigilosa de preguntarle qué le estaba sucediendo, intuyó Stacy, de manera que ella procedió a explicarle.

—Mi tobillo —dijo lacónica, y añadió con un gemido—: Duele.

El hombre (o mujer, en todo caso) se inclinó con apuro, como si de verdad le preocupase su bienestar, y le examinó el tobillo. Stacy aprovechó aquel momento, sin abandonar su

admirable actuación, para mirar aquellos ojos que asomaban a través de los agujeros de la capucha en punta.

—¿Aquí? —preguntó el hombre, tocándole la curva hinchada del tobillo.

Stacy pegó un bote, gimiendo de auténtico dolor. Esto le sirvió para disimular su sorpresa al reconocerlo. Ella había jurado que no olvidaría aquellos ojos. Y así era: se tragó toda su ira, su temor, su asco. Debía comportarse como una actriz profesional, se dijo, debía mantener el personaje. ¡Vaya si que era difícil! Inhaló hondo, y exhaló.

El hombre empezó a masajearle el tobillo, pese a sus protestas y quejidos de dolor, haciendo círculos con las yemas de los dedos y presionando. Tanto el daño como la hinchazón terminaron por remitir al cabo de unos minutos, y Stacy recostó la cabeza contra el árbol, aliviada, entrecerrando los ojos. El hombre (ahora estaba segura de su sexo) continuó masajeándola, pero ella notó que sus dedos se iban deslizando hacia arriba, pasando por sus piernas y ascendiendo hacia sus muslos. Ella abrió los ojos de golpe; a punto estuvo de gritar, pero el hombre alcanzó a cubrirle la boca a una velocidad impresionante.

Stacy lo miró horrorizada; ahora estaba más que segura de que se trataba de Chris. Este se llevó un dedo a la altura de la capucha donde debía estar su boca y susurró «sssh...» antes de apartarse con brusquedad. Ella volvió a tragar aire copiosamente por la boca y la nariz, que también había quedado cubierta por la mano del chico. Aun así, le ardían los pulmones. Tenía los ojos llenos de lágrimas, baba en toda la boca, y un líquido cálido empezó a oscurecerle la tela de los pantaloncillos.

La luz se había vuelto tenue a medida que avanzaba la tarde. Más que verlo, Stacy, aún estremecida, lo consiguió percibir en el aire como si su actual situación la hubiese

hecho susceptible a los cambios en la atmósfera: alguien se acercaba. Ojalá fuera ayuda, deseó. Pero si este fuera el caso, los hombres de blanco se estarían preparando para el ataque o para la fuga; sin embargo, estuvieron calmos hasta que más de los suyos llegaron al campamento a la orilla del arroyo Black Oak.

—Stacy.

La voz surgió de entre el grupo de media docena de hombres de blanco recién llegados. Una voz familiar. Varios de los penitentes se apartaron y dejaron ver a la muchacha rubia que estaba atada en medio del conjunto.

—¿Hannah?

Hannah intentó avanzar hacia ella, pero uno de sus captores le cerró el paso.

Kent tenía un reloj digital en su muñeca. Enfocándolo con la luz de la linterna, consultó la hora.

—Debo hacerlo ahora —dijo a Trey—. Fuera ya es de noche.

—¿No te parece que es muy pronto? Ellos podrían estar vigilando el pueblo.

—Desde luego. —Kent apuntó la luz de la linterna hacia otra dirección para que el intenso fulgor no hiriese sus ojos o los de Trey—. Por eso es necesario que lo haga ahora; debo aprovechar que está oscuro e ir a por nuestra comida y volver aquí antes de que ellos se den cuenta.

—¿Y si se han llevado la comida? Si no, puede que la utilicen como señuelo para tendernos una trampa.

Maldita sea. Debía admitir que Trey tenía razón. Pero era la única posibilidad de sobrevivir los siguientes días en ese lugar. «Al menos hasta que Hannah y Nate llegaran a la carretera y pidieran ayuda —pensó. Pero su parte pesimis-

ta acabó la frase—: Si es que llegaban a la carretera». Era posible que hubiesen sido capturados del mismo modo que Jordan y Stacy.

—Trey —dijo Kent, tomándole las manos al otro chico—, debes confiar en mí.

Trey lo miró fijo.

—Confío en ti.

A continuación, se besaron «con la misma intensidad que Jack y Rose en el *Titanic*», habría expresado Trey, que era un romántico empedernido al contrario que Kent. Luego se apartaron; Kent se quitó el reloj de la muñeca y se lo entregó a Trey. Este lo miró con ojos muy abiertos.

—Si no vuelvo al amanecer... —empezó a decir.

Trey lo besó antes que pudiera acabar la frase.

Y, sin más, Kent subió al exterior, donde lo recibió el abrazo gélido de la noche que atravesaba los ruinosos muros de la cabaña abandonada. Se deslizó a través del pueblo fantasma, como una sombra arraigada por la luna, hacia el bosque, sin avistar ninguna amenaza. La vista de Wesonga Flats, de noche, era mucho más sobrecogedora que durante el día. Se estremeció.

Aprovechó el follaje de los arbustos, que surgían en su camino a medida que se adentraba en el bosque, para ocultarse y mirar a los lados en busca de alguno de los hombres de blanco. Si lucían aquellos atavíos durante la noche, pensó, no debería ser tan difícil avistarlos.

Mirando el suelo para no pisar una rama que advirtiera a sus perseguidores, avanzó despacio. También miraba al frente, para no tropezar con un árbol o algo mucho peor. Sus sentidos estaban agudos, aptos para cualquier sonido o movimiento que surgiera a su alrededor y lo avisara de una amenaza. Por suerte, recordaba el camino que conducía hacia el campamento: debía avanzar en línea recta desde el

punto noreste del pueblo fantasma hacia el bosque y seguir el sonido de la afluente del arroyo Black Oak, cruzarlo y continuar caminando kilómetro y medio a través de la tenebrosa espesura.

Siguiendo las directrices que dictaba su consciente, logró llegar al arroyo. Se detuvo de golpe y se escondió detrás de un árbol. Había alguien cerca. Solo alcanzó a entrever un amago blanco en la oscuridad antes de ocultarse. Una rama crujió al ser pisada. Kent guardó silencio como un muerto, haciendo sombra del tronco que le servía de escondite. Debía calmarse. Trey confiaba en él, se dijo, y no iba a defraudarlo. Ahora no. ¿Qué habría dicho su padre si lo viera en ese momento? «Compórtate como un hombre por primera vez en la vida», serían sus palabras tal vez. O quizá: «Vuelve a casa, Kent, tu madre, tus hermanas y yo te esperamos. Vuelve pronto». El sonido y la sombra blanca siguieron sin ser vistos u oídos de nuevo, y Kent asomó la cabeza.

Nadie estaba cerca.

Se inclinó y continuó su andada en cuclillas, pero de nuevo se detuvo cuando divisó en la distancia los colores de un fuego que refulgía en la oscuridad y bañaba el entorno con su luz. Su corazón empezó a latir rápidamente al pensar en que podrían haber otros viajeros como él y sus amigos en el bosque, ignorando el peligro que acechaba en las sombras.

Si este era el caso, podía advertirles y, de paso, pedirles ayuda. Inhaló hondo.

Aplicando la misma agilidad que hasta ahora, se dirigió hacia la luz resplandeciente de la fogata. Mucho antes de llegar vio las dos tiendas de acampar, eran más grandes que las que habían llevado él y sus amigos, y de un color blanquecino. Con esto, sus esperanzas se desplomaron.

Pudo oír el crepitar de unas llamas a medida que se acercaba, culebreando en silencio entre los arbustos. Por fin vio

la fogata, hasta le pareció sentir el cálido roce en su piel como una caricia de su madre.

El campamento no pertenecía a otros viajeros, se fijó después. Un grupo nutrido (más de doce, calculó) de personas ataviadas como miembros del Ku Klux Klan rondaban dentro y en los alrededores del campamento. Debía proseguir con mayor cautela en aquel lugar; moviéndose sutilmente entre un tupido arbusto y otro, consiguió un ángulo diferente del círculo de luz que marcaba las llamas.

«No —pensó absorto—. No, no, no». Hannah y Stacy estaban atadas hombro con hombro y de espaldas a un inmenso árbol que se erguía a orillas del arroyo. Kent sintió que le faltaba el aire y que las fuerzas abandonaban sus piernas. Logró sobreponerse antes de dar otro vistazo.

En efecto; su imaginación no lo había engañado. Se trataba de Hannah y Stacy, sin duda. Estaban rodeadas por el torso y las muñecas con una cuerda amarilla que las unía al árbol; sus pies, notó después, también estaban sujetos a la altura de los tobillos con la misma cuerda. Hablaban entre sí.

Si ellas estaban allí, se preguntó, entonces ¿dónde estaban Nate y Jordan?

Kent reculó, el corazón en la garganta. Oyó un crujido, como el de una rama que se partía. Se volvió y logró avistar un atisbo blanco antes de que un duro golpe lo alcanzara en la cabeza y todo se tornara tan negro como la noche.

Al caer la noche sus captores encendieron una fogata en el centro del campamento para paliar el frío. Sin embargo, Hannah apenas podía sentir las piernas, y los labios le temblaban de manera incontrolable. Stacy estaba igual, quizás peor. Su piel había adquirido un tono pálido enfermizo y se podía oír el entrecocar de sus dientes.

—No sé cuánto tiempo vaya a aguantar así —dijo, entre fuertes temblores. Hannah quiso tomar su mano para darle un poco del calor que aún le quedaba, pero sus ataduras se lo impidieron—. No me preocupa —afirmó después—. Dicen que es la mejor forma de abandonar este mundo. Quizá en algún momento lo sea. Ahora, siento que no hay nada peor.

Hannah habría reído en otras circunstancias. Aquella era la Stacy que conocía.

—Por una vez deja a la Reina del Drama tras bambalinas —dijo con sorna—. No vas a morir, Stacy. No aquí. No ahora. —Y suspiró al agregar—: No así.

Al menos, de esas cosas estaba segura. Stacy no debió notar su tono en lo último, pensó, dado que no hizo preguntas al respecto. O quizá ya sabía lo que aquello quería decir. Stacy no era la chica tonta que todos creían: que le gustaba divertirse, seguro; que se preocupaba demasiado por su aspecto, sin duda; que era ingenua por naturaleza, claro que no. Recién le había demostrado a Hannah que era mucho más fuerte. Jordan había muerto, le contó tras su reencuentro; y mientras lo hacía, ni una lágrima escapó de sus oscuros ojos.

Tal vez lloró lo suficiente después del traumático evento que le describió, jamás lo sabría. Lo cierto fue que demostró tener una fortaleza que Hannah habría envidiado.

Ella, asimismo, le contó de las circunstancias que la llevaron a separarse de Nate (omitiendo, claro está, el turbador reencuentro que ocurrió poco después; Nate le había dicho que la vida de Stacy dependía de su silencio, que no revelara su identidad). Hannah, sin embargo, se sentía culpable, acosada por los agujonazos del remordimiento que le causaba la mentira. Mentía, sí, una vez más. Quiso consolarse pensando que hacía esto por una buena causa, pero no sirvió.

«Ocultar la verdad equivale a mentir», estas palabras rondaban su cabeza como una tormenta.

Una vez escuchó decir a la señorita Ferguson, su profesora de literatura, que «los hombres eran dueños de su silencio, pero esclavos de sus palabras». Nada era más cierto. Hannah había guardado silencio porque así lo había elegido; si quería librarse de la culpa y el remordimiento, debía seguir su propio ejemplo y ser sincera consigo misma y con el resto del mundo, como ella misma promulgaba.

A continuación, le confesó a Stacy que había ocultado algunos secretos sobre Black Wood, un bosque que decían estaba maldito. La masacre de Lennox, que había resonado años atrás, fue lo más notorio y reciente, donde ella empezó su relato; luego, siguió con las desapariciones sin respuestas, y sobre los cadáveres, hallados en terribles condiciones. Todo aquello, finalizó, estaba relacionado con los hombres que merodeaban el campamento como miembros del Ku Klux Klan, aunque mucho peores. A la hora de matar, ellos no discriminaban. Ni siquiera lo hacían para defender una ideología. Solo rendían honores a un ser superior, «todopoderoso», según ellos, que podía favorecerlos de algún modo a costa de cualquier precio. Se estremeció al recordar la historia de Nate, y el precio que pagó su madre para que este naciera vivo.

Hannah era escéptica. Stacy, en cambio, se espantaba con más facilidad.

—Todo esto es mi culpa —soltó Hannah al final—. Si no fuera por mí y mi estúpida idea, Jordan estaría vivo y tú estarías con él, liándose como siempre. —Notó la sal de sus lágrimas cuando estas llegaron a sus labios, y sorbió por la nariz cuando percibió algo más viscoso—. Si alguien debe morir —añadió sollozando—, esa debo ser yo.

Stacy intentó consolarla, como hacía siempre; contradujo sus afirmaciones diciendo que nadie tenía la culpa de que un grupo de locos estuviera en un bosque cazando y matando

gente por fervor a Satanás. Quizá tenía razón. Tal vez estaba exagerando. Pero la verdad era visible a miles de kilómetros de distancia; daba igual cuánto te alejaras, siempre podías verla. Hannah dejó de sollozar para dar paso a una breve carcajada.

Aún resultaba increíble pensar que había sido capturada con su mejor amiga; que uno de sus amigos había muerto y que el resto estaba diseminado («quizá perdidos, o muertos», pensó Hannah) en alguna parte del bosque; y, además, que su novio pertenecía a una secta satánica que llevaba años causando muerte y desgracias a su paso. Aquello bien habría valido una buena carcajada, pensó, pero no quería llamar la atención de sus captores.

Oía el entrecocar de los dientes de Stacy superponiéndose a los sonidos que ella misma producía. El frío era inclemente, cruel. Alguien se acercaba. Aún con el rostro cubierto, Hannah consiguió reconocer la silueta de Nate; a punto estuvo de decir su nombre, pero entró en razón.

Se acercó primero a Stacy y la tapó con una manta, a simple vista pesada y cálida; la cubrió a su largo, de los pies hasta el cuello y la parte inferior de la cara. Stacy no se movió, ni luchó al ver cómo se disipaba su oportunidad de una muerte serena por congelamiento. Tal vez reconoció a Nate, desde el ángulo en que estaba atada al árbol Hannah apenas podía ver el perfil de su cara. No, imposible que lo hubiera reconocido y, por alguna razón, hubiera guardado silencio.

Quizá estaba dormida. Sí, esto parecía más apropiado.

Acto seguido, Nate se acercó a ella con una segunda manta que desplegó ante sus ojos; se acuclilló y la envolvió tal cual lo había hecho con la otra chica. Sin embargo, esta vez se demoró más en colocarle la frisa a la altura del cuello y sus labios. Mientras lo hacía, se acercó a su oído.

—Atraparon a Kent —murmuró. Y antes que Hannah pudiera decir nada, añadió—: Lo están interrogando para que diga dónde se oculta Trey.

Hannah lo miró suplicante. «¡Son tus amigos!», quería gritarle. Pero aquello no había detenido a Nate antes, y no iba a detenerlo ahora.

—Dijiste que si me callaba nada les pasaría —dijo en cambio, tratando de aparentar tranquilidad; pero, por dentro, era todo lo contrario—. Dijiste que de mi elección dependía si ellos morían, y aún no me has dicho qué elección debo tomar —soltó, destilando toda la frialdad que era capaz de reunir—. Haré lo que sea, lo juro, ¡lo que sea!

Nate la miró fijamente, sin inmutarse.

—Duérmete —dijo al levantarse—. Mañana lo sabrás.

Un sueño. Alguien estaba desanudando la cuerda que le rodeaba el torso y la sujetaba al árbol. Estaba tan pulverizada por los eventos de ese día que pensó que aquel mal sueño pasaría y que no valía la pena luchar contra las quimeras infundadas por su mente. Sintió que su cuerpo se mecía como una barcaza a la deriva; entreabrió un ojo, adormilada, y atisbó una sombra blanquecina que se movía ante ella con desmesura.

Aun así, se quedó exánime. El sueño continuó, extrañísimo. Su cuerpo se balanceó de nuevo, esta vez hacia un costado, como si fuese arrojada hacia un precipicio, pero, al mismo tiempo, alguien lograba impedir su caída. Gracias a Dios. Semidormida, irguió el cuello y abrió los ojos apenas una rendija.

«¿Qué...?», pensó, mientras era arrastrada por las manos; pudo ver cómo el mundo rodaba antes sus ojos: el bosque, las copas de los árboles, el cielo nocturno, la luna..., todo pasaba uno tras otro sin cesar.

Su cabeza osciló hacia adelante, como una muñeca de trapo, y divisó cómo la llama mermada de la fogata se hacía cada vez más lejana hasta perderse de vista. La oscuridad se cerraba como una boca a su alrededor. A dónde la llevaban, no sabía. Si era real o un sueño, tampoco.

«Jordan», quiso graznar, pero de sus labios solo surgió un vaho blanco fantasmal que desapareció expedito en la vasta oscuridad. Sentía la garganta en carne viva, el frío dominaba todo su cuerpo. Si esto era un sueño, pensó, quería despertar. Oía los matorrales que la embestían por detrás; el ulular de un búho, el corretear de algún animalillo... «Hace frío. Mucho frío». Por fin el mundo se detuvo y una figura blanca se plantó ante ella como un gigantesco pilar de mármol, o eso le pareció ver a Stacy. Aquello no podía ser un sueño, razonó después. Aquel pilar era un hombre; el sueño, su realidad.

Abrió mucho los ojos. Un rostro juvenil se descubrió ante ella al sacarse la capucha picuda que lo cubría. La luz metálica de la luna arrancó terroríficas sombras de los rasgos de... «Chris». Estaba a punto de gritar, pedir auxilio, cuando la mano del chico le cubrió la boca como había hecho con anterioridad. Luego se abalanzó sobre ella como una bestia en celo. Gritó, gritó con todas sus fuerzas aún con la garganta desgarrada.

Todo sucedió muy rápido. El chico la maniobró con sus manos; una para cubrirle la boca, la otra para todo lo demás. Le sacó los pantaloncillos con un frenesí animal y, en seguida, le desgarró la ropa interior antes de separarle las piernas con la rodilla. La tomó por el pelo, susurró «sssh...» y le deslizó la lengua por la mejilla. Después, se escupió en la mano para lubricarse el miembro en tanto Stacy sollozaba.

—Acabaré pronto —jadeó Chris—. Pronto. —Y empujó.

A la mañana siguiente, Hannah despertó con un agudo dolor en la espalda y en la nuca. Alguien debió quitarle la cuerda que la ataba al árbol junto al arroyo, reflexionó. Quizá fue la misma persona que le proveyó la acogedora manta contra el frío la noche anterior. Se irguió.

Alzó los brazos, ahora que la cuerda en el torso no la limitaba, y se talló los ojos con el puño. Imperaba el frío, un frío templado. Una tenue bruma se alzaba del suelo como espíritus que formaban un ejército. No había movimiento en el campamento. El fuego del hogar había mermado y una sinuosa columna de humo se elevaba hacia el cielo encapotado. ¿Dónde estaban todos? ¿Dónde estaba Nate? ¿Dónde...?

—¿Stacy? —llamó con voz queda. Ladeando el cuerpo, apreció que la chica no estaba a su lado; en su lugar sólo había una manta hecha jirones en el suelo junto a una zapatilla deportiva. «¿Dónde está?»—. ¿Stacy?

Volvió la cabeza. Entrevió que alguien se acercaba, cruzando la niebla matinal. Nate no llevaba la capucha. Más adelante, cuando la bruma se disipó a su paso, observó a otros hombres de blanco moviéndose de un lado a otro con sus túnicas flameando en el aire y las capuchas caladas. Parecían inquietos.

—Nate, ¿dónde está Stacy? —le preguntó al chico cuando este se inclinó para... cortar la cuerda de sus pies.

Ella apenas daba crédito. Con sus pies libres, podría huir.

Nate alzó la cabeza, truncando aquella esperanza con una sola mirada de sus profundos ojos azules.

—Stacy está en peligro —dijo, lacónico—. Ellos la llevaron a otra parte después del incidente de anoche.

—¿Incidente?

Nate le explicó a qué incidente se refería mientras le cortaba la cuerda que unía sus muñecas. «Fue violada»; oír estas

palabras fue como un duro golpe en el estómago. El mundo dejó de girar por un instante.

—Fue Chris —seguía diciendo Nate—. Se obsesionó con ella desde la primera vez que la vio en el bosque. Se la llevó a donde nadie pudiera oírlos, mientras el resto dormía o vigilaba las zonas exteriores al campamento. Allí procedió a violarla. Otros dos miembros oyeron un extraño murmullo que procedía del bosque y fueron a averiguar de qué se trataba. Entonces los sorprendieron en pleno acto. Al menos, Chris se sorprendió.

Hannah suspiró hondo. Debía sobreponerse.

—¿Ella está bien? —quiso saber.

—Sí. Pero el Sumo Sacerdote está decidiendo quién de los dos debe morir.

Hannah abrió mucho los ojos.

—¿Qué?

Nate la tomó por las manos, ya libres, mirándola directamente a los ojos.

—Estará bien, Hannah —dijo. Parecía seguro—. Nada le pasará siempre que tomes la decisión correcta. —Insinuó una sonrisa que en otros tiempos la habría hecho delirar. Ahora, no estaba segura de qué sentía. La ayudó a levantarse—. Sé que lo harás. Te llevaré con el Sumo Sacerdote.

«6:13 a. m.», apuntaba el reloj de Kent. Había amanecido. Sin embargo, en la bodega, la oscuridad era absoluta. Trey no tenía miedo de la oscuridad. Ya no. Se había acostumbrado a ella, dada la situación. Era su protectora, un refugio del peligro que le deparaba fuera. Pero, Dios, esos momentos sin Kent eran los más escalofriantes de su vida.



## CAPÍTULO 17

Trey Byers fue el primero en rendir su declaración al despertar a la mañana siguiente del día que fuera encontrado por la brigada de búsqueda en una bodega subterránea. Su madre, al contrario que su padre (el señor Byers tuvo que marcharse, según él, por «cuestiones de trabajo»), estuvo presente durante la interpelación del muchacho.

El jefe Wiklund, Paul Wettington y el doctor Cho también se hallaban en la habitación en ese momento. Yo hice las preguntas una vez el chico acabó de contar las circunstancias que lo llevaron a él y a su novio, Kent Mitchell, a ocultarse en la bodega subterránea y a permanecer en ese lugar una semana. Le pregunté por los atacantes, «los hombres de blanco» que Hannah mencionaba en las notas de voz de su celular. Trey me explicó la razón por la que su amiga decidió motejarlos así.

—Vestían de blanco. De los pies a la cabeza. Como miembros del Ku Klux Klan o algo parecido. —Su voz se oía trémula, pero sus palabras eran seguras—. Pero Kent me convenció de lo contrario. Uno de ellos llevaba un medallón con la forma de la estrella de David a la altura del pecho.

—¿Estás seguro? —inquirí.

—Sí. —Trey asintió—. Creo que era el líder.

Yo también lo creía. La descripción del atavío de los atacantes coincidía con el mismo cuadro del único sobreviviente de la masacre de Lennox, cinco años antes, y con el de otros pocos viajeros que apenas pudieron escapar de los «hombres de blanco» en años previos a eso.

Crucé la mirada con Paul Wethington, el único además de mí que conocía aquellos detalles. Hubo algo en su mirada cuando nos vimos, percaté; sus ojos se ensombrecieron. Paul apartó la mirada antes que yo lo hiciera, lo que me hizo plegar el ceño. ¿Wethington sabría algo más? ¿Era posible que planeara utilizarlo para sacar ventaja en el caso y llevarse el crédito? En ese momento no estaba seguro de lo que mi «compañero» era capaz de hacer. Trey Byers continuó su historia.

—Kent salió de la bodega la noche siguiente del ataque —narró en tono asustadizo—. No sabíamos cuánto duraría nuestra estadía en ese lugar, así que se le ocurrió que la mejor forma de subsistir hasta que llegara la ayuda era consiguiendo nuestros avíos de comida que estaban en el campamento. Pero lo atraparon.

—¿Qué? —dijimos Wiklund y yo al unísono.

Wethington se mantuvo extrañamente impasible.

Lo atraparon, corroboró Trey. Por alguna razón lo dejaron vivo, pero lo mantuvieron atado a un árbol cerca de un arroyo con los ojos vendados. Las horas pasaron hasta que uno de ellos se acercó por fin a Kent y, con una voz claramente alterada a voluntad, le dijo que tenía una oportunidad para salir con vida, pues tenían a sus amigos y, por tanto, la ayuda jamás llegaría. Debía permanecer algunos días escondido en la bodega, había dicho, si quería vivir para contarlo.

Kent aceptó.

A continuación, ellos lo llevaron de vuelta a Wesonga Flats y lo dejaron allí con los avíos de comida. Uno de los hombres de blanco se quedó en la cabaña abandonada, donde estaba la bodega subterránea, vigilante de que cumplieran su parte del trato. No hablaba, pero cada vez que Kent o Trey pedían agua, el hombre les llevaba un envase lleno con el líquido vital. Cuando esto dejó de suceder, supieron que se habían quedado solos. El mismo día que salieron a la superficie, fueron hallados, gracias a Dios, por los rescatistas que merodeaban en el pueblo fantasma.

Más tarde, Kent Mitchell, a ojos vistas sobrepuesto, confirmó esta historia, en presencia de sus padres (el señor Mitchell parecía orgulloso de las hazañas de su muchacho en el bosque, advertí; pero, sobre todo, feliz de que estuviera vivo). Kent añadió varios detalles que su novio desconocía, como, por ejemplo, que vio a Stacy y a Hannah —«vivas», señaló— en el campamento de los hombres de blanco. Sin embargo, no vio a Nate y a Jordan, aunque sus captores aseguraron tenerlos también.

—¿Qué hay de Hannah Perkins? —preguntó Wiklund—. ¿Qué hay de Stacy Harrington y Jordan Phillips? ¿Tienes alguna idea de dónde puedan estar o qué les ocurrió?

Kent bajó la mirada y negó con la cabeza. Pude ver el dolor en su rostro demacrado. Tenía las mejillas hundidas, la piel flácida y pálida en extremo, y ojeras color magulladura que pendían de las cuencas de sus ojos. Sus brazos estrechísimos salían de las mangas de su bata blanca como finos huesos, me fijé, y su clavícula era visible desde mi posición.

El doctor Cho afirmó que las vías respiratorias, inflamadas por la fuerte infección, estaban sanando y que en unos días —a más tardar el viernes, fijó— sería dado de alta. Con todo, continuarían los cuidados para tratar la desnutrición y también las fístulas en la piel (si bien yo no veía ninguna,

no descartaba que pudieran estar ocultas bajo la bata). La señora Mitchell, como antes había hecho la señora Purcell, la madre de Trey, se comprometió a seguir todas las directrices del médico para la pronta mejora del chico, aunque este pusiera cara de descontento.

Nathaniel Feeney, que tenía mejor aspecto que sus dos amigos, en mi opinión, llevaba el silbato de Hannah en el cuello cuando el jefe, mi compañero y yo entramos a su habitación. Estaba pálido, sí, pero tenía la piel firme sobre los huesos; incluso, los músculos de sus brazos seguían firmes, macizos, y el cabello rubio brillaba como si estuviera recién lavado. Miré a Wiklund y me pregunté si sabría que el silbato que llevaba el chico en el cuello se lo entregó Margaret a Hannah antes de partir de casa el primer día.

Algo en mi fuero interno me decía que sí. Era un detalle que no se conocía de manera oficial.

Entre las cosas que contó Nate en su declaración de los hechos en Black Wood, explicó por qué tuvieron que separarse Hannah y él durante el abandono del campamento. Uno de los atacantes se había infiltrado secretamente en la tienda que compartía con Hannah, y al momento de la huida, emergió e intentó atacar a la chica. Nate lo evitó, sometiendo al hombre antes de salir huyendo a su vez al bosque. Hannah se había adelantado, «como se lo había pedido», testificó Nate. Pero después no pudo encontrarla a pesar de sus esfuerzos.

—En cambio, hallé esto —abundó al tiempo que se quitaba el silbato y se lo tendía con cuidado a Wiklund—. Pendía de la rama de un árbol. —Una lágrima límpida descendía por su mejilla—. Se lo dio la señora Perkins.

—Hannah —habló Wiklund, aceptando el silbato—. ¿Crees que esté viva?

Nate desvió la mirada hacia mí. Yo fruncí el ceño, aunque traté de evitarlo. El chico bajó la mirada, como había hecho

Trey Byers momentos atrás, e inspiró hondamente. No supe cómo interpretar la expresión que traslucía su cara, y esto no solía pasar a menudo. Parecía contrariado e inseguro, asustado. Echó un largo vistazo a sus padres.

—Respóndele al detective, Nathaniel —dijo con dureza el señor Feeney. Su mirada era dura como una piedra, su ceño era severo y, raramente, indolente. Su mujer tenía una expresión afín a la suya—. Vamos, muchacho.

Nate tragó saliva.

—No, señor —respondió por fin—. No creo que esté viva. Creo que se ahogó en Black Pool, pues, fue cerca de un peñasco donde encontré el silbato. —Hizo una pausa. Y añadió en tono febril—: Dudo que puedan hallar su cuerpo.

Guardamos silencio tras estas afirmaciones. Segundos después, Wiklund dejó la habitación.

—Cuéntanos, Nate —inquirió Paul, en tono incisivo, y cruzó los brazos sobre el pecho—, ¿cómo sobreviviste todo este tiempo en el bosque tú solo?

La travesía de Nate empezó tras su infortunada separación de Hannah y haber huido del campamento. Tenía conocimientos de supervivencia en exteriores, de modo que subsistir y ocultarse de sus atacantes nunca supusieron un problema para él, o eso afirmó el chico. Es más, intentó aprovecharse de esto para seguir el rastro que lo llevara hacia la senda que tomó Hannah (que si bien nunca llegó a la autopista, lo intentó), de ese modo acabó en la carretera después de una larga marcha a través del vasto bosque, rodeando a sus enemigos (entre los que contaba un enorme oso negro, dijo, que se topó en su camino) y ocultando su rastro para evitar ser perseguido.

Una hazaña asombrosa, debía admitir. Aunque tenía mis dudas sobre la parte en la que mencionaba el desafortunado destino que sufrió Hannah. Quise exponerlas, pero el doctor

Cho me disuadió; apoyado por los señores Feeney, afirmó que el paciente necesitaba descansar.

Los tres jóvenes fueron dados de alta cinco días después, a la par que cesaba la búsqueda por tierra de Hannah Perkins y el resto de sus amigos. Aquel mismo día, para mi sorpresa, recibí un mensaje de Margaret Wiklund citándome en el pequeño café de Waverly Street, a dos cuadras de la estación.

—Le agradezco que haya venido, detective. Le puedo asegurar que es por una buena razón.

—No hay problema —repuse mientras me sentaba en el mismo banco de la última vez—. ¿Estás bien? ¿Te ha ocurrido algo?

Aquella era la peor pregunta que podía hacerle en este momento, pensé tardío. Con todo, Margaret trazó una fina sonrisa y negó con la cabeza.

—Estoy bien —afirmó ella—. Y no, de momento no ha pasado nada destacable, detective. Aunque supongo que ya sabe que han suspendido la búsqueda por tierra de Hannah, Stacy y Jordan.

—Sí. Lo lamento.

El pequeño café estaba tan abarrotado como lo recordaba de nuestra última visita. No estuvimos sentados mucho tiempo cerca del mostrador; por lo visto la cuestión que nos traía a este lugar meritaba de un poco más de mesura, por lo que, acto continuo, nos dirigimos a una de las mesas del fondo, que por casualidad estaba desocupada, para tener más privacidad.

En seguida, uno de los empleados vino a tomar nuestros pedidos: para mí, un café negro con poca azúcar, y un capuchino sencillo para Margaret.

Con el rabillo del ojo me fijé que Margaret había puesto una carpeta de manila sobre la mesa. Ella debió notar que

mi atención se había desviado hacia el objeto en cuestión, porque bajó la vista y ladeó la cabeza. Viéndola bien, lucía mucho más sobrepuesta que en días anteriores (a pesar de que habían cesado los intentos por hallar a su única hija).

—Detective, lo cité porque... —empezó ella.

Alcé una mano para interrumpirla.

—Llámame Jeff —dije—. Puedes tutearme.

Margaret se sonrojó; asintió y bajó la mirada hacia la carpeta.

—Está bien, Jeff —repuso tras aclararse la garganta—. Te hice cité porque estuve haciendo algunas indagaciones en los últimos días.

—¿Indagaciones? —Fruncí el ceño—. ¿De qué se trata?

Margaret abrió la carpeta y extrajo el artículo de un periódico plastificado: publicado hacía ya cinco años por *Statesman Journal*, sobre la masacre de Lennox. El encabezado decía «EL MISTERIO DE LENNOX CONTINÚA» y abajo hacía una referencia sobre el único sobreviviente de la matanza, cuyo nombre y antecedente Margaret había rodeado con un rotulador amarillo fluorescente. «Nathaniel Sinclair, de doce años, viajaba en el autobús escolar que fue tomado durante un viaje de excursión al Parque Nacional Willamette». Al leerlo, en seguida miré la foto que destacaba en el centro de la nota. Una familia: los padres y el jovencito en medio, abandonaban el hospital donde el chico había sido atendido tras ser encontrado vagando por el bosque días después de la masacre. A penas podía dar crédito a lo que veían mis ojos. «No puede ser», pensé al regresar la mirada hacia Margaret, cuyo rostro debió ser un reflejo del mío al hacerse con esta información.

—Nosotros los conocemos como los Feeney —explicó ella—, pero esto es solo una tapadera. El verdadero nombre de la familia es «Sinclair», como ves. Conservan sus nombres

(David, Harriet, Nathaniel), solo se cambiaron el apellido. —Sacó más artículos de periódicos de otros estados y algunas fotos e imágenes que hacían referencia a la supuesta familia Feeney de distintas épocas—. Vivieron en Colorado después de la masacre de Lennox, entonces se hacían llamar White-more, y cinco años antes que eso, estuvieron en Nevada, como los Thompson. Y a donde quiera que ellos iban dejaban una estela de muertes trágicas y desapariciones a su paso, y lo han hecho durante generaciones. Vienen, cometen sus crímenes, y luego desaparecen como por arte de magia.

El empleado del café regresó con nuestro pedido. Si se extrañó de los documentos que estaban encima de la mesa, no dio muestra de ello; se limitó a una sonrisa y se retiró a atender al resto de la clientela.

Margaret probó su capuchino. Yo miré el café con la vista un poco dispersa, desenfocada, y deseé haber traído conmigo algo de licor para edulcorarlo. Estaba boquiabierto con las pruebas y los argumentos que me había expuesto Margaret. Me sentía estúpido por no haberme dado cuenta antes que había algo extraño sobre los Feeney.

Esto quería decir que ellos habían perpetrado la masacre de Lennox. Que ellos habían cometido la mayoría de los asesinatos y desapariciones de excursionistas en los bosques de toda la costa noroccidente del país en los últimos años. Que ellos cometieron el ataque a los seis jóvenes en Black Wood hacía ya dos semanas. Nathaniel Feeney (o Sinclair, en cualquier caso) estaba entre ellos. Debía saber qué ocurrió con Hannah, Stacy y Jordan. E incluso por qué terminó muerto Chris Barney. Miré a Margaret, que bajaba la taza de café.

—¿Sabes lo que esto significa? —pregunté, sosteniendo uno de los artículos con la mano.

Ella asintió.

—¿Por qué viniste a mí en lugar de ir con el jefe?

—Porque eres el encargado de la averiguaciones del caso Black Wood.

—¿Y?

Margaret soltó un resoplido.

—Y porque confío en ti. —Lo decía sinceramente—. Me hiciste una promesa, Jeff, y has procurado cumplirla todo este tiempo. Linus no le habría dado tanto crédito a esta información si hubiese acudido a él, y de haberlo hecho, me habría mantenido apartada de todo.

Tenía razón. Wiklund se había enojado sobremanera el otro día al encontrar a su hermana en el hospital, reunida con todos los padres de los chicos desaparecidos (y de los encontrados) en el bosque; dispuesto estuvo de apartarme del caso, como él mismo me expresó con los ojos inyectados en sangre.

—Debemos ir a por ellos —soltó Margaret.

La miré con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—Sí. Debemos ir a por esos infelices. Estoy segura que saben dónde está Hannah.

Guardé silencio.

—Sé lo que estás pensando —siguió ella—. Que me he vuelto loca. Que Hannah está muerta. Y, créeme, si no hubiera estado segura de que no lo está a pesar de las afirmaciones de Nate, jamás habría hecho toda esta investigación. Tengo un presentimiento de que Hannah está viva. Llámalo «intuición materna», si eso quieres. O tal vez simple negación al hecho de que mi única hija se ahogó en un lago. —Sus ojos cobraron un brillo acuoso—. Pero no puedo aislar este intenso sentimiento que albergo por dentro y que me rebasa.

—¿De verdad piensas que Hannah podría estar con ellos?

No podía creer que estuviera haciéndole esta pregunta, o que estaba considerando hacer una locura solo por el presen-

timiento de una madre desesperada, abatida. Bajé la mirada. Sí, de hecho, estaba considerándolo.

Margaret extendió sus manos por encima de la mesa y tomó las mías con perdurable dulzura. Hacía tiempo que no notaba un roce como aquel en mi piel; mucho menos, una mirada como la que me echaba la mujer. Una mirada penetrante, una súplica implícita que caló en mi alma.

—Tenía el silbato, Jeff —dijo con voz queda—. Su silbato.

—No podemos hacer esto solos —repuse cuando recuperé el aliento—. No podemos llegar sin más a la casa de los Feeney y exigir que nos abran la puerta para registrar su propiedad. Necesitamos la orden de un juez. Con esto —añadí señalando las pruebas que Margaret había reunido, y que empecé a guardar de nuevo en la carpeta— podemos conseguirla.

Me puse en pie.

—¡Espera!

La mano de Margaret se cerró en mi brazo. Su exabrupto atrajo la atención de varias personas en el local, que echaron una mirada hacia nosotros sin darnos importancia. Fruncí el ceño y me senté de nuevo en el asiento, percatándome de que mi café seguía intacto. Aliviada, Margaret quitó su mano y se acercó al pecho la carpeta con las pruebas.

La miré intrigado.

—¿Qué sucede?

—Hay algo más que debes saber. Y tiene que ver con el detective Paul Wettington.

El día siguiente a que hallaran a los tres chicos, Margaret siguió a Paul a través de los pasillos del hospital. Tenía una actitud sospechosa, en su opinión. Sobre todo estando cerca de los señores Feeney. Con cautela, alcanzó los pasos del detective hacia un área lejana del parking trasero del hospital, adyacente al depósito de desechos. Allí se reunieron, a

escondidas, el detective Wetington y los señores Feeney. Margaret se pegó a una pared, y si bien estaba lejana, pudo oír apenas y sin problemas la breve pero reveladora conversación que mantuvieron.

Paul parecía molesto, notó Margaret; al parecer, Nate, durante su declaración, había narrado una historia totalmente distinta a la «habíamos acordado que contaría», fueron las exactas palabras de Wetington. Habían acordado que Nate debía decir que Hannah le entregó el silbato antes de separarse, y no que lo encontró en una rama cerca de un peñasco, como había dicho. La señora Feeney trató de justificar al chico, arguyendo que su posición de víctima no era tan fácil de sobrellevar. Aun así, el detective Wetington fue inclemente.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté.

—El detective dijo «habrá consecuencias para el muchacho» —comentó Margaret, y encogió un hombro—. No sabría decir a qué se refería con eso. Después, se marchó.

Paul se había comportado muy extraño durante la declaración de Nate aquel día en el hospital, medité. Además, había mostrado mucho interés en participar en el caso, más allá de la exposición mediática que este estaba teniendo en los noticieros de todo el país. «Maldito sea. —Apretaba los puños sin darme cuenta—. Este cabrón de mierda los ha estado encubriendo todo este tiempo». Paul era uno de ellos. Ahora entendía por qué Margaret no quería involucrar a otros policías.

—¿Qué haremos, Jeff? —preguntó ella.

La miré. Ya había tomado una decisión.

—Iremos a por ellos —solté.

Había visitado anteriormente la casa de los Feeney. De hecho, tres veces. Conocía la dirección. Salimos del café y nos encau-

zamos de inmediato al lugar. Mientras más pronto hiciéramos frente a los Feeney, mejor. Había una posibilidad de que Hannah estuviera con vida; incluso Stacy y Jordan. Si no, al menos sabríamos qué pasó con ellos y dónde podíamos hallar sus cuerpos. Fuera como fuese, no estábamos dispuestos a salir de aquella casa con las manos vacías. Al menos obtendríamos algunas respuestas.

Cuando llegamos, desenfundé mi arma y me colgué los grilletes en el cinturón, por si acaso. Margaret avanzó detrás de mí por el sendero de cemento que atravesaba el césped en la parte frontal de la casa hacia la puerta principal. Habría preferido que esperara en el auto, teléfono en mano, preparada para llamar a la policía por si se producía un enfrentamiento. Ella se negó. No quería ser protegida de la verdad, fuera cual fuese, por esa razón me había confiado su investigación.

Así pues, no se sentía tan bien que me creyera un loco que no se preocupaba por la vida de un civil, que, además, era la hermana del jefe Wiklund.

—Vamos —dije, ladeando la cabeza.

El cielo apagado de la tarde se cernía sobre nosotros cuando nos acercamos a la puerta. Fruncí el ceño. De forma inexplicable, presentía que algo extraño estaba pasando en aquella casa. Mis sospechas no tardaron en corroborarse cuando le propiné un golpe a la puerta y esta acabó abriéndose un poco, dejando oír el gemido de las bisagras.

Crucé una mirada con Margaret. «No deberías estar aquí», me contuve de decir en un murmullo. Ya era muy tarde. De inmediato me giré y empujé la puerta con sumo cuidado, apuntando el arma hacia adelante. Dentro, estaba oscuro y hacía un frío espantoso que me erizó la piel. Miré hacia los puntos en la oscuridad donde supuse debían estar las ventanas, e imaginé que alguien las debió haber cubierto con viejos periódicos, bolsas de plástico y cinta adhesiva.

En efecto, así era. Cuando entré, me aproximé a una de las ventanas y retiré un trozo de cartón que había sido adherido con alambre. La luz se abrió paso al interior de la estancia, develando un vacío recibidor, donde solo quedaban las grises alfombras con manchas en los lugares donde antes debieron estar los muebles.

—Se han ido —oí a mi espalda.

Me volví. Margaret parecía muy afectada por el descubrimiento reciente, su mirada desolada reflejaba devastación. Se desvanecía la única oportunidad que tenía para hallar una respuesta sobre el paradero de Hannah, debía pensar. La misma idea pasaba por mi cabeza en ese momento.

—¿Cómo lo supieron? —farfulló Margaret.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

Me acerqué a ella. Sus ojos desorbitados por fin se encontraron con los míos.

—¿Cómo supieron tan rápido que veníamos hacia acá?

—No lo sabían. —Ladeé la cabeza—. Es indudable que estaban preparados para huir en cuanto Nathaniel pusiera un pie fuera del hospital. Eso es lo que hacen después de consumir sus crímenes: huir.

—No —oí decir a Margaret—. No, no, no...

Y antes de que pudiera hacer o decir algo, ella se adelantó hacia el resto de las estancias. La planta baja —que constaba del recibidor, la sala de estar, el comedor, la cocina y un baño para visitas— estaba completamente vacía. Revisamos cada cajón de la alacena, cada armario empotrado y rincón que hubiera a nuestro alcance, incluso en el interior de la chimenea, en busca, según Margaret, de alguna pista sobre el paradero de los Feeney.

No encontramos nada. Quizás ni siquiera había huellas para registrar en la base de datos. «Nada —pensé—. No

queda nada en absoluto». Al final, nos reunimos de vuelta en el recibidor con las manos vacías.

—Tal vez los vecinos hayan visto u oído algo —comenté al ver el desaliento en la mujer. Ella asintió, mostrándose de acuerdo con esta idea (cualquier posibilidad, por más pequeña que fuera, era mejor que nada en absoluto). Los ojos le brillaban. De pronto, aquel brillo se vio empañado cuando algo golpeó el techo sobre nosotros.

Margaret se sobresaltó, pero se cubrió a tiempo la boca con las manos para impedir que se le escapara un grito que alertara a quien fuera que estuviera en la planta superior. Habíamos descartado de antemano explorarlo tras nuestro infructuoso recorrido por la planta baja. Grave error. Una vez más desenfundé mi arma y me encaminé hacia las escaleras.

—Será mejor que permanezcas detrás de mí —advertí a Margaret en un murmullo mientras subíamos.

Con cautela, nos deslizamos por el corredor, sombrío y tan frío como el resto de la casa. Había seis puertas a su largo, que debían corresponder a las habitaciones y a los baños. La siguiente vez que se escuchó el estruendo, este resonó con una tenue vibración bajo mis pies. También las puertas oscilaron, noté. «Estamos cerca». Avancé con el arma por delante.

Otro golpe.

—Ahí. —Margaret me señaló con el dedo la puerta en cuestión: la segunda a la derecha.

Callado, me acerqué a la puerta, oyendo los pasos de Margaret a mi espalda. Estaba entreabierta. Miré hacia abajo para divisar el desplazamiento de alguna sombra que me advirtiera de una presencia en la habitación. Un sollozo estalló, de golpe, helando la sangre en mis venas.

Era el sollozo de una chica. Esta estaba amordazada; amarrada a las patas de una silla que había sido volcada intencionalmente de costado; y golpeaba una y otra vez el piso con la

cabeza, supuse, para llamar nuestra atención. Así la encontramos Margaret y yo cuando nos abrimos paso al interior de la habitación con el alma en un hilo.

Los días pasaron. Quizás no demasiado rápido. Los Feeney consiguieron escapar (conjeturé que salieron del estado, o del país, hacia Canadá o México) mucho antes de que se emitiera la orden de captura por los miembros de esta familia, involucrada en una serie de terribles asesinatos, raptos y desapariciones, además de varios cargos por falsificación de identidades, fraudes y, en uno de los casos, hasta la usurpación de las competencias de una de sus víctimas, que resultó ser un juez federal.

—Es un verdadero milagro o una auténtica desgracia, según quien lo mire —comentó el jefe Wiklund—, que los Feeney hayan podido evadir la justicia por tanto tiempo. Debe haber mucha más gente involucrada de la que presuimos. Jamás habría imaginado que Paul fuera uno de ellos.

«Yo sí», me contuve de decir.

—Bueno —dije en cambio—, creo que eso lo sabremos pronto. Si logramos atraparlo.

—Lo lograremos.

Wiklund parecía seguro. Yo no dudaba que lo hiciera, aunque tampoco ponía en tela de juicio la raigambre de los Feeney para esconderse, en vista de las pruebas. Wiklund, junto con los federales, podrían seguirle el rastro a esta familia y por fin darles captura. Pero esto no era todo. Teníamos conocimiento de que la secta satánica que llevaba décadas causando la muerte de excursionistas en Black Wood y, más reciente, la desaparición de «los seis jóvenes de Salem», como los llamaban los medios, era un grupo mucho más abundante de lo que habíamos creído al principio del caso.

Quizá nunca pudiéramos atrapar a todos los malditos. Pero valía la pena intentarlo.

Después del descubrimiento que hicimos en la casa de los Feeney, algunas verdades salieron a la luz. Otras, seguían en la oscuridad a la espera de ser develadas. De momento, eran las primeras las que me atañían.

El cartel «ABIERTO» pendía en la puerta de vidrio de la tienda cuando la visité esa tarde. Al contrario de la primera vez, hacía un día caluroso, pese al arribo de la época otoñal. El cielo estaba despejado, lejos de anunciar un diluvio como en la ocasión anterior. Fumé un cigarrillo en el callejón donde semanas antes me había ocultado para sorprender a mi perseguidor, que terminó siendo Margaret Wiklund. Inspiré hondo. Sentía como si hubiesen pasado ya varios meses desde aquel día lluvioso.

Al acabar el cigarrillo, entré en la tienda. *Cooper's* estaba poco concurrida, lo que parecía habitual. A lo mejor las personas de la comunidad ya conocían las andanzas del empleado y, por ende, preferían caminar media cuadra más para comprar sus productos. Como era de esperarse, Justin, como la vez anterior, estaba tras el mostrador de la caja registradora. No advirtió mi entrada al local. Estaba atendiendo una fila de tres personas que se formaban para pagar. Valiéndome de eso, me deslicé hacia el pasillo más cercano —uno lleno de productos para el cuidado íntimo femenino— lo más rápido que pude.

Estuve unos minutos, no sabía decir cuántos, rondando por los pasillos mientras veía por encima de los anaqueles hacia la caja registradora para no perder de vista al muchacho. Cuando llegó la oportunidad, y el mostrador por fin estuvo despejado, caminé hacia él dando pasos agigantados. Justin

curvó ligeramente las cejas al verme. Yo me había esperado una reacción algo más asustadiza de su parte —que hiciera valer la pena la espera—, pero, qué lástima, no fue así.

—Detective —dijo Justin con naturalidad—. No esperaba verlo aquí tan pronto.

—¿Esperabas verme de vuelta por aquí en algún momento? —inquirí.

—No estoy seguro. —Lo dijo con cierta vacilación—. Me enteré en las noticias que encontraron con vida a tres de «los seis jóvenes de Salem» desaparecidos en Black Wood, así que supuse que tal vez vendrían para hacerme más preguntas y corroborar nuestras declaraciones.

Esbocé una sonrisa.

—Verás, Justin —dije—, lo que no han dicho las noticias es que hemos encontrado a un cuarto sobreviviente. Pero esto saldrá a la luz hoy cuando la chica, sus padres y el departamento de policías den sus declaraciones a la prensa. —Hice una pausa—. ¿De verdad creíste que ella olvidaría al sujeto que asesinó a su novio con unos pocos días de torturas? —Me habría reído en otras circunstancias, pero la expresión congelada en el rostro del chico no me causaba la menor gracia—. Stacy Harrington lo recuerda todo, Justin. Ella es la cuarta sobreviviente.

Si la revelación lo tomó por sorpresa, no dio muestra de ello. En cambio, esbozó una larga sonrisa.

—Yo estuve aquí los días que se produjo el rapto —alegó—. No pueden probar lo contrario. Ustedes revisaron las cámaras de la tienda, ahí está la evidencia que prueba mi inocencia. Si la chica me inculpó —añadió con apenas una vacilación—, ha de haberse equivocado.

—No lo creo. —Recargué un brazo en el mostrador tratando de mostrarme indiferente—. De hecho, Stacy fue muy específica en cuanto a tus palabras. ¿Recuerdas que me dijiste

que «las chicas aguardaban en el auto»? —No esperé respuesta—. Stacy declaró que el asesino de Jordan Phillips conoció al que sería su víctima en una tienda en Springfield, donde adquirió la hierba que consumió durante la excursión.

Justin bajó la mirada; ya no había escapatoria.

—Aun no entiendo una cosa, Justin —seguí—. ¿Por qué revelarle estos detalles a la chica si pensaban dejarla viva? Y, aún más importante, ¿por qué la dejaron viva, a ella y a sus amigos? Quizá tú puedas explicármelo. Wesley Stout y Rick Dickson, tus colegas de la secta, fueron apresados hace tres días gracias al testimonio de Stacy, pero aún no sueltan la lengua.

Justin me miró.

—Ellos no lo sabían —dijo por fin—. Pensé que iba a morir. Solo quería la satisfacción de que supiera que había sido yo quien mató Jordan Phillips. Quería el mérito. Sabía que ella lo seguiría a la tumba, de modo que pensé que era la persona perfecta para jactarme. Ellos nunca supieron que yo le hice estas confesiones, no imaginé que la dejarían vivir.

—Entonces no sabes por qué lo hicieron.

—No.

Cuadré los hombros, apartándome del mostrador.

—¿Dónde están Hannah Perkins y Jordan Phillips? ¿Fueron enterrados juntos?

De pronto, Justin pareció entrar en razón, me miró desquiciado, y se inclinó bajo el mostrador. Rápido, desenfundé mi arma. Justin se irguió de nuevo y, lentamente, levantó la mano derecha. Sostenía una glock. Yo lo apunté. Empero, me fijé, Justin no tenía intención de dispararme.

Se apuntó a la cabeza.

—Díganle que lo siento —murmuró—. Por favor. —Tiró del gatillo.



## CAPÍTULO 18

«Si alguien encuentra esto, por favor, dígame a mi madre que la quiero».

GRABADO POR HANNAH EL 27 DE JULIO,  
QUINTO DÍA EN BLACK WOOD

Hannah miraba el arroyo, abstraída. Aún le parecía increíble que el viaje hubiera terminado.

La corriente de agua creaba un sonido lenitivo, tan estimulante que lograba apartar el torrente de pensamientos que inundaba su cabeza tras su encuentro con el Sumo Sacerdote. Confiaba haber tomado la decisión correcta, como le había aconsejado Nate. Pero eso no quería decir que otra parte de ella, la parte más racional, estuviera del mismo modo convencida, o confiada, de los acuerdos que había aceptado a cambio de la vida de sus amigos. «Valdrá la pena este sacrificio», había asegurado el hombre que dirigía la secta satánica.

La neblina matutina se había evaporado hacía un par de horas, permitiendo una mejor visión de los alrededores del arroyo Black Oak y el campamento, constituido por dos

enormes carpas blancas y al menos una docena de tiendas de campaña repartidas por toda la periferia. En alguna de ellas debían estar sus amigos, pensó. Aterrados, confundidos, amarrados de pies y manos, a la espera de una muerte espantosa. Inspiró hondo, conteniendo las lágrimas. Se sentía impotente por no poder hacer más.

«He hecho bastante —se dijo, al tiempo que una lágrima oscura le rodaba por la mejilla—. Ellos estarán bien». Quería convencerse de ello también.

No podía.

Kent y Trey tendrían que atravesar una dura prueba para salir con vida, según lo acordado con el Sumo Sacerdote. Y Stacy... Stacy tendría que vivir con el recuerdo de la muerte de Jordan grabada a fuego en sus memorias, y con la violación que sufrió a manos de Chris. Black Wood los había cambiado para siempre. La vida no sería la misma para ninguno. Algunos ni siquiera tendrían la oportunidad de vivir una existencia diferente.

Se enjugó los ojos con el dorso de la mano. Luego, los cerró e inclinó la cabeza hacia atrás, la brisa fresca murmurando en torno a sus oídos. De inmediato, los recuerdos de su reciente encuentro con el Sumo Sacerdote destellaron en su cabeza como una estrella lejana.

Ella se había apoyado en los brazos de Nate mientras pasaban a través de la neblina matutina que se alzaba de la superficie de la tierra, dentro y fuera del campamento, alrededor de los árboles milenarios. Una ligera cortina de humo, se fijó ella, emergía de los sobantes de la lumbre de la noche anterior.

El bosque guardaba silencio a su paso; los árboles se erguían como centinelas, la álgida brisa silbaba entre sus ramas y agitaba sus hojas, causando susurros espectrales que ponían la piel de gallina. El frío y sombras nacaradas imperaban en partes iguales, aun así una tranquilidad que Hannah no

había percibido en días anteriores la embestía como el oleaje del mar en plena estación estival. Esto presagiaba una cosa: para bien o para mal, todo estaba a punto de acabar.

Nate la había envuelto en la pesada manta para protegerla del cruel frío matinal. Aun así, los dientes le entrechocaban, y por ello le dolía la mandíbula. A penas podía avanzar un paso sin tropezar, sentía intensos calambres en las piernas y en la planta de los pies, que el frío solo conseguía empeorar. Nate la sostenía con brazos seguros, si bien ella hubiese preferido mantener distancia en vista de los acontecimientos recientes.

—¿Quién es el Sumo Sacerdote? —preguntó ella. No albergaba la esperanza de recibir una respuesta de su parte, empero, para su sorpresa, Nate perfiló la cabeza y la miró fugaz con el ceño fruncido.

—El líder de nuestra secta. El hombre más cercano a Nuestro Señor.

Cuando decía «Nuestro Señor», debía referirse a Satán, pensó Hannah. Encontrarse cara a cara con el hombre que regía toda esa horda de adoradores sedientos de sangre no le causaba contento alguno. El estómago se le achicó y el corazón empezó a latirle aceleradamente al volver la vista al frente y notar que Nate la estaba llevando a una de las dos carpas que se habían levantado en torno a la fogata. Allí debía estar el Sumo Sacerdote.

Habría querido escapar, pero, en sus condiciones, luchar contra Nate e intentar huir habría sido una pérdida de tiempo y energías. Nate había dicho que nada le pasaría a Stacy, siempre y cuando ella tomara la decisión correcta. No sabía de qué estaba hablando, pero estaba a punto de descubrirlo. La carpa se alzaba a pocos metros de ellos.

Hannah contuvo la respiración en el último instante. «Respira. Debes respirar». Pero antes de entrar, se detuvieron, acto que la tomó por sorpresa.

Nate se plantó frente a ella (parecía asustado y nervioso, opinó Hannah, que en otros tiempos se habría jactado de conocerlo bien) y la miró directamente con sus ojos azul intenso, tomándola por los hombros.

—Hannah, escúchame —dijo en tono desesperado—. Dentro te encontrarás con el Sumo Sacerdote. Él te hará una propuesta, una que no podrás rechazar si quieres que Stacy y Kent salgan con vida de esta. Que estés aquí, Hannah, no es una casualidad. Si estás aquí es gracias a él.

—¿Quién? —preguntó ella, sabiendo que no obtendría ninguna respuesta de Nate.

A continuación, Nate la envolvió con sus brazos y la estrechó contra su pecho. Hannah permaneció inanimada, no era capaz de corresponderle; sentía repugnancia ante la cercanía del muchacho que alguna vez amó (que en el fondo seguía amando) y que ahora la estaba entregando a un grupo de asesinos. «Desde luego que no fue una casualidad —había pensado Hannah mientras se alargaba el abrazo—. Tú tuviste mucho que ver en esto. Fuiste tú quien movió los hilos para traerme aquí». Aún no comprendía el porqué; ¿por qué diablos Nate había hecho todo esto para llevarla a Black Wood? ¿Por qué justo a ella?

Uno de los miembros de la secta (el chico que le había vendido la hierba a Jordan en Springfield, había dicho Stacy, quien ignoraba que aquel chico también era amigo de Nate) le había asegurado a su amiga que la querían a ella. «Queremos a Hannah Perkins», fueron sus palabras.

Entonces Nate se apartó, finalizando el abrazo. Gracias a Dios.

—Vamos —instó después, espoleándola—. Él te espera. Lleva años esperándote.

Hannah habría querido preguntar a qué se refería con que llevaba años esperándola, pero las manos de Nate, por

su espalda, apuraron su ingreso a la carpa. Hannah gimió y contuvo la respiración por un instante cuando estuvo dentro. Su corazón latía aligerado como las alas de un turpial; en cambio, las piernas le temblaban como si fueran de gelatina.

Lo primero que divisó fue al hombre, de espalda, con las manos tomadas atrás. Parecía meditabundo. Era alto y corpachón. Vestía la túnica blanca de la secta, como había esperado. Pero no llevaba la capucha picuda, exponiendo su cabelleira negra que peinaba canas. Ella le calculó unos cuarenta y tantos, aunque desde ese ángulo no podía estar segura. La figura del hombre le resultaba ligeramente familiar.

—Acércate, Hannah.

Ésta se sobresaltó al oír la voz profunda del Sumo Sacerdote. Las vidas de sus amigos dependían de ella, pensó. Avanzó un paso, vacilante. Luego otro. La carpa era tan alta y espaciosa como lucía desde fuera. La iluminación venía de todas partes: haces de gélida luz de la mañana cruzaban surcos (hechos adrede, en su opinión) en la lona blanca que los recubría, e insinuaban la presencia de los pocos muebles que condicionaban la estancia. Entrevió una mesa de madera que estaba repleta de libros de cubiertas negras, con símbolos intrincados en la parte frontal; velas disueltas recubrían las esquinas; un trozo de pan en un plato que suscitó gruñidos en su estómago, cuando reparó en él; había pequeñas sillas de madera a los lados y, en los flancos de la carpa, había tres catres con finas almohadas. Oía a sangre. Hannah no podía, ni quería, recordar cuándo fue la última vez que aquel olor inundó sus fosas nasales. No era un tufo bienvenido, desde luego; le causaba repugnancia.

—No tengas miedo, Hannah. Acércate.

Le hablaba con familiaridad, advirtió ella. Como si la conociera, pero su voz no le recordaba a nadie en concreto. El hombre seguía sin volverse. «Lleva años esperándote»,

había dicho Nate. Sí, debía conocerla. Ella inspiró hondo e hizo acopio de todos sus bríos para hacer su pregunta.

—¿Dónde están mis amigos?

El hombre no se movió, pero hubo un cambio en la línea de sus hombros que la inquietó más que cualquier palabra que hubiera pronunciado.

—A salvo.

—¿Dónde? —insistió ella.

El hombre se rió. Una carcajada breve, cálida, familiar.

—Eres tan necia como tu madre, ¿no? —dijo después—. Ella es una mujer incontenible, fuerte, persistente. Ha hecho un trabajo fantástico contigo, mi niña. Mejor de lo que lo hubiera podido hacer yo, debo admitir.

—¿Conoce a mi madre? —vaciló ella.

—Sí. —Sus manos se soltaron y quedaron laxas a los costados de su cuerpo nervudo. Hannah había tenido la impresión de que se estaba preparando para decir algo más, algo importante, como de hecho hizo luego—: También conocí a tu padre.

«No es posible», estas palabras lucharon por salir de sus labios. Estaba confundida.

—¿Cómo? —soltó en cambio. Su voz no vaciló—. ¿Quién eres?

El hombre se volvió, seguido por un floreo de las largas mangas de su túnica. Hannah reparó primero en el objeto de metal que resplandeció a la altura de su pecho como una mariposa de acero cuando se giró (era el medallón con la estrella de David que había visto antes, pensó ella). Acto continuo, desvió la vista hacia su rostro, perturbada al reconocer el detalle anterior. Al principio, su mente se negó a creer lo que sus ojos veían. Aquella figura, aquella sonrisa, aquella cara... Ahora entendía por qué todo esto le había parecido familiar. Se llevó las manos a la boca para ahogar un grito.

«No es posible —pensó—. No es posible. No es posible. ¡No es posible!»

Después, perdió el conocimiento. Una oscuridad inexorable se la tragó entera. Lo último que vio fue al hombre rodeando la mesa que tenía en medio para llegar pronto hasta ella. Llegó a tiempo. La tomó entre sus brazos, sólo eso podía decir, dado que el resto no lo recordaba con claridad. Lo que sí recordaba, sin lugar a dudas, fue la última palabra que musitó antes de ser tragada por la vasta opacidad.

—Papá...

Abrió los ojos. Estaba de vuelta en la realidad, una realidad que parecía increíble, confusa, enigmática. «Como un sueño. No, como una pesadilla». Quería despertar, ¡vaya si quería despertar en otra realidad!

Se descalzó, llevada por un estúpido impulso, y metió los pies en el agua fría a la orilla del arroyo. Fue estimulante. Ya no sentía los ardientes picotazos de las ampollas que se le habían reventado en la planta de los pies durante su intento por llegar a la carretera. De hecho, no sentía ninguna dolencia en el resto del cuerpo. Todos sus dolores se habían englobado y desvanecido con sigilo (en vista de los recientes descubrimientos, era comprensible que esto hubiera sucedido, pensó con sorna). Echó una mirada por encima del hombro hacia el campamento, donde los hombres de blanco parecían disponerlo todo para «volver a casa». Ya habían cumplido su cometido.

Era el quinto día. Hannah había avisado a su madre que la excursión no terminaría hasta el sexto día. Supuso que sus amigos habían hecho lo propio con sus padres. Al menos la madre de Trey y los padres de Stacy estaban enterados de este detalle. Se preguntó, neciamente, cuál de ellos alertaría a las autoridades de la desaparición de los seis jóvenes. No obstante, faltaba más de un día para que esto sucediera.

—¿Papá? —fue lo primero que dijo al recuperar la consciencia. Se irguió despacio.

—Sí.

La voz contestó desde la distancia. Sin embargo, el hombre que habló estaba más cerca de lo que creía. Ella pensó que se trataba de su imaginación, un engaño producto de su subconsciente, dado que, a la sazón, no tenía noción del tiempo o el espacio; ni siquiera recordaba porqué se había desmayado en primer lugar, o porqué estaba en un catre.

Durante su estado de inconsciencia había soñado que regresaba a casa y, tras un breve encuentro con su madre (y con «breve» se refería a todo lo contrario, dado que le contaba detalle a detalle su increíble vivencia en Black Wood), subía a su habitación y buscaba un viejo retrato de su padre que tenía guardado en uno de los compartimientos de la cómoda. Emotiva, le repetía la historia que le había contado a su madre momentos atrás.

En el retrato, la niñita de brillantes trenzas rubias estaba sobre los hombros de su padre, que sonreía de oreja a oreja. Eran felices. Por entonces, ella tenía cinco años. No tenía muchos recuerdos de aquella época. No hacían falta, en la fotografía ella también sonreía como una bendita.

El hombre estaba sentado a su lado, en el borde del catre, con una mano sobre la suya; tarde, reparó que se trataba del mismo hombre de la fotografía. Ella rehuyó de su contacto como si fuera tóxico.

—Soy yo, cariño —dijo el hombre. Ya no vestía la túnica blanca, pero sí llevaba el medallón con la estrella de David pendiendo de su cuello—. Soy tu padre.

—¡Mi padre murió! —chilló ella. Habría caído por el extremo contrario de la cama, en su intento por huir, si la mano del hombre no se hubiera cerrado a tiempo en su brazo. Tiró de ella hacia sí y acabaron abrazados. Hannah luchó por

apartarse de su resguardo, pero los brazos de él fueron más fuertes. Ella acabó llorando como una chiquilla, mientras el hombre («su padre», le recordó una siniestra vocecita en su cabeza) le acariciaba la cabellera con infinita ternura.

El agua que subía hacia la orilla del arroyo creaba ondulaciones alrededor de sus tobillos. Estaba distraída, admirando los círculos, cuando una mano cayó en su hombro, pillándola por sorpresa. Ella pegó un bote, además de dar un respingo, al tiempo que giraba sobre los talones para encarar a...

—Soy Nate —dijo éste, alzando las manos.

Ella suspiró. Aquélla respuesta no la satisfacía en absoluto; aun así, bajó la guardia.

—Lo siento. Creí que se trataba de...

Guardó silencio.

—Lo sé. —Bajó las manos—. Supongo que fue muy difícil para ti descubrir que tu padre no está muerto, después de tantos años. Que todo fue un engaño.

«Un engaño del que tu formaste parte». Hannah volvió la vista hacia el arroyo.

—Siempre lo supiste, ¿no? —Habló en voz baja, tan sosegada que le sorprendió la ausencia de frialdad en sus palabras, dadas las circunstancias actuales—. Todo fue mentira —comentó con un hondo suspiro—. Nosotros, quiero decir; fue una mentira desde el principio.

No era una pregunta. Aun así, Nate se molestó en contestar.

—Sí.

Ella le echó una mirada asesina; en parte, dolida. Ni siquiera se molestaba en encubrirlo. Qué imbécil. Era cierto lo que decían, pensó: «Hay verdades que son tan duras como puños». Con todo, ella se lo agradecía. Podía soportar aquella verdad, sí, pero no la mirada indolente que le devolvía Nate.

—Al principio —siguió éste, volviendo la vista al frente—, todo fue mentira, sí. Sólo me acerqué a ti siguiendo los designios de tu padre.

—Después, ¡no me digas! Te enamoraste. —Estaba perdiendo la paciencia. Pero debía calmarse—. Supongo que eso dirás luego: que te enamoraste. Dime ¿cuándo ocurrió, exactamente? ¿Antes o después de que me quitaras la virginidad? —Sus palabras destilaban ácido—. ¿Mi padre lo sabe?

Nate se tensó. La miró horrorizado. «No, no lo sabe». Su reacción le causó satisfacción. En otras circunstancias, ella se habría reído.

—No —respondió por fin, en opinión de Hannah, a la última pregunta. Luego añadió—: Y, sí, el amor no era un sentimiento que hubiera experimentado antes, pero supongo que la sensación que despertaste en mí semanas después de que empezáramos nuestra relación debe serlo.

Hannah quiso abofetearlo. Se contuvo y rebatió:

—Tal vez no sea amor —se oyó decir. Duras palabras, incluso viniendo de ella—. Dudo que eso te haya impulsado a entregarme al monstruo que es mi padre, y que, con esto, hayas sentenciado el destino de nuestros amigos. Jordan está muerto, creí que era tu mejor amigo.

Nate rio.

—Jordan era un idiota —afirmó—. Justin nos hizo un favor a todos al librarnos de él, como entenderás con el tiempo. Nadie lo va a extrañar.

«Stacy, sí», estuvo a punto de decir Hannah.

—¿Qué hay de Stacy? —soltó en cambio—. La violaron por tu culpa.

—¿Mi culpa? —Nate dio un ademán, riendo como si hubiera oído una pésima broma—. Abrirse de piernas no debió suponer una tarea difícil para Stacy, como sabes, ella

y Jordan no paraban de liarse. Además —añadió—, gracias a ti, Chris recibirá su merecido.

Y Hannah no se sentía orgullosa de ello. Aunque no sabía con exactitud cuál sería el castigo que recibiría el muchacho por haber atacado a su amiga, tenía una idea bastante próxima. Al pensar en ello se estremeció.

—Así será —murmuró ella, sacando los pies del agua.

A cambio de la vida de sus amigos, Hannah debía quedarse con su padre. Para ello, debía hacerse pasar por muerta, cambiar su nombre y salir del estado, desapareciendo para siempre de la vida de todos aquellos que la conocían. «Incluyendo tu madre —había dicho su padre—. Ella ha disfrutado por mucho tiempo de tu compañía, hija mía. Es el turno de papá». Hannah puso sus propias condiciones: primero, Chris debía ser castigado por haber atacado a Stacy.

—Así será —dijo su padre.

Segundo: Nate velaría por el bienestar de Trey y Kent durante la semana que estos pasarían ocultos en la bodega subterránea que les hacía de refugio, lo que sin duda serviría para despistar a los buscadores.

—Así será —asintió el Sumo Sacerdote.

Y tercero:

—Toma —dijo Hannah, sacándose el silbato del cuello como si se tratara de una delicada reliquia—. Quiero que se lo entregues a mi madre. —Se lo tendió a Nate, que parecía inseguro, temeroso, de cogerlo.

—¿Qué? —dijo él—. ¿Estás segura?

—Sí. Lo acordé con... —hizo una pausa—... con mi padre.

Nate vaciló un instante. Bajó la mirada y aceptó el silbato con las manos juntas.

—Está bien. —La guardó en su bolsillo—. Por cierto, tu padre quiere verte.

—Iré en un momento.

Nate asintió, turbado, y se alejó.

Allí iba el último vestigio de la vida que dejaba atrás, suspiró Hannah, viéndolo caminar hacia la carpa de su padre; era un alto precio que estaba dispuesta a pagar a la sazón de la recompensa que suponía su inmoción. Su madre sufriría, claro está, pero ella no abandonaría su plan de escape para acudir a su lado cuando su padre bajara la guardia, aunque, para ello, debía pasar mucho tiempo. Lo que más lamentaba era no haber podido decirle que la quería, la mañana que se despidieron, tras un prolongado abrazo.

De golpe, le sobrevino una idea. Se acercó a sus botas, echando un vistazo hacia el campamento. Nadie le prestaba atención, ella ya no suponía un peligro. Se inclinó y, con disimulo, metió la mano en la bota izquierda.

Sacó el celular. Grabó una última nota de voz (para su madre), antes de esconderlo de nuevo, esta vez, cerca de la orilla del arroyo, a buen resguardo de un montón de ramas, piedras y hojas secas. Alguien lo hallaría, o eso esperaba, y le entregaría su mensaje.

Pero habría dado todo, incluso la vida, por un último abrazo de su madre.

## EPÍLOGO

—¿Renunciar? —increpó Wiklund—. ¿Te has vuelto loco?

Conociéndolo bien, no me extrañaba esta reacción de su parte. La expresión que retorció su rostro en ese momento era parecida a la de alguien que acababa de probar unas gotas de zumo de limón. Parecía desconcertado, aunque, estaba seguro, había oído muy bien mis palabras.

—Sí. —Cuadré los hombros; de repente sentía un peso sobre ellos—. Mi tiempo en esta estación, y como detective de la policía, ha acabado. Ya he tenido suficiente por ahora. Quisiera dedicarme a otras cosas.

Wiklund soltó una estruendosa carcajada.

—¿Otras cosas? —Dio un manotazo al escritorio—. ¿A qué otras cosas te refieres?

Me encogí de hombros. Sin embargo, sabía muy bien a qué iba a dedicarme de ahora en adelante, pero no me parecía conveniente decirle a Wiklund en este momento. Si él supiera lo que planeaba hacer cuando saliera por aquella puerta, sin duda iría detrás de mí para patearme el culo y ponerme de vuelta tras mi escritorio en mi antiguo despacho.

—No lo sé —admití—. Quizá escriba un libro, plante árboles, o tenga una familia.

Wiklund no se tragó el cuento, claro. Era un viejo zorro, nada fácil de engañar.

—Familia —murmuró en tono despectivo—. Y ¿cómo planeas mantener a una familia si no tienes trabajo?

Otra encogida de hombros. No podía creer que hubiera dicho aquello. Lo cierto era que tener una familia estaba lejos de entrar en mis planes a corto y largo plazo. Al menos, de momento. Primero debía conseguir a una nueva compañera. ¿Qué pensaría Wiklund si supiera que estaba considerando a su hermana?

Wiklund bajó la mirada. El fulgor de la luz del techo se reflejaba a la perfección en la superficie de su calva, sombreando las cuencas de sus ojos y el resto de las facciones de su rostro. Cuando habló, lo hizo en voz baja.

—¿Es por Hannah?

Me erguí.

—¿Qué?

—¿Se trata de Hannah? —repitió Wiklund. Me miró desde el otro extremo del escritorio—. No tienes que irte porque no hayas cumplido tu promesa de traerla de vuelta. Después de todo, no es tu culpa. Creo que has hecho un excelente trabajo al desentrañar este caso, Jeff. Y no soy el único en pensarlo.

De hecho, no. Por tercera vez en tres años el *Statesman Journal*, el periódico de mayor tirada del estado, publicaba mi foto en uno de sus reportajes. Las primeras dos veces me sentí orgulloso, e incluso satisfecho, emociones que pocas veces albergaba para mí. Ahora tenía sentimientos encontrados. El caso de «los seis jóvenes de Salem» había tenido una resolución muy diferente a cualquiera de mis anteriores casos. Si bien habíamos pescado a los culpables, no eran realmente «todos» los involucrados en el rapto de los seis

chicos, o del resto de las víctimas que fueron tomadas a la fuerza, torturadas y asesinadas en años anteriores. Por ejemplo, la familia Feeney —o, mejor dicho, Sinclair— seguía sin asomarse. Aunque quizá esto cambiara pronto, me dije.

Hacía dos días que habían encontrado el cuerpo de Jordan Phillips medio enterrado en la entrada de una de las minas del antiguo asentamiento minero, cerca de Wesonga Flats, donde el equipo de búsqueda halló a dos de los cuatro sobrevivientes en una bodega subterránea bajo una derruida cabaña. Al mismo tiempo, Stacy, otro de los rescatados, regresaba a casa tras pasar unos días en el hospital, donde fue tratada por sus lesiones y dio su testimonio de lo ocurrido. Ella presenció la muerte de su novio a manos de Sunderland, declaró, y fue violada aquella noche por Chris Barney tras unos matorrales.

Aquel último detalle concordaba con la declaración de Wesley Stout y Rick Dickson, ambos miembros de la secta satánica, sobre la causa de la muerte del joven Chris. Éste se había valido de la oscuridad de la noche para forzar a la chica, cuyo cuerpo debía permanecer incólume hasta la ceremonia de honor a Satán, o eso afirmó Stout. Y el desdentado lo secundó.

De modo que Chris Barney murió como castigo por haber roto los códigos de la secta, lo que me parecía descabellado (este detalle no se ajustaba, a mi parecer; ¿o por qué dejar viva a la chica y, además, expuesta en la casa de los Feeney?), y dado que era uno de sus miembros, señaló Stout, no fue marcado con el símbolo habitual que hacían a todas sus víctimas en la espalda. Cuando se le interrogó sobre el destino de Hannah, o, al menos, de su cuerpo, estos confirmaron la historia de Nate.

Desde luego, no podíamos fiarnos de los dudosos alegatos de Nathaniel Feeney, que había participado a la edad de doce años en la masacre de Lennox y, al presente, en los

hechos acontecidos en Black Wood hace unas pocas semanas. Wesley y Rick ratificaron, además, que los Feeney (y no Sinclair, dado que no habían oído jamás aquel apellido) eran miembros activos de la secta, del más alto nivel, como llevaban siéndolo por décadas.

Justin Sunderland fue hospitalizado después de dispararse en la cabeza aquella tarde en la tienda. Aquel fue un evento fatídico, debía admitir. Aun así, había visto cosas peores en el oficio, de modo que pude actuar a tiempo sin que el shock del momento me paralizara, y llamé a emergencias al percibir que el chico seguía con vida.

Y sobrevivió. Más o menos. Justin Sunderland pasaría el resto de su vida en una silla de ruedas, parálítico. O eso me aseguraron los médicos la última vez que estuve en el hospital. El muchacho solo quería el mérito por la muerte de una superestrella del deporte estudiantil como era Jordan Phillips, era su manera de desquitarse de todos los abusivos que le arruinaron su época en el instituto. Al profundizar más en su historia, encontré que Justin también fue estudiante de Lennox, si bien era dos años mayor que Nathaniel Feeney, por lo que no estuvo presente en el mismo autobús en el que viajaron las víctimas del cruento asesinato.

—¿Estás seguro? —me preguntó Wiklund, echándome una mirada enigmática.

Me levanté.

—Sí.

A continuación, puse mi placa y mi arma reglamentaria en el escritorio del jefe, ante su atenta mirada. No quería que me fuera, intuí, pero ambos sabíamos que era lo correcto. Wiklund había apreciado que yo no era el mismo desde la muerte de Lauren, y aunque en las semanas previas, durante el auge de las investigaciones del caso Black Wood y la desaparición de los seis de Salem, había dado asomos de

volver a la normalidad, lo cierto, debía reconocer, era todo lo contrario.

Había conversado por teléfono con Margaret Wiklund hace dos noches. Aunque fuera un detective reconocido, estaba pagando un alto precio por ello. Había decidido empezar de nuevo, sí, y esto suponía dejar aquellos vicios destructivos que acabarían conmigo tarde o temprano, me aconsejó Margaret. Sin duda, el trabajo era uno de ellos.

Wiklund asintió resignado, y se puso en pie para estrecharme la mano..., no por última vez.

Hacía un día espléndido. El cielo estaba engalanado con su mejor azul y no había vislumbre de nubes. El sol resplandecía, a mitad de la tarde, como acostumbraba, y la brisa soplaba cálida, si bien con minúsculas gotas de humedad. Fuera, me sentía como un hombre nuevo.

Margaret me esperaba, según acordamos, a dos cuadras de la estación, frente a nuestro café habitual, esto para no tentar a la suerte previniendo que Wiklund nos pillara en plena salida. Todo fue idea de Margaret, si bien, debía admitir, había partido de cierta información que yo le compartí hace dos días durante una extensa llamada a media noche.

Margaret estaba trajinada guardando sus cosas en el estrecho maletero del auto. Habíamos decidido, aunque no unánimemente, que viajaríamos en el Prius azul, y no en mi vehículo. Margaret había argüido que era para no suscitar sospechas, pues, al parecer, ella tenía la idea absurda de que el Prius parecería más inofensivo que mi viejo Camaro.

—Siento llegar tarde —comenté al acercarme—. Wiklund se puso emotivo cuando...

No acabé la frase. En ese momento me fijé con el rabillo del ojo en lo que Margaret estaba guardando en el enju-

to compartimiento trasero del auto. Había ceñido un par de escopetas en una pesada alfombra azul, de las que apenas atisé los cañones asomando por uno de los extremos. De modo que esa era la razón por la que ella había insistido en llevar su auto en lugar del mío, pensé entonces: «para no levantar sospechas».

Supuse que mi cara debía ser todo un poema. Si Margaret lo notó no dio muestra de ello. Se enderezó, me dirigió una sonrisa y, acto continuo, cerró la puerta del maletero con suma naturalidad, sin temor de que alguien más la hubiera visto.

—¿Qué decías?

—Nada —mentí.

Luego sobrevino un silencio, sólo entrecortado por los sonidos estentóreos de la calle.

—¿Nos vamos? —preguntó ella al cabo.

—Sí, vamos. Mientras más pronto partamos, mejor.

En seguida abordamos el auto: ella en el puesto de conductor y yo, en el de acompañante. Cruzamos una mirada. Ella giró la llave, sin apartar sus ojos de los míos, y encendió el auto en una fracción de segundo.

—Por cierto —repuso, al tiempo que nos poníamos al ruedo en la calle. Su tono era contento—, no me has dicho aún hacia dónde vamos.

—Nevada.

La noche que entraron a mi habitación en el motel y robaron mi laptop memoricé el número de la matrícula de la camioneta que sirvió para el escape del ladrón y su cómplice. Esta estaba registrada en el estado de Nevada, donde, según me informó uno de mis contactos clandestinos, se había visto a un vehículo y a un hombre con la descripción que yo le había proveído entrando al estado de Idaho con rumbo a Nevada. La descripción del sujeto concordaba con la de Wettington. Claro, solicité total discreción en el asunto.

No había compartido esta información con nadie más (hasta hace dos noches, dicho sea de paso), pues había alojado la sospecha de que Paul Wettington había cometido el robo, como efectivo ocurrió, y planeé encararlo después de reunir suficiente evidencia que lo incriminara. Pero, en vista del giro repentino de los acontecimientos...

—¿Crees que el detective Wettington esté con los padres de Nate? —inquirió Margaret.

—Es posible. Pero si no, y hallamos solo a Paul, tal vez él pueda decirnos dónde encontrar a los Feeney.

—Ya.

Margaret asintió y volvió la vista al frente, a tiempo para virar en el siguiente cruce. Sin proponérmelo, me fijé en el objeto que pendía de su cuello cuando la luz del sol atravesó el parabrisas y arrancó un destello de la ligera curva metálica de la superficie: el silbato de Hannah. Tal parecía, Wiklund se lo había entregado a petición de Nate.

Esto me hizo recordar nuestra conversación telefónica de la otra noche.

—¿De verdad crees que esté viva?

—Sí —dijo ella con un suspiro, sin vacilar siquiera—. Por eso estoy aquí, Jeff, cometiendo esta locura. Tú debes pensar igual que yo, que ella aún está viva. Si tuvieron a buen resguardo a Stacy por varios días en su casa, por qué no llevarse a Hannah consigo como garantía. Y si no es así —añadió con la voz un poco quebrada—, al menos podrán decirnos dónde podemos localizarla.

El cuerpo de Hannah nunca fue encontrado, pese a los intentos. Quizá Margaret tenía razón, y los Feeney la llevaban consigo como caución. O, quizá, la chica estaba en el lecho profundo de un lago, donde decía Nathaniel que había terminado. Tal vez fue enterrada en algún otro lugar para que, al igual que anteriores víctimas, el cadáver no fuera hallado jamás.

Como fuera, sacar esta información de los Feeney, o, en todo caso, de Wetington, no resultaría una tarea fácil. Pero estábamos preparados. Este pensamiento me tranquilizaba. Al mismo tiempo, me inquietaba.

—¿Qué haremos cuando los hayamos encontrado? —preguntó Margaret.

—No lo sé —respondí en voz baja—. Pero lo averiguaremos en el camino.



«Esta es una reproducción de una lista extraída del cuaderno de excursiones de Hannah Perkins. He tachado los objetos que fueron encontrados dentro y en los alrededores del campamento, en el bosque. Como ven, solo falta un elemento».

NOTA DEL DETECTIVE JEFF HARCOURT



## NOTA DEL AUTOR

Si se han preguntado a lo largo de la novela si Black Wood realmente existe, lamento decirles que no..., hasta cierto punto. Black Wood es una mezcla entre lo real y lo ficticio. Muchos de los aspectos de este tenebroso bosque hacen reflejo al Opal Creek, que es un área completamente natural dentro del **Bosque Nacional Willamette**, en el estado de Oregón, en el noroccidente de Estados Unidos.

Asimismo, Black Wood, como el Opal Creek a su vez, cuenta con piscinas naturales, cascadas, arroyos, lagos, y, por supuesto, también un pueblo fantasma, como el que aparece en la historia; además, podemos hallar árboles de mil años de edad y escuchar el canto de los turpiales gorjeadores, entre una amplia variedad de aves y otros animales silvestres, que conviven en armonía en el mismo hábitat durante la época veraniega.

En cuando a Wesonga Flats, debo decir que todo respecto a este pueblo fantasma es real salvo el nombre. Wesonga, en realidad, es una representación casi exacta de Jawbone Flats, hoy abandonado, que data de 1931 y se encuentra en

el centro antiguo del bosque del Opal Creek, aledaño a un vetusto asentamiento minero.

La historia que Hannah ocultó a sus amigos sobre la Masacre de Hacha Negra, entre los indios Sauk y Fox y el ejército americano, está basada en hechos reales. Sí ocurrió una batalla entre los nativos del lugar y el ejército americano en Opal Pool, pero esta famosa contienda es conocida en realidad como la Batalla de Arroyo Hacha, o la Masacre de Hacha Mala, en 1832.

En el mismo punto, está el Centro de Educación Bosque Opal, cuyo foco de operaciones, tengo entendido, se encuentra en Jawbone Flats. He leído que merece la pena visitarlo dado que organizan talleres, expediciones e incluso cursos y actividades para aquellos que quieren vivir una mágica aventura y descubrir el bosque del Opal Creek (que está lejos de parecerse a mi adaptación literaria, debo añadir) en pareja o en familia.

Para los lectores que ignoran la existencia del Ku Klux Klan, este es el nombre de varias organizaciones de extrema derecha en los Estados Unidos, que promueven, principalmente, la supremacía de la raza blanca (sí, esto incluye racismo, xenofobia, antisemitismo, homofobia, entre otros), y suelen recurrir a la violencia, el terrorismo y, sobre todo, a la intimidación para imponer su discernimiento y subyugar a sus víctimas. Y si bien su vestimenta (túnica blanca y capucha picuda con agujeros para los ojos) concuerda con los atavíos de los miembros de la secta satánica que trajinan en las páginas de esta novela, estos, debo aclarar, no guardan ningún tipo de relación entre sí. Si hay miembros del Ku Klux Klan en el estado de Oregón, no podría asegurarlo. Estuve investigando, y hallé que en la década de 1920, Oregón albergó la mayor membresía del Klan per cápita de cualquier estado de la Unión, por lo que hoy día es probable que se encuentren miembros de esta organización ocultos bajo la superficie de

varias ciudades del estado. Dicho esto, podría escribir varios párrafos sobre lo que opino del KKK y sus criterios (incluso, también de las personas que sin formar parte de estas organizaciones atienden a ellos), pero discurro que este no es el espacio y el momento indicados, y, del mismo modo, que cada quien debe tener libertad de fundar su propio juicio aun en temas tan encrespados como este.

Sobre las sectas satánicas: he leído y visto muchos registros sobre ellas a lo largo de estos años; quizá, y no podría asegurarlo, este fuera el motivo que inconscientemente me acarrió a involucrarlas en la trama principal de esta novela, si bien no con un peso importante. La historia, al menos como la tenía pensada al principio, empezaba igual que el volumen que tienes ahora en tus manos, pero acababa distinta, y, desde luego, no involucraba a ninguna secta. Quería que la novela se centrara tanto en las vivencias y en la supervivencia de los personajes que omití adentrarme a fondo (de forma intencional) en las sectas satánicas y en el oscurantismo que encierran, por lo que no descarto escribir más adelante sobre este tema.

Por otro lado, la frase, «Vuela con sus propias alas», que dice Nate en el capítulo cuatro, es, de hecho, el lema del estado de Oregón, y hace referencia a los días de independencia. Y aunque evidentemente no tiene ninguna relación con el momento en que es utilizado, debo admitir que me pareció, en mi fuero interno, adecuado para la situación, y también un poco espeluznante. Y si eres un lector avisado (confió que sí), esto debió parecerse una clara señal de lo que estaba por venir. Al menos, esa ha sido mi intención.

Por último, y sé que con esto les limitaré las especulaciones, *Bosque negro* tendrá segunda parte.

B. J. C.



## AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a las siguientes personas por haber participado de una manera u otra en la creación de este libro:

En primer lugar, a mis padres, José y Maryuri, que son lo más importante. Espero que algún día comprendan por qué sacrifiqué muchos de nuestros momentos juntos para escribir esta y otras novelas a lo largo de estos años. Mi amor por ustedes no tiene medida.

A Brangel, mi hermano y mejor amigo, por soportar mis malos y buenos humores que son tan repentinos como una tormenta en el mar. Te quiero.

Al Grupo Joven Lectura: Esmeralda, Eric y Helen McGraw, colegas que una vez más me apoyaron a lo largo del proceso de escritura, con sus consejos, correcciones y opiniones; Yetsimar, por la excelente edición, y Jordan, que ha encontrado a un tocayo en estas páginas, y que me sugirió el concepto de la portada del libro, incluso cuando no lo había terminado.

Y por último, pero no menos importante, a los lectores. Gracias desde el fondo de mi corazón por darle un poco de

su tiempo (que es lo más valioso, en mi opinión) a la lectura de este libro. Espero no haberlos decepcionado.

Este libro está dedicado a mi prima Fren, que, con diez años, es mi animadora más entusiasta.

## TAMBIÉN DEL MISMO AUTOR

---

### DONDE NUNCA LLUEVE

Han pasado veinte años desde que el asesino en serie, Harvey Flint, cometió su último crimen antes de desaparecer sin dejar rastro. Pero esto está por cambiar cuando una cadena de brutales asesinatos empiece a azotar a Salem, Oregón, en el apogeo de un crudo invierno.

Lauren Flynn, detective del departamento de policía, y su compañero, Jeff Harcourt, deben investigar estos crímenes, cuya brutalidad se remonta a los cometidos hace veinte años. Entretanto, Lauren debe lidiar con un dilema cuando descubre un terrible secreto que podría poner en duda la integridad de todo el departamento de policía. ¿Qué decidirá? ¿Podrán ella y Jeff detener al asesino antes de que ataque de nuevo? *Donde nunca llueve* es una novela real, estremecedora, donde la certeza de que lo peor todavía está por venir se percibe en cada página.

